



ALBORADA

CRISTINA DURÁN

LEIBROS
ROMÁNTICA

ALBORADA

Alborada

Cristina Durán



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Marzo 2017

Título Original: Alborada. Cristina Durán © 2017

© 2017 Editorial Leibros

www.leibroseditorial.com

Maquetación: Manuel Tristante Diseño de portada: Manuel Tristante www.manueltristante.com

ISBN: 978-84-946789-1-2 Depósito Legal: M-6558-2017

Impreso por: PodiPrint

Impreso en España – Printed in Spain

Quería dedicar esta historia a mi abuela, ese angelito que me guía desde el cielo, te quiero mucho y no te olvido. Cada paso que doy pienso en ti. Dentro de poco ya hace un año que nos dejaste.

También quería dedicárselo a mi amiga Isa por sumarse a mi locura y acompañarme, a Fati por ser mi apoyo y no fallarme nunca, a Nicol porque a pesar de los años sigues ahí al pie del cañón. Mis tres hermanas, mis niñas.

A mis chicas del grupo ideas literarias, por las risas, el apoyo y el cariño. No me puedo olvidar del componente masculino de este grupo.

Para May un gran descubrimiento.

Capítulo 1

Baile y olvido

Camila estaba acostada, pero no dormía, solo disimulaba que lo hacía. No se acordaba de cuándo había dejado de añorar un beso o una caricia de su marido. Solo ansiaba oír el sonido de la puerta de la calle cerrarse. Cuando por fin lo escuchó, echó las sábanas hacia atrás. Lucas por fin se había marchado a trabajar. Era el momento de escapar de la cárcel de su hogar.

Se sentó en su taburete delante del tocador, encendió las luces del espejo y mientras se maquillaba pensaba: «¿Qué estoy haciendo con mi vida?»

Mientras ese pensamiento se reproducía en su cabeza una y otra vez, peinaba su larga melena negra azabache, maquillaba sus ojos verdes intentando tapar el desgaste de la vida y la rutina. Intentó que el labial rojo tapara su falta de besos. Su escasez de sueños.

Con un suspiro fue al armario y se vistió con su vestido rojo de polipiel, corto, por encima de las rodillas. Sus botas negras de tacón de aguja y una chaqueta de cuero negra para tapar el frío de la noche. Lista para salir. Preparada para olvidar su desgana entre música, humo de cigarrillo y vaivenes de cadera.

En el salón cogió su bolso, las llaves de su coche y su teléfono móvil. Ahí iba una noche más dispuesta a espantar sus malos sueños, alejar la rutina de un matrimonio que había empezado a asfixiarla.

Llegó al club y saludó a sus compañeras, había logrado una sintonía especial con ellas. A excepción de una compañera que buscaba cualquier oportunidad para pelearse con ella. Aguantó estoicamente los piropos de su jefe, ese hombre que ponía su carne de gallina y le calentaba la sangre. No sabía cómo, pero llevaba todo un año, resistiéndose a los múltiples encantos de Marc.

No quería serle infiel a su marido, aunque la atracción que sentía por aquel individuo, crecía cada día más.

Se preparó para salir al escenario, ese escenario que la llamaba, que hacía que se entregara en cada nota de música a un baile sensual y desenfrenado. Su cuerpo siendo invadido por cada nota musical, el vaivén de sus caderas animando al público.

La alborada rozaba en el cielo cuando llegaba a casa, pero ese día algo le había entretenido, haciendo que se le hiciera demasiado tarde. Lucas no tardaría en volver. Mientras conducía su viejo coche pensaba en el hecho que

le había retrasado.

Marc la había llamado para ordenarle que bailara para él, con una excusa que no lograba recordar. Podía haberse negado, pero algún diablo poseyó su alma, porque no supo decir que no. Su jefe puso una melodía que la incitaba a contonear sus caderas y bailó para él. Las prendas de ropa fueron cayendo. Pudo haberse negado, pero le apetecía tanto sentirse querida, el deseo que sentía por Marc sobrepasaba al que una vez sintiera por su marido. Se transportó a otra galaxia sin darse cuenta, solo estaba su cuerpo y la música. Estaba en su propio mundo, cuando unos sentimientos que no debería sentir, se abrieron paso por su alma y su corazón. Hasta que sintió unas manos fuertes y ásperas posarse en sus pechos. Entonces volvió a la realidad y sintió que se ahogaba con la lujuria que empezaba a recorrerle todo el cuerpo. Deseo prohibido, anhelaba tanto lanzarse a esos brazos, dejarse llevar. Pero una vez más huyó llenándose de insatisfacción. Todo su ser clamando por entregarse y dejarse enamorar. Pero creía que no debía. Sentía que no era lo correcto.

Aparcó y subió corriendo, no le daba tiempo a ducharse, se desnudó escondiendo su ropa de trabajo y para tapar su desnudez se puso una bata de seda.

Justo cuando ponía la cafetera al fuego y el pan en la tostadora la puerta de la calle se abría. Su marido entró con paso cansado al apartamento.

—¿Te has dormido? Normalmente a esta hora me tienes el desayuno — protestó él, solo quería comer, una ducha caliente y dormir.

—Ya voy Lucas, ya voy —contestó ella molesta, cansada de ser solo una criada para él.

Hacía tiempo que no se sentía como una mujer, tampoco él la trataba como tal. De mala gana sirvió el desayuno como su marido esperaba, como siempre ni un beso. Ni un agradecimiento, ni darse cuenta que su corazón ya volaba muy lejos del que fue su hogar.

Reprimiendo un bostezo fue al cuarto de baño para darse una ducha corta, unos minutos después Lucas entró en el baño. No le dedicó ni una sola mirada al cuerpo de su mujer.

—¡Joder! ¡Y ahora me quitas la ducha! —volvió a quejarse.

—Ya voy a salir Lucas, ¿por un día podrías dejar de protestar? ¿Qué tal si te metes en la ducha conmigo y me haces el amor salvajemente? ¿Cuánto hace que no me tocas Lucas? —Preguntó ella con amargura.

—Estoy cansado Camila te prometo que en nuestras vacaciones será todo fantástico —contestó él deseando irse a dormir.

—Si como el año pasado que las anulaste —ahora le llegó el turno a Camila de

quejarse.

Salió de la ducha envuelta en una toalla y se marchó del baño rozándose con el cuerpo de su marido con la intención de provocar una reacción en él.

Como siempre nada pasó, entonces ella se sintió cansada y dolida. Cuando llegó a la habitación se sentó en la cama y pensó: «¿Por qué no quiere tocarme? Lleva un año sin acercarse a mí. Cada vez me es más difícil resistirme a Marc. Necesito sentirme querida. Valorada. Amada».

A Lucas solía molestarle cuando su mujer se ponía minifaldas o escotes, no le gustaba que nadie la mirara. Por eso Camila había decidido vestirse como realmente le gustaba. Ya no le importaba su opinión, ya le daba igual lo que Lucas quisiera. Se vestiría como ella realmente quería hacerlo. Tal vez así podría lograr algo de su atención. Aunque ya dudaba que quisiera eso. Se perdió en el fondo del armario buscando sus antiguas minifaldas, las vaqueras nunca pasaban de moda. Después de ponerse la ropa interior se colocó la corta prenda. Buscó algo con que conjuntar y encontró un corsé precioso. Sonrió malévolamente.

Salió del vestidor calzándose unos zapatos de tacón de aguja rojos, Lucas aún no había salido del baño. Se llevaría una sorpresa. O eso quería pensar.

Cogió su rizador de pelo del cajón y procedió a rizarse su lisa melena. Se esmeró en maquillarse, aunque no se maquilló tanto como cuando iba al club. Sonrió cuando sintió la presencia de su marido en la habitación. Se levantó lentamente sin mirarle, se puso una cazadora vaquera. Y se acercó a él para darle un beso en la mejilla.

—Querido, me voy a trabajar —dijo para despedirse.

—¿Desde cuándo vas así a trabajar? —preguntó él mirando su atuendo y sintiéndose preocupado.

—Desde que he decidido que no me importa lo que me digas. Chao mi amor —contestó ella saliendo de la habitación.

Cogió su bolso, las llaves del coche y salió en dirección al garaje.

Era una tortura encontrar aparcamiento en aquella ciudad. Cuando por fin encontró un hueco aparcó, corrió avenida abajo para poder abrir la tienda de bisutería que tenía a medias con su mejor amiga.

Se sorprendió de que Samanta aún no hubiese llegado, levantó el cierre y colgó el cartel de abierto. Dejó su bolso y la cazadora en la parte de atrás para poder trabajar cómodamente.

La campanita sonó, pensó que sería demasiado temprano para que fuera un cliente, creyó que era su amiga. Por eso se agachó para ordenar los collares de la estantería de abajo.

Supo que no era Sami cuando sintió una mano grande y áspera pasearse por su

pierna. Sabía que su marido no era. Sentía su sangre más caliente y espesa. El tacto de la persona que le tocaba no era el mismo que el de su marido. Le faltó el aliento, sentía que se ahogaba, Lucas jamás causó ese efecto en ella. Podía sentir un calor que le quemaba.

—¿Cuándo te vas a rendir y ser mía? —preguntó Marc con esa voz ronca que le volvía loca.

En ese momento todo el flujo sanguíneo se le había acumulado en la entrepierna. Quiso aullar de frustración, de deseo incumplido. Deseó poder ser libre para poder entregarse sin miedos.

Se le puso la carne de gallina cuando él pasó su lengua por su cuello.

—Llevas un año resistiéndote a mí. Me estás volviendo loco de deseo. Cuando te veo bailar en el club solo pienso en empotrarte contra la pared.

—Estoy casada Marc. No me acostaré contigo nunca —murmuró ella intentando no gemir.

Con un movimiento rápido y experto la arrinconó contra el mostrador, le levantó la pierna para poder conseguir una pose íntima. Se restregó descaradamente.

—¿Me sientes? ¿Sientes lo duro que me pones? —volvió a preguntar él incansable.

—¿A qué has venido Marc? —preguntó ella intentando que su voz no sonara ronca.

—A darte la noche libre. Esta noche se cierra el club por motivos personales. Pero mañana por la noche a la hora de siempre.

Siempre el mismo juego, él provocando e intentando seducirla, ella intentando resistirse. No quería convertirse en una mujer infiel.

No oyeron la campanita de la puerta, concentrados como estaban en ganar terreno.

—Vaya amiga si quieres vete a un hotel yo me encargo de la tienda —se escuchó decir a Samanta con voz alegre.

—Hagamos caso a tu socia, vámonos, déjame llevarte al paraíso —dijo con chulería Marc.

—Marc por favor vete. Tengo que trabajar —suplicó Camila de repente sintiéndose agotada por culpa de aquella situación.

Entonces él la soltó y salió del lugar, dejándola temblorosa y triste. Sami quiso acercarse y abrazarla para darle consuelo, pero Camila no quería que se acercara aún. Necesitaba recomponerse.

Su entrepierna latía furiosa y sentía las piernas como si fueran gelatina. Marc siempre arrasando, dejándola con ganas de más y muerta de deseo por él.

Cuando su cuerpo volvió a la tranquilidad suspiró, sus ojos se llenaron de

lágrimas.

Samanta se acercó preocupada y le dio un corto abrazo. Como amigas lo sabían todo sobre sus vidas, por eso Sami volvió a decirle lo de siempre.

—Cam tienes que pedirle el divorcio a Lucas no puedes seguir así. Te está destruyendo, hermana no puedes seguir así. Lo primero que hiciste fue irte a trabajar a ese club. No estás haciendo cosas lógicas.

—Necesitaba algo para escapar de la rutina, Lucas se dedica a ignorarme — intentó defenderse Camila. Aunque en el fondo sabía que Sami tenía razón.

—Y llevas un año bailando en ese club de striptease, no es que me parezca mal. ¿Pero qué pasará si Lucas te descubre? —preguntó preocupada Samy.

—No lo hará, en este último año lo único que ha hecho es trabajar en su taxi. Ni me sorprendería que se quedara a dormir en él —contestó dolida ella.

La campana le salvó de seguir hablando, llegaban clientes, empezaba el día de trabajo. Jornada que Camila esperaba que fuera intensa para poder olvidar los problemas de su casa. Borrar de la memoria su soledad, dejar entre renglones ese infierno que se había convertido su matrimonio.

Cuando cerraron la tienda a las siete ella le dio una orden a su amiga. Tenía la noche libre y no estaba dispuesta a quedarse en casa.

—Sami, reúne al grupo. Saldremos esta noche.

—Mañana es día laboral. No podremos trasnochar mucho —advirtió Samanta.

—¿Qué te parece cena en el Ginos de Gran Vía? Y luego una copichuela rápida en el Gin club —planeó Camila sabiendo que su amiga movería cielo y tierra por una pizza marinera en el Ginos.

—Quedamos en la boca del metro de tu barrio —dijo aceptando Sami.

Camila subió la calle sonriendo, era tan fácil convencer a su amiga. Ojalá fuera tan fácil de convencer su marido para tener una noche loca, o para hacerle ver que su matrimonio se iba a la basura.

Sus ojos se posaron en el escaparate de una tienda y se enamoró de un vestido, esperó que el semáforo cambiara para cruzar y podérselo comprar. Entró también en un establecimiento de lencería para elegir ropa interior nueva. Se enamoró de los encajes, de las sedas, de los lazos y de los colores brillantes. Lástima que por más dinero que gastara en lencería Lucas no se fijara en ella.

Feliz con sus compras fue a buscar su coche para dirigirse a casa, compró en el supermercado algo rápido para prepararle a su marido para cenar.

Subió casi corriendo las escaleras, ese era su ejercicio diario, pensó que quizá podría apuntarse a un gimnasio para ejercitarse en las horas del mediodía.

Pero luego pensó que no sería buena idea, esas horas eran las que aprovechaba para dormir.

Entró en su apartamento y se sintió encerrada, enjaulada. Así se sentía desde hacía un año. Desde que Lucas se distanciara de ella.

Dejó su ropa nueva en la habitación de invitados, guardó la compra en la nevera y se dirigió a su habitación para quitarse la ropa. Se puso su bata favorita para preparar la cena. Antes de regresar a la cocina miró a su marido, roncaba boca arriba en la cama, la barba asomaba a su perfecto rostro. Pero por alguna misteriosa razón no se excitó cuando lo vio. Más bien arrugó la nariz y pensó: «Ronca como un cerdo». Disgustada salió de su dormitorio. Preparó una sopa de verduras de sobre, hoy no se preocuparía de cocinar. Metió en el horno dos pizzas y las dejó a fuego suave mientras iba a darse una ducha.

Cuando terminó puso la mesa, no se había molestado en vestirse, estaba envuelta en una enorme toalla de color melocotón.

Lucas ya estaba despierto, el olor a comida lo despertó. Se acercó a su mujer y le dio una cachetada en el trasero para saludarla.

Pero ella no sintió nada, ni mariposas en su estómago ni hormigas asesinas recorriendo su piel. Sentir ese vacío en su corazón le hizo querer gritar de frustración.

—Hoy debes estar muy cansada. No has cocinado. Solo has preparado precocinados —observó Lucas extrañado, ella siempre se esmeraba en complacerlo.

—Si no te gusta te puedes ir al bar a cenar. No me enfadaré —dijo Camila con ironía.

Se sentaron a cenar en un tenso silencio, cuando terminaron él como siempre fue a ver la televisión. Ella se apuró en recoger y ya en la cocina se dio una palmada mental. No se acordaba de la comida en Ginos.

Pero luego pensó que bien podía cenar dos veces. Su móvil vibró avisando de entrada de WhatsApp, supo que sería Samanta para decirle a la hora que habían quedado.

Después de leerlo decidió darse prisa en arreglarse, volvió a rizarse el pelo ya que le gustaba el aspecto salvaje que le daba, se esmeró en maquillarse.

Lucas entró en la habitación y se sorprendió de ver a Camila preparándose. No le gustó que decidiera salir sin él. Sentía que su mujer se le estaba escapando de las manos.

—¿Dónde se supone que vas? —Preguntó molesto.

—Con las chicas, quedé con ellas para tomar algo en el Gin Club —contestó Camila sin mirarle.

—¿Y piensas salir sin mí? —volvió a preguntar apretando los puños.

—Esa pregunta debe ser una broma Lucas. Llevas un puto año sin querer salir

conmigo, no te molestas ni en tocarme y me reprochas que salga con mis amigas. Pues voy a salir te guste o no —respondió deseando golpearle. Pero en lugar de pegarle se puso unos de sus conjuntos nuevos, un sujetador de encaje blanco transparente a juego con el tanga. Casi podía escuchar como su marido tragaba saliva mientras se subía muy despacio el tanga. Y ya cuando la vio con su nuevo vestido quiso dejarla encerrada en casa. Pero Camila le conocía demasiado bien, así que antes de empezar una nueva discusión, cogió su bolso y salió de casa.

Cuando llegó al metro su amiga Laura ya la esperaba, se abrazaron para saludarse y admirar lo guapas que estaban. En menos de quince minutos ya estaban las seis reunidas. Tenían tantas cosas que contarse, tantas ganas de divertirse, que pensaron que daba igual si iban sin dormir a trabajar. La noche era joven.

Después del Gin Club fueron a la discoteca OHM para poder bailar un rato. —Solo dos o tres bailes, chicas, solo dos o tres. Estoy agotadísima hoy —protestó Susana la pelirroja del grupo.

Camila al oír las palabras de su amiga se bebió a la carrera un par de mojitos para precipitarse a la pista.

Pocas cosas existían que le llenaran tanto como el baile, ella era una bailarina frustrada. Bueno no tan frustrada porque ahora tenía un trabajo que le gustaba más incluso que trabajar en su pequeña tienda.

Se entregó a la música ajena a todo, hasta que unas manos que reconocería hasta en el mismísimo infierno, la agarraron por la cintura para bailar con ella. No lo pudo evitar, se excitó, aquel hombre era un gran peligro y una tentación para ella.

Se dejó provocar, le provocó, restregándose, dejando que él se restregara a su antojo.

—¿No puedes descansar ni en un día libre? —preguntó Marc sin dejar de bailar, aprovechando para pasarle la lengua por la oreja mientras hablaba haciéndola estremecer.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella a su vez sin perder el ritmo.

—Tenía una negociación que no resultó, ahora desahogo mi frustración contigo. Aunque quisiera desahogarme de otra manera —contestó él agarrándola fuerte por la cintura para friccionar el trasero de ella con su ya más que evidente erección.

Camila gimió, sabía que no se la oiría por lo alta que estaba la música, inconscientemente se frotó aún más, sintiéndolo en todo su esplendor. Dios, si la hacía sentirse así con ropa ¿cómo sería sin ella?

Susana estaba apartada mirando con disgusto a su amiga, Samanta la

observaba. Su mirada era de envidia. —Debería estar prohibido bailar así — comentó molesta Susana.

—¿Celosa Susi? Siempre le has tenido envidia a nuestra Camila —protestó Sami.

—Pero mírala como deja que le arrime la cebolleta. ¿No se acuerda que tiene un marido matándose a trabajar para superar sus problemas económicos? — preguntó la pelirroja mirando enfadada hacia la pista.

—Hombre yo no diría matándose a trabajar, te recuerdo que Camila también trabaja —la rubia seguía defendiendo a su amiga, pero un hombre sonriente se acercó a ella interrumpiendo su conversación.

Era Oscar, el cuñado de Camila, hermano de Lucas. Y asistente de Marc en la empresa paterna. Al ver a la mujer de su hermano tan acaramelada en la pista de baile decidió llamarlo para abrirle los ojos.

Salió fuera de la discoteca para esperarle, llegó veinte minutos después, caminando cabizbajo. Con las manos metidas en los bolsillos del vaquero negro que llevaba. —Hermano, ¿qué era tan importante para hacerme venir así? —preguntó Lucas molesto.

—Tú ven conmigo. Tienes algo que ver —contestó Oscar riendo divertido. Llevó a su hermano dentro de la discoteca y le enseñó lo que quería que viera. El ambiente entre Marc y Camila se sentía demasiado cargado sexualmente. Algo que Lucas notó enseguida, apretó los puños, estaba furioso, decidido camino hasta la pista de baile dispuesto a llevarse a su mujer.

Se paró delante de ella aguantando sus celos hasta que ella abrió los ojos y le vio, Camila no hizo lo que Lucas esperaba, no se separó de su desconocido compañero de baile.

Solo le sonrió y se dejó llevar por el momento, se excitó aún más al sentirse observada. Dejó que Marc dibujara con sus grandes manos el contorno de sus pechos y sus caderas. Todo ante la atenta mirada de su marido que no sabía a qué jugaba ella. No se hubiese esperado ese comportamiento de su parte.

Echó todo el cuerpo hacia atrás apoyándose en Marc que decidido paseó sus manos por su vientre haciendo que su sangre se convirtiera en lava.

—Si bailando puedo hacerte sentir así imagínate lo que sentirías en mi cama. O bailando desnuda para mí como ayer. Te deseo, eres como el fuego del infierno y estoy deseando quemarme contigo —murmuró él en su oído sin soltarla, incluso se atrevió a bajar un poco más abajo de su vientre.

Camila se vio obligada a separarse de él cuando la canción terminó, pero antes le dijo algo con lo cual se sorprendió a ella misma:

—Me pensaré si caigo o no en tu cama. Nos vemos mañana.

Y lo dejó allí plantado con una enorme erección, pero es que ella también tenía

un gran calentón, caminó hasta la barra y se pidió un mojito que se bebió de un trago.

Esperaba que con la bebida se le pasara el calor. Lucas molesto la agarró del brazo y le ordenó:

—Déjate de beber nos vamos a casa.

—Ya me voy a ir a casa y no es porque tú me lo órdenes —protestó intentando alejarse de su agarre, le empezaba a hacer daño.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó él enfadado. —A reunir a las chicas —contestó ella deseando empujarle.

Él fue detrás de ella, ya no se fiaba de dejarla sola. Cuando las seis estuvieron reunidas las guio a todas hasta el taxi y esperó a que se acomodaran en el vehículo para poder arrancar e irse.

Lucas no necesitaba direcciones para llevar a cada chica a su casa, ya sabía dónde vivían. Enfadado e impaciente, fue dejando a las amigas de su mujer en sus correspondientes viviendas. Estaba deseando poder quedarse a solas con su esposa para poderle decir lo que pensaba.

Cuando llegaron a su apartamento Camila intentó ignorarle, le dio un beso en la mejilla y le dijo que se iba a dormir.

—¿Dónde te crees que vas? Tenemos algo que hablar —Lucas ya podía demostrar su enfado.

—¿A dormir? Mañana abro yo la tienda, así que buenas noches querido —contestó ella.

Él la agarró del brazo reteniéndola, necesitaba decirle un par de cosas antes de volverse a trabajar en el taxi.

—Primero me vas a escuchar. ¿Cómo te atreves a dejarte manosear por un completo desconocido? Si mi hermano no me llega a llamar, ¿de qué hubieras sido capaz? Te estabas comportando como una puta.

Camila al oír su insulto estalló, le chilló recriminándole todo lo que llevaba callando durante un año:

—¡A lo mejor tengo que comportarme como una puta para que alguien me haga lo que tú no me haces! ¡Aunque no te lo parezca soy una mujer y tengo necesidades! ¡Necesidades que tú no me satisfaces! Solo deja que te diga una cosa, ¡me estás perdiendo! ¡Y estás tan ciego que no te das cuenta!

—¿Para ti todo se reduce a sexo? ¿No te importa que me deslome trabajando todas las putas noches para salir del bache? —preguntó Lucas enfadado.

—¡Lo tuyo sí que es jeta! ¡Tienes una cara que te la pisas! ¿Te olvidas que yo también trabajo? Vale que tuviéramos una mala racha, pero ya pasó. ¿Y qué si te despidieron de la empresa de economía donde trabajabas? ¿Y qué más da que ahora trabajes en un taxi? ¿Y qué importa que perdiéramos nuestro piso y

ahora tengamos que vivir en el apartamento de mis padres? ¿Qué mierda importa todo eso cuando nuestro matrimonio se está yendo a tomar por culo? No es sexo Lucas, es amor, compañía, felicidad, comprensión, reparto de las tareas de casa, mi desdicha e insatisfacción. ¿Lo peor? Que tú estás tan ciego que no lo ves. Un año es lo que llevo intentando tener algo de tu atención sin conseguirlo, quizá ha llegado el momento de buscar todo lo que me falta contigo con otra persona —Camila se había desahogado agusto, le había dicho todo lo que antes no se había atrevido a decir para no hacerle daño.

Lucas estaba furioso y sin saber muy bien que hacía se acercó a su mujer, le bajó la cremallera del vestido tragando saliva cuando vio de nuevo el sexy conjunto de lencería que llevaba. Le enfureció pensar que otro hombre pudiera admirar a su mujer. Ella era suya y le pertenecía. Para demostrarlo se apoderó de su boca con furia y posesión, recordó las manos de aquel hombre en el cuerpo de su esposa y quiso borrar su marca con caricias violentas y torpes. Camila jadeó por la sorpresa, se esperaba cualquier cosa menos eso. Dejó que la lengua de él se enredara con la suya. Pero no sintió lo mismo que sentía antes. Supo sin dudar que el amor había muerto. Aquel matrimonio se había convertido en costumbre.

—¿Qué se supone que haces Lucas? —preguntó ella sintiéndose extraña, deseando que Lucas dejara de tocarla.

—Darte lo que se supone que quieres —respondió él concentrando en desabrocharle el sujetador para después obligarla a tumbarse sobre el suelo. Ella cerró los ojos y se imaginó que las manos de su marido eran las de Marc, solo así consiguió que aquel acto fuera de su agrado. No tardó mucho en explotar en un orgasmo que la hizo sentir vacía y triste. Esperó que Lucas terminara para poder levantarse e irse a tomar una ducha.

Nada era igual con su marido, no lo amaba ya, nada le ataba a él. Deseaba que el jabón y el agua borrarán las huellas de una pasión que la había dejado vacía. Lucas se volvió a vestir, cogió las llaves de su taxi y se fue para terminar su jornada laboral. No se sentía satisfecho con lo que había sucedido. Pero aquella situación había despertado su lado animal.

Cuando llegó a su vehículo se dio cuenta de que se había dejado el móvil en la guantera y que este no dejaba de sonar.

Vio el nombre de la persona que llamaba en la pantalla y suspiró, de mala gana contestó:

—Esta noche no tengo tiempo, mañana nos vemos. Adiós.

Camila después del baño se acostó a dormir, no se molestó ni en vestirse. Puso el despertador y le mando un WhatsApp a Sami para invitarla a desayunar, necesitaba hablar con alguien.

«Mañana te invitó a desayunar en Mamá Framboise a las nueve».

Esperó la respuesta de su amiga para poder dormirse, aunque sabía que le diría que sí. Las dos adoraban esa pastelería.

Por la mañana Camila se levantó temprano, le había bastado con dormir cinco horas. Se vistió con un vaquero muy ajustado rojo y un top blanco casi transparente. Se hizo una trenza y se maquilló.

Preparó el desayuno para su marido, café y tostadas. Luego se lo dejó encima de la barra de la cocina.

Se disponía a marcharse cuando él llegaba, traía churros. Los ojos de Camila se llenaron de lágrimas. Cuando estaban recién casados Lucas siempre compraba churros para desayunar. Les gustaba desayunar juntos entre bromas y risas. Todo se había perdido. Le dolía el gesto de Lucas, había dejado de ser detallista y volvía a serlo cuando ya la había perdido.

La miró confundido y le preguntó:

—¿Dónde vas tan temprano?

—Quedé a desayunar con Sami en Mamá Framboise. Luego abriremos juntas la tienda. Tienes el desayuno en la cocina. Chao —contestó sin mirarle.

Se dio prisa en coger sus llaves y su bolso para marcharse. Bajó al garaje donde su coche esperaba. Condujo hasta su zona de trabajo y como era más o menos temprano consiguió aparcamiento rápido. Se dirigió con paso tranquilo a la pastelería sin darse cuenta de que su marido la seguía.

Lucas cuando vio a Samanta volvió a su casa. «El ladrón se piensa que son todos de su condición». Pensó triste él.

Las dos amigas desayunaron hablando de cosas triviales, pero cuando terminaron de desayunar Sami le hizo una pregunta a Camila, demostrando así lo bien que la conocía.

—Ahora sí, ¿me vas a contar que te pasa? —la miró sin disimular su preocupación.

Ella no necesito más palabras para contarle a su mejor amiga lo que le sucedía, necesitaba desahogarse.

—Ayer por fin sucedió Sami. Pero no hubo fuegos artificiales ni besos apasionados. No sentí nada. Para sentir algo tuve que imaginar que era Marc el que me tocaba. Me siento tan mal amiga. Me siento infiel sin serlo. No sé qué hacer, esto es un callejón sin salida. Encima me trajo churros para desayunar. Cada día me siento peor —suspiró sonoramente después de terminar de hablar.

—Sabes que ese callejón si tiene una salida hermana. Y esa salida se llama divorcio. ¿Qué sentido tiene todo lo que estás pasando? —Samanta intentaba que su amiga aceptara que lo mejor era divorciarse.

—Me lo empiezo a plantear. Total, ¿para que mantengo una situación que me

está haciendo daño? —Camila respondió con una pregunta.

Sami se sintió feliz de que su amiga empezara a plantearse que la única solución posible para su problema era el divorcio. Ella sabía muy bien que esa relación ya no tenía porvenir. Si es que alguna vez había tenido alguna esperanza de futuro.

Dejaron pasar el día sin hablar más del tema. Cerraron a mediodía como siempre y cada una se fue a su casa.

Mientras las lentejas se hacían Camila lavó ropa y recogió un poco su casa. No llamó a su marido para comer como hacía siempre.

Comió sola y después se acostó en el sillón, no quería ni pensar en la posibilidad de compartir cama con él.

Puso la alarma del móvil por si se dormía y se echó una larga siesta. Lucas extrañado se levantó a las tres de la tar- de. Olía a comida, pero su mujer no lo había llamado.

Fue a la cocina y vio el plato que ella había usado en el fregadero, había comido sin llamarle. La buscó por la casa hasta que la vio acostada en el sillón durmiendo. «Entonces es verdad, te estoy perdiendo». Pensó él mirándola fijamente sin saber cómo sentirse. Siempre pensó que Camila estaría siempre para él, a pesar de sus errores. A pesar del tiempo.

Capítulo 2

amargo desCuBrimiento

Y por fin llegó la hora de irse al club, estaba deseando su - birse a la tarima y bailar hasta que le dolieran los pies. El baile para ella era una terapia que le hacía olvidar los problemas.

Charló y bromeó con su amiga Nora, hasta que les llegó la hora de subir al escenario a hacer su show. Bailaba entregando todo, como ella solía hacer.

Hasta que sin querer miró a su derecha y vio algo que le heló la sangre en las venas. Primero deseó terminar la función, descender del tablado y ponerse a cortar cabezas. Pero luego pensó que más dulce sería vengarse. Resarcirse de alguna manera y sabía cómo.

Así que siguió danzando aún más descarada que antes, demostrando su perfecta sensualidad, pero no dejó de mirar a la pelirroja que su marido besaba apasionadamente mientras pensaba:

«Luego te pasas echándome en cara lo mucho que trabajas. Ya veo cómo te doblas la espalda».

Terminó la actuación tan desnuda como su madre la trajo al mundo, Nora y ella cogieron las batas que Johnny les tendía para tapar su desnudez.

Pero Camila en vez de ir al camerino tenía otro destino en mente, su amiga extrañada le preguntó:

—¿Dónde vas Cami?

—Tengo algo que hacer tranquila —contestó ella sin cambiar la dirección de sus pasos.

Llegó al despacho de Marc y antes de arrepentirse entró sin llamar. Haciendo que él la mirara sorprendido. —¿A qué debo el honor de esta visita? — preguntó sin dejar de mirarla, sabía que debajo de aquel minúsculo trozo de tela ella estaba totalmente desnuda.

—Vengo a quemarme contigo Marc, aquí me tienes, me ganaste —respondió tirando la bata al suelo.

Él no se podía creer lo que estaba viendo, llevaba un año y medio soñando con ella. Deseando tenerla. Y justamente ese día que para él estaba siendo una tortura le llegaba semejante regalo.

Con una sonrisa lobuna se acercó dispuesto a jugar a un millón de cosas con Camila. Ya pensaría más tarde en cómo conseguir un buen negocio que satisficiera a su ex- gente padre y al idiota de su hermano.

Tan sumido estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta que ella le había desabrochado el pantalón dejándolo caer al suelo.

Camila estaba ansiosa, llevaba mucho tiempo eludiendo el deseo que ese hombre despertaba en ella. Siglos desde la última vez que se había sentido deseada. Quería jugar, seducirle, volverle loco.

Sin cuidado agarró su miembro aún flácido y se lo introdujo en la boca. Pasándole la lengua, lamiendo, succionando, llamando al deseo.

Marc la agarró del pelo intentando que parara, pero no consiguió su objetivo, ella incrementó sus caricias. Y como llevaba tanto tiempo anhelando lo que estaba sucediendo, no lo pudo evitar se dejó ir en su boca con un gemido gutural y ronco.

Camila se levantó del suelo donde estaba arrodillada sonriendo con suficiencia, con arrogancia. Él la sujetó de las muñecas sin hacer demasiada fuerza y la arrastró hacia uno de los escritorios.

Tiró todo lo que había encima de la mesa con violencia y la tumbó encima haciéndola gemir y estremecerse ante el frío del cristal.

—Pronto tendrás tanto calor que no te importará el frío de la mesa —avisó él sonriendo.

Bruscamente le abrió las piernas y no perdió tiempo en perderse en esa parte de su cuerpo que deseaba saborear. Mordió provocando sus gritos, lamió y provocó. Saboreó sus jugos como nunca había hecho con nadie.

Y cuando estaba a punto de saltar al abismo del orgasmo retiró su boca y ella le arañó la espalda frustrada por no obtener su liberación.

Molesto por la impaciencia de Camila ató sus manos con su corbata motivando que se excitara aún más.

Aprovechando su quietud la penetró con fuerza y violencia. El despacho se llenó de los gritos de los dos. Puro deseo animal.

Camila sabía que después de eso no sería la misma, jamás había sentido tal cumulo de sensaciones. Nunca había tenido frío y calor al mismo tiempo. Se quemaba, ardía, su corazón galopaba furioso. Y así sin más cayó en un abismo, de lujuria y adicción por ese hombre que estaba entre sus piernas.

Marc supo que nunca la dejaría marchar, dedicaría cada minuto de su existencia a conquistarla, a enamorarla por- que él ya estaba perdidamente enamorado de ella.

Siguió pujando fuerte y aunque no quería hacerlo se derramó dentro. Se dejó caer sobre su pecho y murmuró una pregunta:

—Dime que tomas la píldora.

A Camila le llevó un tiempo entender, todavía estaba en el limbo, pensando que en vez de quedarse satisfecha quería más.

Le pareció aterrador el hecho de darse cuenta que tal vez nunca tuviera suficiente de ese espécimen masculino.

—Si tomo la píldora —contestó después de unos instantes.

—Menos mal, no pude evitar derramarme dentro de ti. Estaba tan ansioso por tenerte que ni busqué un preservativo —explicó Marc.

Con delicadeza le soltó las manos, le alcanzó la bata y le ordenó que fuera a vestirse y se reuniera con él en veinte minutos en la puerta. Necesitaba tenerla con él esa noche. Su mente en esos momentos solo podía pensar en Camila, así, mientras ella iba por su ropa él guardó todo el trabajo para no perderlo. Luego se dirigió a la salida para esperarla fumándose un cigarrillo.

Camila se sentía flotar en una nube, por primera vez en mucho tiempo estaba verdaderamente feliz. El peso de sus hombros había desaparecido. Fue al camerino a recoger su ropa, Nora la esperaba preocupada.

—¿Qué pasó amiga? ¿Por qué desapareciste así de repente?

—Tomé una decisión. Me divorciaré de Lucas, pero primero le seré infiel —contestó ella mientras se anudaba el top.

—¿Y esa decisión tan repentina? Hasta hace unos días no tenías claro que hacer

—. Nora sabía toda la historia de Camila, se habían hecho muy buenas amigas

y se contaban sus cosas.

—Mientras bailábamos lo vi, estaba entre el público. Besaba apasionadamente a Susana, una de mis amigas. Por eso decidí serle infiel —explicó sintiéndose inexplicable- mente serena. No le dolía, solamente se arrepentía de no haber puesto fin a su matrimonio antes de que la amargura se instalara en su corazón.

—Idiota pendejo. Y ella regalada —insultó con vehemencia Nora.

—¿Sabes qué amiga? No me importa, me han abierto los ojos. Esta noche me iré con alguien, haré lo que realmente me hace feliz. Por fin, después de mucho tiempo —Camila tenía cada vez más claro lo que tenía que hacer.

—Por lo menos dime que ese hombre cualquiera esta bueno —bromeó su amiga envidiándola. Pero con envidia sana. Realmente se alegraba de que pudiera ser feliz.

—Esta para mojar pan— respondió ella sonriendo.

—Entonces ábrete de piernas y disfruta como hace tiempo no disfrutas —recomendó Nora con picardía.

—Eso pienso hacer Nora —contestó Camila mientras recogía su bolso y se despedía de su amiga con un beso en la mejilla.

Se dirigió a la salida para buscar a Marc, pero no pudo evitar detenerse un momento para buscar a su marido por el local. Se atragantó al ver a su supuesta amiga bailando provocadoramente para Lucas, le dolió ver esa mirada de deseo que antes solo era para ella. Pero no sabía si lo que le dolía era el corazón o el orgullo.

Más decidida que nunca salió fuera en busca de su jefe y ahora amante. Estaba dispuesta a volverle loco, a seducirle y porque no, tal vez enamorarle.

La enorme sonrisa que él le dedicó le hizo sentir unas extrañas y olvidadas mariposas en el estómago.

Nerviosa se dejó guiar hasta un deportivo rojo, marca Audi A5 Cabrio descapotable. Sin subirse aún acarició la tapicería de cuero negro, aquel coche era sublime. Tan lejano a lo que económicamente podía permitirse.

—Conducir este coche es como estar entre tus piernas —murmuró Marc muy cerca de ella.

Tan juntos, que acarició su trasero por encima de su pantalón corto de polipiel. Su sangre se calentó y sin cortarse un pelo se apoderó de su boca.

Dominándola, haciéndole perder el control. Aunque él mismo había perdido el sentido común.

Marc sin acordarse de que estaban en un parking al aire libre cogió sus piernas y las enredó en su cadera, con violencia le dio la vuelta para apoyarla en la puerta del coche. Su mano se metió debajo del pantalón buscando su zona íntima para acariciarla y descubrir lo mojada que estaba por él.

Camila no pudo evitar gritar y contonearse para restregarse ansiosa contra aquella prominente erección.

Lucas salía en ese momento del club agarrando a Susana fuertemente de la cadera. Oyó un grito, desconcertado por lo conocido que se le hizo aquella voz, buscó la procedencia de aquel chillido.

Y descubrió a una pareja que se besaba apasionadamente apoyada en un descapotable rojo, ese descapotable que él soñaba poder comprarse alguna vez.

Observó más detenidamente la escena, el pelo de aquella mujer se le hacía conocido, estaba oscuro y no podía quedarse con más detalles. Pero si se fijó en la liga negra que asomaba debajo del pantalón. Su mujer tenía unas exactamente iguales. No le gustó lo que sintió en ese momento, no era buena la emoción que estaba concibiendo.

Quiso acercarse, pero la pelirroja se lo impidió agarrándole del brazo impidiéndole avanzar.

—¿Ahora te gusta observar a parejas depravadas? Por dios ¿quién es capaz de montárselo en un parking al aire libre? —preguntó con asco Susana. Ella jamás había experimentado algo como lo que estaban experimentando Marc y Camila en ese momento, eran ellos dos solos sin importar el lugar.

Dominados por la lujuria, el deseo, las ansias por pecar y perder la compostura.

Marc una vez más no se pudo contener y sin saber cómo le quitó el pantalón lanzándolo al interior de su coche. Haciendo a un lado su tanga rojo se perdió en su interior gritando como un salvaje.

Esa mujer era suya y nunca dejaría de serlo, él se encargaría de ello. Camila volvió a chillar por la repentina invasión, se aferró con fuerza a su espalda sin acordarse de que estaban en plena calle.

—¿Sabes que nos observan? —preguntó Marc divertido.

Camila quiso mirar en principio avergonzada, pero su amante se lo impidió. Sabía que el que estaba observándoles era su marido y no quería que supiera todavía de su relación.

Ella pensó que se moriría de vergüenza, pero luego sin saber porque, se excitó aún más. El orgasmo que tuvo le hizo volver a gritar y arañar la espalda de Marc por encima de su camisa.

—Por favor Lucas vámonos, esto me incomoda —pidió Susana.

—Está bien, está bien —repuso Lucas enfadado, quería quedarse a mirar. Algo le decía que debía quedarse.

Marc se vació gritando, haciendo que Camila se sintiera completa y dichosa. No recordaba jamás haber sentido algo como eso.

Él la hizo sentar en el asiento del copiloto, le puso el cinturón de seguridad y después de ocupar su lugar en el volante salió a toda velocidad del lugar. Condujo por la desierta ciudad como un loco, saltándose semáforos, haciendo chirriar las ruedas.

Entró derrapando en un garaje que por suerte tenía las puertas abiertas, aparcó torcido, con brusquedad cogió el pantalón de Camila.

Ansiaba tanto llegar a la intimidad de su apartamento, que casi la arrastró al ascensor. Con brusquedad colocó la llave en la cerradura, entonces el elevador empezó a ascender. Ella no pudo admirar mucho el lujoso y pequeño piso que apareció delante de sus ojos porque Marc reclamó su atención.

—Lo que hemos vivido hoy no se puede volver a repetir Caperucita —habló Marc a bocajarro.

—¿Caperucita? —preguntó divertida por el sobrenombre.

—Escucha, no puedes hacerme perder el control de esa manera. Yo soy quien debe hacértelo perder a ti.

Camila se acercó contoneando las caderas sensualmente, agarró a Marc de la camisa y poco a poco le fue desabrochando los botones.

—Lobo mío, te haré perder el control todas las veces que haga falta. Además, me encantas cuando te vuelves loco —murmuró ella dándole besos húmedos por todo su pecho.

—¿Lobo? —preguntó Marc sintiéndose perdido ante aquellos mimos.

—Si yo soy tu caperucita tú eres mi lobo. Ahora ¿nos vamos a pasar toda la noche hablando o actuando? Preguntó con impaciencia.

Marc no se hizo rogar y la llevó en brazos hasta su dormitorio, la tiró sobre su cama desecha para apoderarse de su boca de nuevo.

Capítulo 3 las mentiras tienen las patas Cortas

Aún no amanecía, pero Marc no podía dormir, veía como lo hacía Camila. Tenía la sábana blanca enredada en su cuerpo, no había imagen que él quisiera admirar más que esa.

No lo pudo evitar y empezó a hacerle masajes circulares por su espalda. Ella se fue despertando poco a poco. Hacía tiempo que no dormía tan bien, tanto tiempo que no se sentía tan serena y relajada.

Se puso boca arriba y abrazó a Marc, dejó que la mordiera en el cuello. Sabía que le quedaría marca, pero en ese momento no le importaba. Solo quería sentir, saborear las mieles del deseo. Recibió en su cuerpo el miembro de él,

sorprendiéndose de la forma tan lenta y exquisita con la que él arremetía. Casi podía sentir como su alma se conectaba con la de Marc. Estaban haciendo el amor. Eso la confundió.

—Quiero demostrarte que puedo amarte, que puedo darte amor. Conmigo puedes tener sexo, pero también amor —murmuró Marc en su oído haciendo que se derritiera.

Camila se dejó llevar como nunca antes se había dejado llevar, experimentó como nunca antes lo había hecho. Gri- tó sintiendo como se quemaba, como le faltaba el oxígeno, se agarró como pudo a su amante y mientras sentía que el abismo se abría delante de ella explotó arrastrando con ella a esa galaxia a Marc.

Mientras sus respiraciones se regularizaban un pensamiento coherente entró en la mente de Camila.

—¡Mierda! ¿Qué hora es Marc?

—Las seis de la mañana —contestó él mirando divertido como corría por la habitación vistiéndose.

—¡Hoy es jueves es el día que Lucas llega antes! —ex- clamó apurada anudándose el top.

Fue al espejo pensando en hacerse una coleta, pero al final desistió, buscó su bolso y buscó las llaves del coche.

—Te recuerdo que tu coche está en el club —informó Marc disfrutando de su apuro.

—¡Pues mueve el culo y llévame a mi casa! ¡Y si no te mueves te saco desnudo de la cama! —amenazó Camila.

Marc sonriendo se levantó mostrando su cuerpo sin pudor, ella sintió deseos de volver a meterse en la cama con él. Quería olvidar todo y quedarse toda la vida encerrada en aquellos brazos.

Lo observó por el rabillo del ojo mientras se ponía una sencilla camiseta y un pantalón vaquero. Babeó, si de traje estaba imponente, vestido informal era una auténtica maravilla.

Él levantó su larga melena negra para depositar un beso lento, sensual y húmedo en su cuello. Camila gimió.

Empezaba a sentir que cuando ese hombre la tocaba ella se olvidaba todo. Se cogieron de la mano para coger el ascensor y bajar al garaje.

Camila le hizo parar en una churrería para comprar churros, quería tener una excusa en caso de que Lucas llegara antes.

Justo cuando Marc aparcaba frente a su portal Lucas llegaba con el taxi. Camila quiso darse prisa en bajarse para subir a su apartamento, pero su amante se lo impidió dándole un largo y apasionado beso que le hizo olvidar hasta su nombre.

—Esta es tu noche libre. Te espero a las diez en el club. Te tengo una sorpresa —ordenó él.

Camila no se quedó, simplemente asintió y salió corriendo, desistió de coger el ascensor y corrió por las escaleras. Abrió la puerta a toda velocidad, tiró las llaves y el bolso sobre el mueble de la entrada.

«Estoy batiendo un record. Tendré que llamar al libro Guinness». Pensó ella mientras ponía la cafetera al fuego y dejaba los churros sobre la barra.

Lucas estaba agotado, estaba deseando ducharse y dormir. Pero nada más entrar se topó con el bolso de Camila sobre el mueble, ella nunca lo dejaba allí.

Alcanzó a verla corriendo por el pasillo, pero solo pudo ver sus piernas y el ligero que llevaba. Por alguna razón esa prenda le sonaba.

Y así sin más se acordó de la escena que vio en el parking del club la noche anterior.

«No, no puede ser, me estoy haciendo películas». Pensó desesperado.

Fue al baño donde su mujer estaba desnuda entrando a la ducha.

—Hola Lucas. ¿Qué tal la noche? —preguntó Camila pensando que había faltado poco.

—Estoy cansado. ¿Te importa si me ducho contigo? —la pregunta estaba formulada para intentar seducirla.

—No mejor ve y vigila el café. Lo dejé al fuego —pidió ella enjabonándose rápidamente.

Apoyó la cabeza en los azulejos suspirando, había faltado bien poco para que la pillara.

«¿Pero de qué me preocupó? Lo mejor será dejarme de juegos y pedirle ya el divorcio». Pensó ella suspirando. Pero una parte masoquista, que ella desconocía, la obligaba a sentir pena por Lucas.

Lucas dio un puñetazo a la encimera después de apagar el café, antes de ir para la cocina había pasado por el dormitorio para encontrárselo perfectamente ordenado. Camila nunca hacía la cama por la mañana porque sabía que él llegaría a deshacerla. Eso le había llevado a la conclusión de que su mujer no había pasado la noche en casa.

No iba a perderla, la volvería a reconquistar como fuera. Tenía que centrarse solo en ella. No podía tirar diez años de matrimonio a la basura.

Camila salió del baño y fue a la habitación y cuando vio todo tan perfecto soltó

una maldición. Si Lucas entraba en la habitación sospecharía enseguida. Quitó el edredón y lo colocó sobre la silla, echó las sábanas hacía atrás y se sentó arrugando las sábanas, intentando que pareciera que alguien había dormido en esa cama.

Tiró su camisón al suelo como hacía todas las mañanas y después se sentó en su tocador para arreglarse.

Se iba a hacer una coleta alta cuando se fijó en los chupetones de su cuello. Buscó desesperadamente un pañuelo con el que taparlos.

Cuando estuvo maquillada y vestida fue hasta la cocina para desayunar, pero apoyado en la puerta estaba su marido mirándola serio.

Intentó pasar de largo para poder ir a comer, se moría de hambre, pero Lucas la arrinconó contra la pared intentando besarla. Pero ella giró la cara para evitarlo.

—¿Estás evitando que te bese? —preguntó molesto.

—Ahora no hay tiempo para eso Lucas. Yo tengo que ir a trabajar y tú tienes que dormir —contestó ella empujándole para huir a la cocina.

Frustrado dio un puñetazo en la pared que le dolió, luego la miró intentando descifrar que pasaba, un año se había pasado Camila rogándole por un poco de cariño y ahora que estaba dispuesto a dárselo huía. Eso sí que era extraño.

Camila sirvió el café, los churros en un plato y se sentó a comer. Se sentía muy incómoda con Lucas por la casa. Lo tenía todo muy claro, lo que sentía por él estaba muerto. Ya no tenía dudas. No soportaba ni pensar en ser tocada por él. Aunque fuera su marido.

Desayunaron en un silencio tenso, Lucas intentando que ella lo mirara y ella evitando su mirada.

Puso todo en el lavavajillas y su marido decidió arrinconarla contra la encimera.

—¡No me toques Lucas! —exclamó ella empujándole.

No soportaba el tacto de su piel, no lo quería cerca y menos después de haberse entregado a otro hombre.

Se apuró en coger su bolso y las llaves del coche. Cerró la puerta detrás de ella y se apoyó suspirando en la pared, ¿cómo se iría ahora a trabajar? Había dejado el coche en el club.

Su marido la observaba a través de la mirilla de la puerta, cuando vio que bajaba por las escaleras se extrañó. Decidió seguirla.

Bajó detrás de ella con cautela. Pensaba descubrir que secreto ocultaba Camila.

No le dejaba ni acercarse y eso no le gustaba. Ella jamás había actuado así.

Camila salió a la calle pensando en ir a coger el metro, pero vio a Marc apoyado en su descapotable esperándola. Tenía la sonrisa más hermosa del

mundo, por lo menos eso pensó ella mientras se acercaba. Millones de mariposas revoloteando por su estómago. Empezaba a enamorarse. No sabía que Lucas la seguía y se había apoyado en el portal para verla subir a un coche con alguien que no conocía.

Apretó el puño furioso y de repente se acordó que el deportivo que vio en el club también era rojo.

Recordó que la voz de la mujer que vio le era conocida, también sus ligas, las mismas que su esposa tenía esa mañana.

Y ahora se subía a un coche con un hombre. No quería pensar lo que estaba pensando.

Subió a su casa y después de cerrar la puerta se fue al salón a sentarse en el sillón. Pensó que quería saber la verdad como fuera, por eso llamó por teléfono a un detective privado. Luego ideó métodos para reconquistar a su esposa. Tenía que lograrlo.

Se acostó a dormir poniendo la alarma para darle a su mujer una sorpresa. La iría a buscar para llevarla a almorzar. La conquistaría, aunque fuera a la fuerza. No podía ni quería perderla.

Marc llevó a Camila a trabajar, aparcó encima de la acera y se bajó para abrirle la puerta, caballeroso le ayudó a bajar. Demorándose para poder acariciarla.

La arrinconó contra el coche y se apoderó de su boca, era un beso que los dos necesitaban. Se aferraron el uno al otro negándose a soltarse.

Pero al final pudo más el sentido común y de mala gana se separaron. Ella le retuvo agarrándole de la camiseta, acercó sus labios a los suyos una vez más y le pidió: —Llévame a comer. Venme a buscar. Quiero estar contigo.

—A la una y media estaré aquí esperándote —accedió Marc sin pensárselo, él también quería estar con ella.

Samanta los observaba con la boca abierta, no se podía creer lo que estaba viendo. Pensaba someter a su amiga a un largo interrogatorio apenas entrara por la puerta.

La sonrisa de Camila era enorme, hacía mucho tiempo que no recordaba ser tan feliz. Y Sami lo supo cuando vio el brillo de sus ojos.

—Ya mismo me estás contando que pasa —ordenó preocupada.

—Lucas me es infiel. Le pediré el divorcio. Y bueno me he acostado con Marc. Muchas veces. Dormí en su casa. Lucas no me pilló por los pelos —confesó atropelladamente Camila.

—A ver, a ver, para, empieza del principio no me entero de nada —pidió Samanta sin saber si tenía que preocuparse o alegrarse.

—Vale, primero, estaba bailando como siempre. Y le vi, besaba a Susana como

hacía tanto tiempo no me besaba a mí. Todo este año de sufrimiento pasó por mi mente, entonces tomé una decisión. Quemarme con Marc.

Samanta no sabía cómo sentirse, por fin su querida amiga había descubierto el engaño. Ya no sufriría más pensando que traicionaba a Camila. Pero es que Susana era también su amiga y su prima.

Una chica morena de pelo negro rizado entró en la tienda como un huracán, abrazó fuertemente a Camila y cogiéndola de las manos preguntó:

—¿Cómo te ha ido la noche hermana? No he dormido pensando en ti.

—Ay Nora que nohecita. Lo mejor de mi vida. Mi mejor decisión. Él es todo un semental. Lo hicimos en el parking antes de que me llevara a su casa. En su casa fueron tantas las veces que perdí la cuenta. Contestó ella provocando la emoción en su otra amiga.

Bailaron juntas por la tienda juntando sus caderas, demostrando una camaderia única y especial.

—¿Ves? Te lo dije, necesitabas a alguien que te diera un buen meneo —afirmó Nora abrazándola.

—No es por incordiar Camila, pero ¿recuerdas que sigues casada? —preguntó Samanta deseando darle a su amiga un poco de cordura. Intentando ser la voz de la razón.

—Por poco tiempo Sami, mientras llega el divorcio me voy a divertir de lo lindo. Y lo siento por Susana, pero si tengo que decir que él me fue infiel con tu prima lo voy a hacer —avisó Camila.

Samanta se entristeció, pero pasara lo que pasara, Susana se lo tenía merecido. Solo esperaba que Camila fuera feliz. Se lo merecía.

Se quedó un rato escuchando hablar a Nora con su amiga, sintiendo envidia de la conexión que esas dos habían conseguido en tan poco tiempo de conocerse. Media hora después los clientes empezaron a llegar y Nora se marchó para irse a su casa a seguir durmiendo.

A eso de las doce tuvieron un respiro, llegó una caja a nombre de Camila. Dentro el vestido más hermoso y seductor que ella hubiese visto alguna vez en su vida.

Estaba acompañado por unos zapatos altísimos y un conjunto de lencería que dejó con la boca abierta a Samyta a Mérida Merintó Mérida ISami, era lo más sensual que había visto alguna vez.

Y la nota no tenía desperdicio, Camila se excitó nada más leerla. Apretó los muslos incomoda.

«Me gustaría que pudieras salir conmigo a la una. Tengo una sorpresa. Me gustaría también que te pusieras el tanga, no sabes lo duro que me he puesto eligiéndolo. Estoy deseando quitártelo con los dientes. Y ya que decir del

corsé, estoy loco por desatar lazo por lazo para besar esos hermosos pechos. Y ya me matarías si te pusieras el vestido. Te deseo. Estoy deseando tenerte entre mis brazos desnuda, sin testigos o con testigos como anoche. Como mi caperucita quiera».

—Dios este hombre sabe cómo seducir a una mujer. Yo me encargo del cierre de la tienda —dijo Samanta.

—¿No me vas a salir con el tema de que estoy casada con Lucas? —preguntó Camila.

—Nunca más amiga. Él te hizo sufrir, ahora mereces ser feliz. ¿Pero qué es eso de los testigos?

Preguntó con curiosidad.

Camila se sonrojó y pensó si podría confesarle a su amiga lo que había hecho la noche anterior. Al final optó por contárselo.

—Mientras nos lo montábamos en el parking alguien nos vio. Y eso me excitó.

—Ay dios mío tengo una amiga exhibicionista —bro-meó Samanta empujándola hacia la trastienda para que se fuera arreglando.

Tenían un baño allí, con todo lo necesario para arreglarse, Camila se rizó el pelo y se esmeró en maquillarse.

Luego se puso la ropa que le mandó Marc. Cuando salió, su amante la estaba esperando. Él sonrió con picardía y ella le devolvió la sonrisa.

De la mano salieron de la tienda y se subieron al descapotable.

Lucas venía caminando cabizbajo, pero al levantar la cabeza vio el mismo coche y vio una mujer que le recordó a la suya subirse en ese deportivo.

Observó cómo se besaban, entonces aceleró el paso para intentar verlos mejor, pero el vehículo arrancó y no pudo distinguir a los ocupantes del coche.

Entró en la tienda buscando a Camila y cuando solo vio a Sami preguntó enfadado:

—¿Dónde está?

—Ha tenido que salir. Yo me encargaré de cerrar la tienda —contestó ella seca. No podía evitar odiarle.

—¿Y no me puedes decir a dónde? ¡Es mi mujer! —exclamó cada vez más enojado.

—Solo te diré que por estar de putero revolcándote con mi prima has perdido a una gran mujer —se jactó Samanta sonriéndole de forma cruel.

Capítulo 4

sospeChas y Celos

Camila miraba a su alrededor, Marc la había llevado a un costoso y lujoso restaurante. Tan diferente a lo que ella estaba acostumbrada. Sabía que para comer allí había que hacer una reserva.

Ni con un mes de sueldo podría permitirse una comida en ese lugar. Se sentía tensa, no se sentía agusto con la idea de quedarse en un sitio tan caro y exclusivo.

—Relájate princesa. Disfruta y no pienses en el costo de todo esto —pidió él hablándole en el oído, aprovechando que le estaba retirando la silla para que se sentara.

—¿Llevas todo lo que te pedí? —Preguntó mirándola intensamente.

—Lo llevo —afirmó ella mirándole con la misma intensidad.

Disfrutaron de la comida como niños, como una pareja enamorada. Marc aprovechaba cualquier ocasión para tocarla y jugar con ella.

Cuando terminaron con el almuerzo salieron de la mano del restaurante, Marc esperó que el aparcacoches le trajera su deportivo. Mientras esperaban se acercó a Camila para preguntarle con voz sensual:

—¿Cuánto tiempo tengo para arrancarte suspiros?

Ella miró impaciente su reloj de pulsera para luego responder con la voz cargada de lujuria:

—Casi cuatro horas.

—Umm cuantas perversidades planeo para las dos horas siguientes —murmuró Marc besando su mano.

Camila estaba sintiendo como un simple tacto podía quemarla, estaba deseando llegar donde fuera con él. Aunque fuera al fin del mundo. Ese solo pensamiento le aterró. Sabía que la situación se le saldría de las manos si sus sentimientos aumentaban.

El camino hacía el apartamento de Marc fue tenso, él volvió a aparcar de cualquier manera con tal de llegar cuanto antes a la intimidad de su casa.

Casi la arrastró hasta el ascensor, ella se dejó, estaba tan impaciente como él.

En el ascensor se besaron como si no hubiera mañana, las puertas se abrieron y ellos salieron sin dejar de besarse.

Marc buscó la cremallera trasera del vestido para bajársela lentamente, torturándola con la yema de sus dedos.

Se alejó un poco para poder admirarla con ese conjunto de ropa interior que él mismo eligió.

—No hay mujer más hermosa que tú.

Camila incomoda con la excitación que sentía cruzó las piernas apretando su zona íntima, él sonrió, interpretando su gesto.

Lentamente, con andares felinos y depredadores, se acercó para desabrochar los corchetes del corsé, liberando así sus turgentes pechos. Se demoró en lamerlos y acariciarlos, para luego seguir bajando. Atrapó tal como prometió los lazos que mantenían sujeto el tanga.

Ella gimió, sentía que solo con su mirada se estaba quemando, no lo pudo evitar y acortó los pocos centímetros que los separaban para besarle con furia y ardor.

—Hazme tuya ya —suplicó buscando algo que calmara todo aquel cúmulo de sensaciones.

—Mi caperucita tiene prisa —murmuró él sonriendo. Sin que ella se lo esperara la tumbó sobre la encimera de la cocina.

La cocina estaba conectada al salón por una barra americana, se entretuvo un rato más jugando con ella.

Sintiendo que él mismo se estaba quemando, necesitaba sentirla, necesitaba tenerla.

Camila se incorporó un poco y llevando sus manos a la camisa que él llevaba, se la arrancó haciendo saltar todos los botones por la moqueta.

—Eres una fiera. Creo que mi caperucita se está transformando en loba —musitó él fascinado con ella.

—Cállate, tenías demasiada ropa encima. Y todavía sigues teniendo demasiada —protestó forcejeando con el cierre de su pantalón.

Él rio divertido y se apuró en quitarse los pantalones y el bóxer. Camila se mordió el labio deseando guardar esa sexy imagen en su memoria.

Marc caminó por la sala y abrió la puerta del mueble para dejar a la vista una estupenda mini cadena, puso música. Una canción que les pegaba mucho sonó por toda la casa.

Era cuéntale, con paso felino se acercó a ella y la levantó en el aire para besarla ardientemente.

Camila se vio obligada a enredar las piernas en su cintura, entonces el miembro de Marc entró bruscamente en ella.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó hasta quedarse ronca, luego le miró admirando su fuerza. Admirando como la sostenía en brazos sin apoyarse en nada.

—Bailemos muñeca —susurró él con voz ronca aguantando las ganas de derramarse dentro de ella.

Quería volverla loca, demorarse en ese instante y alargar toda la tarde. Empezó a embestir con ferocidad mientras ella le arañaba la espalda.

—Oh dios lo siento colega lo siento.

Esa voz desconcentró a Camila haciéndola volver a la realidad como si le tiraran un cubo de agua fría encima. Se sintió adúltera y rastrera.

Escondió la cara en el hombro de Marc muerta de la vergüenza, mientras él caminaba con ella tranquilamente hasta su habitación.

La depositó con delicadeza en la cama, saliendo irremediabilmente de su cuerpo, acaba de estar dentro de ella y ya la extrañaba.

Con tranquilidad se puso una bata para tapar su desnudez, se agachó a su lado para darle un beso posesivo cargado de promesas.

—Mataré a ese entrometido luego volveré aquí para perderme entre tus piernas —murmuró Marc contra su boca.

Volvió a la sala cambiando su expresión de felicidad por una de aterrador enojo. Menuda visita inoportuna.

—Oscar qué coño haces aquí en mi casa. ¿Cómo mierda se te ocurre venir sin avisar? ¿Qué te creías que no tengo vida propia? Lárgate antes de que me arrepienta de no golpearte —Marc estaba enfadado y lo demostraba.

—¡Ey! Lo siento colega ¿Vale? Es que tengo el notición del siglo— dijo Oscar levantando las manos en gesto de rendición.

—Más te vale que sea una gran noticia —amenazó Marc.

—Tengo preparado el contrato de dos discotecas. Nos las venden. Una está en Callao y otra en Goya. Tío es el negocio del siglo. En dos horas tenemos que estar en el hotel Wellington. Por eso te dejo aquí las carpetas. Te veo en la puerta del hotel en hora y media. Tenemos que ponernos de acuerdo y hablar antes de la reunión —informó orgulloso Oscar, después salió del apartamento dejando a su amigo y jefe solo.

Salió pensando que la chica que estaba con Marc le era muy conocida. Suspiró pensando que necesitaba un descanso.

Camila estaba paseándose nerviosa por la habitación preguntándose un millón de cosas. Cuando vio a su amante entrar en la habitación se acercó a él para acusarle de lo que le creía culpable.

—Me gustaría saber de qué conoces al hermano de mi marido. ¡Mierda! Podría haberme descubierto. Tú planeaste esto.

—Deja de hacerte películas Cami, no sabía que Oscar es el hermano de tu marido. Pensaba que después de empezar una relación conmigo, pedirías el divorcio, pero viendo tu actitud creo que solo me quieres para calentar tu cama. ¿Qué soy yo para ti? —Marc estaba mintiendo, sabía perfectamente los lazos familiares que la unían con Oscar, además quería enfurecerla y de paso saber que pensaba de la relación que empezaban a tener.

—¡Serás...! —exclamó intentando golpearle, pero él no se lo permitió, la

agarró por las muñecas atrayéndola hacia su cuerpo.

La besó con rabia y ella se deshizo entre sus brazos, olvidando su enfado, sus sospechas y su rabia. Se aferró a él como si le fuera la vida en ello.

Chilló cuando él de nuevo entró en su cuerpo, embestía casi sin darle tiempo a respirar. Explotaron juntos dejándolos caer en el suelo. Ni a la cama habían llegado.

Se ducharon juntos, Marc estaba apurado, tenía que conseguir un negocio que fuera redondo para que su padre dejara de incordiarle. Camila le distrajo un momento cuando la oyó murmurar:

—¿Y qué me pongo yo ahora?

Con delicadeza la cogió de la mano, arrastrándola hacia su enorme vestidor, tapándole los ojos con su corbata. Una vez dentro dejó que mirara. Se quedó boquiabierta, no podía creer que toda aquella ropa femenina que veía fuera para ella.

—Esta era mi sorpresa, quería que cuando vinieras a mi casa tuvieras de todo. Además, toma un juego de llaves para que puedas venir, aunque yo no esté contigo. Ahora caperucita vístete deprisa te dejo en el trabajo y me voy al mío —murmuró él en su oído.

Camila miró encantada todo lo que veía, no creía que se mereciera tanto. Allí estaba la ropa más cara del mundo, las mejores marcas.

Apretó las llaves contra su mano y dejó escapar una lágrima de emoción. Todo aquello era solo para ella.

Miró la hora y se dio una palmada mental, llegaba media hora tarde. Samanta la mataría. Eligió un vaquero negro marca Gucci, se le ajustaba al cuerpo de una manera tan natural que le encantó.

Eligió un corsé blanco y de calzado unos louboutin rojos de sandalia. Para tapar los chupones de su cuello un pañuelo del mismo color de los zapatos.

No le daba tiempo a maquillarse, pero no le importó, se sentía guapa. Se apuró a llegar al salón donde ya Marc la estaba esperando con su bolso en la mano.

—Vamos cariño, es muy tarde —pidió él tirando de ella.

Lucas se despertó sobresaltado y miró la hora, apretó los puños cuando se dio cuenta que Camila no había ido a casa.

Miró la hora y pensó que ya estaría en la tienda, decidió ir hasta allá para pedirle una explicación.

Marc acompañó a su amante hasta el interior de la tienda, le dio un beso en la comisura del labio y le dijo:

—Esta noche en el club a las diez. Me queda otra sorpresa.

—¿Todo bien Cam? —preguntó Samanta preocupada por su amiga, no sabía que pasaba con ella, estaba haciendo cosas que nunca hubiera hecho.

—Todo bien Sami, siento llegar tarde. Se me fue el santo al cielo. Para compensarte mañana tomate las primeras horas de la mañana libres —dijo disculpándose Camila, pero en ningún momento miró a su amiga. No podía despegar la vista de Marc, inexplicablemente no quería que se fuera. Quería tenerlo siempre a su lado.

La puerta golpeó al abrirse con brusquedad, Lucas se acercó a grandes zancadas a su esposa. A Marc eso no le gustó, percibió su agresividad. Su instinto protector se activó. No le haría daño a Cami estando él cerca.

—¿Bueno entonces señorita que me recomienda para mi novia? —preguntó Marc atrayendo de nuevo la atención de Camila.

—Que lo atienda Samanta, nosotros tenemos un asunto pendiente —pidió Lucas con agresividad.

—Lo siento, pero el mundo no gira a tu alrededor, ahora tengo trabajo. Tendrás que esperar —dijo ella enfrentándolo.

Sami miró de uno a otro pensando angustiada que su amiga estaba provocando demasiado a su marido. Ella conocía la naturaleza agresiva de Lucas, era un auténtico milagro que Camila no conociera esa faceta de él, llevaba diez años de matrimonio con un hombre que no existía.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó Camila a Marc. Entrando en su juego.

—Quiero algo que brille, que sea hermoso. Para que cuando lo coloque en el cuello de mi mujer ella se vea aún más hermosa de lo que ya es —contestó él mirándola intensamente.

Camila decidida fue hasta el mostrador del fondo y sacó una gargantilla dorada. Era lo más caro que tenían en la tienda. Pero también lo más hermoso. Se lo acercó a su amante que acarició su mano disimuladamente antes de coger el objeto que le tendía.

—Mi mujer se verá hermosa con él, sobre todo cuando este desnuda —dijo él seduciéndola con la mirada, haciéndole millones de promesas que pensaba cumplir.

Lucas apretó los puños, molesto con el coqueteo de Marc con su esposa. Esa mujer era suya y de nadie más.

Esperó, pero cuando Camila le devolvió la tarjeta a Marc la cogió del brazo y le obligó a ponerse a su lado. Intentó besarla, pero ella giró la cara y le empujó.

Se sentía furiosa, él no era nadie para tratarla así, por muy marido suyo que fuese. Entonces le abofeteó sin esperárselo ella misma. Le gritó como nunca pensó que le gritaría:

—¡No me toques! ¡Estamos en mi trabajo! ¡Respeto eso! ¡Además no sé ni cómo te aguanto! ¡Quiero el divorcio, no te quiero más! ¡Vete a ver a un

abogado! —que liberación sintió cuando pudo gritar lo que le carcomía el alma.

Samanta se quedó blanca, su amiga había explotado, Marc sonreía feliz.

Después de estar con él Camila no soportaba que nadie la tocara. El siguiente paso sería enamorarla. Luego no querría separarse de él nunca más.

Lucas sintió como si le hubiesen dado el peor golpe de su vida, después de diez años de matrimonio escuchaba las palabras que jamás creyó oír. Divorcio. Esa palabra sonaba en su cabeza como una amenaza cruel.

Capítulo 5

marCando territorio

Lucas se vio obligado a dejar la tienda cuando los clientes empezaron a entrar, Marc también tuvo que marcharse. Tenía que trabajar. Pero aun así sacó tiempo para mandarle un regalo y un mensaje a su amante.

Regalo que Camila recibió antes de cerrar la tienda, Sami la miraba preocupada. Casi ni conocía a su amiga. Siempre fue la más sensata, la más seria.

«Recuerda nuestra cita caperucita, te espero a las once en el aparcamiento del club. Te ayudaré a descubrir un mundo nuevo».

Así decía la nota, Camila la olió como si aquel trozo de papel oliese a su hombre. Sonrió sin darse cuenta y le mandó un mensaje al móvil.

«Estoy ansiosa por descubrir ese mundo contigo».

Después se quedó mirando la caja mientras su amiga echaba el cierre, cuando se dio la vuelta pudo ver la hermosa sonrisa que adornaba su rostro, era esa sonrisa que toda mujer enamorada tiene.

—¿No piensas abrir el regalo? —Preguntó Samanta devolviéndole a la realidad.

Camila abrió la tapa y sacó un sexi vestido de polipiel negro, muy corto y de cuello alto. Un conjunto muy atrevido de ropa interior y unos impresionantes zapatos con estampado animal.

—¡Wow! ¿Dónde querrá llevarte ese hombre para querer que te vistas así? ¿Lo del divorcio va en serio amiga? ¿Estás enamorada de Marc? —Sami quería averiguar todo lo que le pasaba a su amiga por la cabeza.

—¡Wow frena! ¡Tú sí que te apresuras! Y sí, lo del divorcio lo tengo muy claro Sam. El lunes iré a ver a un abogado —contestó Camila sin dejar de sonreír, su socia se preguntaba si se habría vuelto loca. Lo que hacía unos días le hacía llorar a mares ahora parecía no importarle en lo absoluto, suspiró y le lanzó un aviso porque ella parecía que no se daba cuenta.

—Sabes que Lucas no se va a rendir tan fácil ¿verdad? ¿Sabes que luchará?

—Ya no me importa, que pataleé, que sufra. Que ruegue, que llore. Ya me da igual. No le quiero más. Contestó Cami sintiéndose muy segura de sus sentimientos hacia su marido.

—Contéstame una última pregunta, ¿estás enamorada de Marc?

—No lo sé. Solo sé que me atrae, que me gusta, que me vuelve loca. Me hace sentir cosas que jamás sentí. Ni siquiera por Lucas. Así que voy a continuar esta historia a ver dónde me lleva. No me preocupa el futuro. Solo quiero vivir.

Salieron juntas por la puerta de atrás y se despidieron con un abrazo. Camila decidió ir a buscar su coche al club.

Se dirigió hasta la parada de taxis esperando no encontrarse con ninguno de los compañeros de su marido. Conocía algunos.

Una vez recuperado su vehículo se dirigió a su casa, antes de arrancar se puso a mirar el móvil. Dieciséis llamadas perdidas de Lucas, no pensaba contestar. «Que le den». Pensó con amargura, intuía que su infierno particular con él justo ahora empezaba y empeoraría cuando ella insistiera en la idea del divorcio.

Cuando llegó a su casa entró en la cocina pensando que hacer de cenar, pero luego se dijo a sí misma que no tenía por qué preparar la comida.

«Que aprenda a hacer las cosas por sí mismo. Ya pronto no seré su esposa». Pensó con arrogancia.

Escondió la caja en el armario, se alegraba de estar sola. No sabía dónde había ido Lucas, pero no le importaba.

Se dio una larga ducha y después de untar su cuerpo con crema hidratante, poner la alarma para las nueve y media, se acostó dispuesta a dormir un buen rato. Le vendrían bien dos horas de sueño.

Lucas entró en el apartamento sonriendo, sabía que para Camila sus amigas eran importantes. Había encargado una cena que traerían en unos minutos.

Las chicas empezarían a llegar en cualquier momento. Dejó la puerta abierta, Sami y Beba serían las primeras en llegar para ayudarlo a poner la mesa. Esperaba le gustara la sorpresa que le tenía. La buscó por la casa, la encontró durmiendo, se fijó bien en ella. La sábana había resbalado dejando un pecho al aire.

Arrugó el ceño cuando se fijó en un morado que Camila tenía en el cuello. Sintió unos profundos y venenosos celos.

No quería arruinar la noche con reclamos, así que decidió fingir que no había visto nada. Pero dolía que le pagaran con la misma moneda.

Se arrodilló en la cama junto a ella y no pudo resistirse, lamió el erguido pezón. Camila se revolvió en la cama excitada con las caricias que sentía.

Abrió los ojos sonriendo pensando que encontraría a Marc, pero no era él quien estaba colocándose en medio de sus piernas. Era su marido. La excitación y la anticipación que sintió se esfumaron. Se había quedado fría.

Pero más fría se quedó ante las prepotentes palabras de Lucas.

—Todavía sientes algo por mí. Todavía me quieres. Has reaccionado ante mi tacto.

—¡No seas imbécil! ¡Sal de ahí! ¡Vaya despertar! —Camila le empujó mientras le gritaba.

—No te hagas la dura cariño —se burló Lucas.

Ella bufó y le enseñó el dedo de en medio y antes de meterse en el armario dijo:

—¡Que te jodan! El lunes iré a ver a un abogado para poner la demanda de divorcio, así que más vale que busques procurador.

La sonrisa de Lucas se borró, no firmaría ningún divorcio. Tenía que volverla a enamorar como fuera.

Camila cogió su vestido nuevo y su ropa interior nueva, se esmeró en arreglarse.

Como se le hacía insoportable quedarse un minuto más en esa casa decidió marcharse para el club, mientras esperaba la hora de su cita tomaría una copa y disfrutaría con sus compañeros.

Cogió su bolso y salió de la habitación, se sorprendió de ver tanta comida en la mesa, pero sobre todo le sorprendió ver a sus amigas.

—¡Sorpresa! —exclamaron todas.

—¿Y esto? —preguntó confundida.

—Tu marido quería darte una sorpresa y aquí estamos para cenar todas juntas como en los viejos tiempos —contestó Laura levantándose para darle un abrazo, las demás la siguieron.

Samanta la observó evaluando su reacción, intentando averiguar cómo se

sentía. No lo logró, parecía que Camila se hubiera puesto una máscara.

—Chicas me encanta teneros aquí a todas. No os desprecio, pero tenía planes

—expuso ella buscando la manera de marcharse.

—¿Qué clase de planes? —Preguntó Lucas molesto. —No tengo porque decirte mis planes, tú no consultas los tuyos conmigo. Pero en vista de que estáis todas aquí cenaré con vosotras y luego me iré —dijo Camila sentándose al lado de Sami.

—¿Dónde vas? —Preguntó su rubia amiga.

—Con Nora y Johnny, iremos a tomar algo —contestó Camila a Samanta.

—¿Quién mierdas son esos? —Volvió a preguntar Lucas.

—Unos nuevos amigos —contestó mientras mandaba un mensaje a Nora para que fuera a su casa con Johnny. Necesitaba una coartada y sabía que su buena amiga le proporcionaría una de mil amores.

«Necesito que vengas a mi casa a cenar, cógete un taxi yo te lo pago luego. Explicaciones después. Y tráete a Johnny».

—Mis amigos ya me estaban esperando así que les he dicho que se vengan para cenar con nosotros. Comentó dirigiéndose a sus amigas, luego se giró hacia su marido para decirle: Y tú la próxima vez que tengas una genial idea, consulta que yo tengo vida propia.

—Qué mal educada amiga. Pobre Lucas —dijo Susana censurándola.

—Estoy en mi casa si no te gusta lo que digo ahí tienes la puerta —advirtió Camila.

—Te estás comportando como una puta —Susana siguió con su censura. Y de paso intentando molestarla.

—Putas es la que se mete en medio de una relación para destrozarla. No yo. No te equivoques querida Susi. Un solo insulto más y te sacaré de mi casa arrastrada de los pelos —amenazó mirándola con dureza.

Sami se puso a rezar en silencio, como su prima siguiera pinchando a Camila el asunto acabaría muy mal.

—Está también es la casa de Lucas —murmuró Susana.

—¿He escuchado bien? Estás muy equivocada querida, Lucas y yo perdimos nuestra casa. Este es el apartamento de mis padres. No es la casa de Lucas, en todo caso solo mía —Camila estaba dispuesta a dejar a la altura del betún a esa que decía llamarse amiga. Y de paso también poner en su sitio a su marido. Susana sabía cuándo debía callar, avergonzada por haberse dejado llevar por sus sentimientos, clavó la vista en el plato.

Lucas miraba a su mujer con la boca abierta, nunca le había echado en cara el haber perdido su piso. Hasta ese momento.

Camila estaba cambiando demasiado y no le gustaba ese repentino cambio.

Frunció el ceño y deseó sacar a todas para poder reclamarle a su esposa un par de cosas. Entre ellas las marcas que tenía en el cuello.

El timbre sonó, ya habían llegado Nora y Johnny y Camila se levantó corriendo para ir a abrir. Se fijó que su marido no la seguía.

Cuando su amiga entró del brazo de su amigo los abrazó a los dos para decirles bajito.

—He quedado con alguien. Necesito que digáis que íbamos a salir esta noche. Necesito que seáis mi coartada.

—Todo por ti loba —murmuró Johnny abrazándola más fuerte aún.

Se quedaron unos instantes callados planeando cómo comportarse y que decir. Johnny fue el primero en hablar.

—¿Preparada para una noche de juerga inolvidable? —preguntó con su voz chillona.

—¿Dispuesta a que te duelan los pies de tanto bailar? —preguntó también Nora.

—Hasta reventar hermana —respondió riendo Camila.

Hicieron pequeños pasos de baile bromeando y luego fueron todos al comedor para cenar. Aunque primero hicieron las presentaciones.

Camila no recordaba haber tenido una cena tan tensa en su vida, Lucas no hablaba solo la miraba enfadado. La mirada de Susana cargada de reproche, Samanta preocupada y las demás sorprendidas por esa situación.

—¿Podemos ir contigo a esa fiesta inolvidable? —preguntó Margot haciendo alusión a lo que Johnny llevaba diciendo toda la noche.

Camila no supo cómo podía negarse a eso, Lucas la observaba esperando su respuesta. Nora acudió en su ayuda.

—Lo siento cariño es la fiesta de cumpleaños de mi hermana, ya me costó que invitara a mi compi, imagina si llevo más gente que no conoce. Pero el sábado si quieres quedamos todos.

—Estamos de acuerdo, Cami nos ponemos en contacto para quedar mañana —dijo Laura.

Camila se despidió de sus amigas y se apresuró en salir del apartamento seguida de sus compañeros que no perdieron tiempo en burlarse de ella.

—A ver listos ¿Cómo se supone que vamos a quedar el sábado? Es la noche de más jaleo —protestó intentando desviar la conversación.

—Como se nota que toda tu vida has sido la chica modosita que nunca rompe un plato. No sabes ni inventarte excusas —se burló de nuevo Johnny.

—Es fácil, sabes que nuestros shows son de los primeros. Normalmente terminamos sobre las dos. Quedamos dos y media en el polígono —explicó Nora.

—¡Estás loca! ¡Cómo voy a meter a mis amigas en el polígono! —exclamó preocupada Camila.

—Si no vaya a ser que a las muy santas se les caigan las bragas de susto. Es hora de que hagan cosas malas, que se liberen —bromeó Johnny.

—¿Y este se supone que es gay? —curioseó en broma Nora.

—Queridas mías hice mis pinitos con mujeres y puedo daros tal meneo que no lo olvidaréis en vuestras sosas vidas.

Los tres se rieron a carcajadas, la conexión entre ellos era muy buena, habían congeniado muy bien.

Se subieron en el coche y Camila los dejó en su casa, ya que esos dos locos compartían piso. Después pisó el acelerador para poner rumbo al club.

No se dio cuenta de que un coche la seguía, estaba más preocupada por llegar a su destino.

Cuando llegó, faltaban quince minutos para su cita, así que decidió entrar para tomarse una copa de algo muy fuerte. Estaba estresada.

Se apoyó en la barra con su chupito de aguardiente, paseó su mirada por el local y lo que vio la puso furiosa.

Selena, una de las bailarinas estaba coqueteándole descaradamente a su hombre. No se paró a analizar de dónde provenía ese posesivo pensamiento.

Se bebió de un trago su bebida y cuando Selena se marchó para los camerinos la siguió.

Camila apagó la luz cuando su ahora enemiga se sentó en la butaca, con paso decidido se acercó y tirándole del pelo le dijo amenazadoramente:

—No te quiero ver cerca de mi hombre, es mío. Esto solo es un aviso. La próxima vez te iré muy mal. Le dio un par de bofetadas que resonaron por toda la habitación, además de unos tirones de pelo que Camila consideraba que eran merecidos.

Al salir volvió a encender la luz, se apoyó en la pared pensando qué demonios le había sucedido. Nunca había sentido unos celos de esa magnitud, ni siquiera cuando Susana besaba a Lucas.

—¿Celosa? —preguntó Marc mirándola divertido apoyado también en la pared.

Ella por respuesta se acercó a él y agarrándolo por la corbata roja que llevaba puesta ese día, se adueñó de su boca.

—Eres mío, solo mío —murmuró contra su boca. —Me excitas cuando marcas territorio de esa manera. Pero hay algo que no tienes en cuenta. Yo me tengo que aguantar cuando vuelves a casa con tu marido —alegó él en voz baja llevando las manos a su trasero.

Volvieron a besarse intentando dominarse el uno al otro. Marc se separó

mirándola intensamente.

—Si seguimos por ese camino no llegaremos al lugar donde quiero darte una sorpresa. Quiero saber hasta dónde llegan tus límites. Ponerte a prueba —dijo tirando de ella, para llegar cuanto antes a su coche.

Marc se había dado cuenta de que alguien les había estado sacando fotos mientras se besaban. Camila no lo había notado.

Y Conocía al investigador privado que estaba empezando a seguir a su amante, pero no tenía pensando evitar que continuara la investigación.

Quería que Lucas supiera la verdad, quería que supiera que la persona que le echó de su trabajo de economista e impidió que encontrara trabajo en su profesión, ese mismo hombre le había robado a su esposa.

Aunque no era que Lucas hubiese cuidado muy bien a su mujer. Estaba más interesado en mirar a otras que a la suya propia.

Capítulo 6

nuevas experienCias

Marc como un caballero le abrió la puerta del coche, cuando ella estuvo de espaldas, aprovechó para besar su cuello. Sería una foto interesante y sugerente.

También la ayudó a ponerse el cinturón de seguridad, con arrogancia ocupó su lado en el lado del conductor.

Arrancó y le sonrió cogiéndole de la mano, ella sintió miles de mariposas en su estómago. No sabía si eso era bueno o malo.

—Espero que esta noche tengas la mente muy abierta, voy a exponerte un nuevo mundo —anunció Marc observando su reacción.

A Camila se le atragantaron las palabras en la boca. No supo que decir. Así que optó por no decir nada. Cuando llegaron y entraron en el local ella se quedó boquiabierta.

Parejas que en vez de bailar parecía que estaban en otros quehaceres. Parejas que se besaban y manoseaban sin pudor. Sin importar quien miraba.

—¿Dónde me has traído? —preguntó Camila alucinada.

—Te he traído a explorar tus sentidos, te he traído a que pierdas la vergüenza —contestó él para después darle la vuelta y obligarla a mirar a su alrededor.

No lo pudo evitar, se excitó, Marc lamió su cuello con sensualidad. Sin pudor acarició sus pechos por encima de la tela.

Camila suspiró y cerró los ojos, le entraban sofocos de pensar que cualquiera

podiera verlos. Aunque no parecía que a la gente de aquel lugar le importase mucho lo que ellos hicieran.

Marc apretó su trasero y con brusquedad separó sus piernas para acariciarla más íntimamente. Embestía con su dedo sin dejar de lamerle el cuello, ella sentía que se quemaba, que ardía. Sin querer abrió los ojos y un hombre pasó por su lado y le sonrió.

Se sintió tan excitada que se precipitó hacia el abismo, el orgasmo barrió todo su cuerpo como una ola gigantesca.

Se apoyó en Marc para recuperar el aliento, eso había sido intenso. Él le dio la vuelta para apoderarse de su boca con hambre y lujuria.

—¿Dispuesta a pasar a la siguiente fase? —preguntó Marc sonriendo.

—Dispuesta —contestó sintiendo mucha curiosidad.

Se cogieron de la mano y él la guio hacía unas escaleras de caracol de hierro forjado, llegaron a un enorme pasillo lleno de puertas.

Marc tiró por ella y se encerró en una de las salas, echó el pestillo y con brusquedad le quitó el vestido.

—Ahora quiero disfrutarte. ¿Me dejarías probar algo nuevo contigo? —

Preguntó él mientras se quitaba la ropa.

—Soy tuya —respondió Camila deseando saber dónde les llevaría todo aquello. De repente se sentía cohibida, pero al mismo tiempo muy entusiasmada.

Para no mirarle a él, paseó su mirada por aquella enorme habitación, hasta que dio con un enorme ventanal. Se quedó mirándolo fijamente.

—Eso es por si alguien quiere tener observadores. Si quieres en otro momento lo probamos. Ahora estaremos solos —murmuró Marc acercándose.

Camila le abrazó disfrutando del tacto de su piel, del poder de los músculos de sus brazos. Cayeron sobre la cama sin dejar de besarse y abrazarse.

Del cajón de la mesa de la noche Marc sacó un vibrador. Ella lo miró con desconfianza.

—Tranquila todos los días ponen objetos nuevos. Si quieres nos lo podemos llevar —informó él mientras lo introducía en su cuerpo a la máxima potencia, algo que la hizo gritar.

La obligó a darse la vuelta y ponerse de espaldas, la llenó con un extraño gel que no olía a nada. Sin sacar el vibrador de su cuerpo le preguntó:

—¿Segura que quieres probar cosas nuevas?

Camila solo pudo asentir, no pensaba, solo sentía. Sintió que Marc se colocaba detrás de ella. Y de repente un dolor profundo la hizo chillar, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero el dolor dio paso al placer. Pero era un placer diferente, le hacía sentirse llena. Distinta. Algo había cambiado drásticamente

en su alma. En su forma de sentir.

El orgasmo que sintió le hizo caer desmadejada sobre la cama, pensó que ese hombre la estaba haciendo adicta al sexo. A su cuerpo, a su olor.

Marc le dio la vuelta y se apoderó de sus pechos, volviéndola a excitar, aunque pareciera increíble, lo recibió en su interior de nuevo. Él no fue lento ni delicado, parecía empeñado en dominarla, arremetía como si le fuera la vida en ello.

Terminaron agotados, pero felices y sintiendo miles de sensaciones nuevas.

—¿Bajamos a tomar algo? —preguntó Marc sintiendo mucha sed.

—De acuerdo —contestó Camila bostezando, hubiese preferido acurrucarse en su pecho y dormir.

Camila bajó las escaleras sintiendo todos sus músculos doloridos, en ese momento sentía partes de su cuerpo que nunca antes había sentido. Miró a Marc que parecía tan relajado y feliz.

El local estaba un poco más vacío, pero aún continuaba habiendo gente, Marc después de preguntarle que quería beber se alejó hasta la barra.

Camila empezaba a sentirse incomoda en aquel lugar, al irse su jefe, había perdido todo el apoyo. Sentía muchos pares de ojos posándose en ella, como si supieran lo que había hecho hacía un rato. Un hombre joven, rubio y de ojos verdes, se acercó con una sonrisa coqueta para ligar. No le desagradó, pero tampoco le gustó.

Marc se acercó, no sentía celos, porque a Camila no parecía agradarle la presencia del musculitos. Pero de todas maneras se acercó, marcando territorio, sonriendo con arrogancia.

Cogió a Camila de la cintura sin dejar de mirar al chico.

—Me llamo Robert. ¿Compartes a la chica? —preguntó el desconocido a bocajarro.

Marc se planteó la pregunta, era algo que había hecho otras veces, pero por alguna razón compartir a Camila no entraba en sus planes. Incluso sentía que si alguien tocaba a su mujer tendría que matarlo. Ella le miró enfadada, se sintió como un trozo de carne expuesto en una vitrina, eso le enfadó.

Pero lo que le dolió fue que su amante se planteara esa asquerosa posibilidad. Ella jamás participaría en algo así.

—No, no comparto a mi mujer. De hecho, me estoy planteando la posibilidad de arrancarte los ojos solo por mirarla —amenazó Marc.

—Pues entonces tío, no has venido al lugar adecuado —protestó el extraño.

Ella no lo soportó, no quería quedarse a ver como peleaban, se soltó del agarre de Marc y salió fuera. No sabía si largarse o esperarle. Mientras tomaba su decisión Marc salió en su busca.

—¿Qué pasó Caperucita? ¿Por qué te marchaste así? — preguntó preocupado.
—¡Por qué no soy mercancía con la que tú puedas negociar! ¡Ni siquiera soy tu trofeo! ¿Sabes cómo me he sentido ahí dentro? Como si fuera un trozo de carne. No me gusta —gritó Camila, llevó sus manos a sus ojos y se dio cuenta que estaba llorando.

—Lo siento mi amor. Mira, creo que ha sido muy mala idea venir hasta aquí, te prometo que jamás te volveré a traer. He disfrutado, lo he pasado bien al principio. Pero no quiero que nadie te mire, solo yo. Ahora te debo una cita. Una cita que será maravillosa. Tan solo perdóname, no me llores más —Marc se disculpó sabiendo que ella tenía razón.

Camila no quería perdonarlo, incluso quiso alejarse calle abajo sin él. Pero se vio atrapada en el hierro de sus brazos, entonces su voluntad se evaporó y le perdonó. Se dio cuenta que lo que empezaba a sentir por él no era un enamoramiento pasajero. Era algo mucho más fuerte e intenso.

Marc también se había dado cuenta de algo, sus sentimientos eran aún más fuertes de lo que había creído. No solo la quería en su cama, la quería en su corazón y en su vida. La estrechó en su abrazo, no quería discutir, no quería perderla.

Se cogieron de la mano para caminar, Camila se fijó que amanecía, la alborada se divisaba en el cielo. Debería estar en su casa, pero ese era el último lugar al que deseaba acudir.

Se apretujó contra su amante sintiendo algo cálido y tan distinto. Sentía que todo estaba yendo muy rápido. Se sentía como si la estuviera arrojando un tren.

Una vez en el apartamento se bañaron juntos. Después ella decidió que iría al club por su coche.

Marc se ofreció a llevarla. No quería despegarse de su lado. La observó, estaba hermosa con la ropa que él le había regalado.

El top rojo de polipiel de cuello alto le sentaba de miedo y el vaquero negro le quedaba como a un guante.

Su pelo negro estaba recogido en una trenza ladeada. Él no lo pudo evitar, la abrazó. Para después decir algo que hubiese preferido no decir todavía. Era muy pronto.

—Te amo. Eres la mujer más hermosa del mundo para mí. Y no sabes cómo me fastidia que tengas que volver a una casa donde está tu marido.

—Yo Marc no sé si te amo. Pero siento que me estoy enamorando de ti. No quiero seguir casada, el lunes visitaré a un abogado —Camila no se atrevía a confesar todavía la intensidad de sus sentimientos.

—Me alegra oír eso. Yo puedo ayudarte. Tengo un amigo abogado.

—No deberías meterte en esto Marc. Es mi problema.

—Déjame ayudarte, eres mi mujer. Aunque no lo diga un papel eres mi mujer, tu piel tiene mis besos, mi cama tiene tu olor.

—Está bien, dame la dirección y visitaré a ese abogado —Camila accedió a visitar al abogado amigo de Marc, cuanto antes terminara con su matrimonio mejor.

Ahora no estaba segura de que su jefe fuera su amante, lo sentía como algo más, con él en pocos días había vivido experiencias tan nuevas y estimulantes que no sentía correcto llamarlo amante.

La llevó al club a coger su coche y la siguió para acompañarla hasta su trabajo. Quería invitarla a desayunar.

Ella le guio hacia su pastelería favorita, comieron entre caricias y besos. Como una pareja normal de enamorados.

Algo que le hizo ver a Camila que Marc no era solo su amante, porque si lo fuera quisiera esconder su relación con él.

Y no quería esconderse, quería presumir de él y la opinión de los demás le importaba bien poco. Entonces lo supo, estaba perdidamente enamorada de ese hombre.

Solo por él había sido capaz de dejar atrás un matrimonio que no la hacía feliz, su descubrimiento la llevó a levantarse de la silla, para sentarse en su regazo.

Le besó dulcemente, con amor, con cariño y entonces sintió que el tren de verdad la había arrollado.

—Creo Marc que te amo —susurró contra su boca.

—Ahora yo te amo más —musitó él a su vez.

Estaban dando mucho trabajo al investigador que contrató Lucas. Pronto podría dejar la investigación. Tenía material suficiente.

El móvil de Marc empezó a sonar y él de mala gana contestó, casualidad que el de Camila también empezó a sonar. Era Lucas.

Con un resoplido de frustración contestó la llamada, casi ni soportaba escuchar su voz.

—¿Dónde estás? —preguntó su marido.

—Desayunando, voy a abrir la tienda. ¿Qué quieres? —contestó bruscamente.

—Esta noche vendrá mi hermano y mis padres a cenar. Por favor, ¿podríamos disimular delante de ellos? No quiero que sepan de nuestros problemas —pidió Lucas, se le escuchaba abatido y triste. Por un momento Camila sintió que toda aquella situación era culpa suya.

Pero luego recordó que si había un culpable ese era él. Por no cuidarla, por no quererla, por abandonarla y tener una relación con otra. Otra que encima era

una de sus mejores amigas.

—No se puede tapar el sol con un dedo Lucas, pronto estaremos divorciados y tu hermano se enterará. También tus padres. Además, está noche tengo planes.

—Por favor Cami no, no me niegues, aunque sea una última cena —solicitó él con voz apagada y dolida.

—Está bien —contestó ella rindiéndose. No soportaba escuchar a Lucas tan desanimado.

Se frotó la cara frustrada, no sabía cómo lidiar con un Lucas deprimido.

Prefería al peleón y gruñón, por lo menos a ese si sabía tratarlo.

—Caperucita, ¿todo bien? —preguntó preocupado Marc.

—Si cariño— contestó mintiendo. No quería decirle que empezaba a preocuparse por su marido.

—Esta noche no sé si podré verte, Oscar me ha invitado a una comida —informó él mirándola triste.

—Esta noche es la noche de más actividad en el club, Nora, Johnny y yo hacemos más de un show. Hasta las dos no salimos y luego quedé con mis viejas amigas para tomar algo.

—¿Comemos el domingo juntos? —preguntó él esperanzado.

—Sí, ¿qué te parece si vamos al campo? Día campestre, los dos solos. Libertad y soledad —propuso Camila. —Maravilloso, paso por ti a las tres.

—De acuerdo, yo llevaré la comida, voy a abrir la tienda. Hasta mañana —dijo ella besando su nariz.

Se despidieron como si fueran una pareja normal, Marc pagó la cuenta y se dirigió a las empresas de su padre.

No habría nadie, así podría aprovechar para adelantar proyectos. No tendría quien le molestara.

Camila abrió su tienda, esperaba que Samanta le hiciera caso y se tomara unas horas libres. Aunque cerrarían a las tres y luego ya no abrirían hasta el lunes.

Lucas entró en el local, estaba ojeroso y pálido. Se acercó a su mujer cabizbajo, no intentó tocarla.

Pero ella no se pudo resistir al verlo tan apenado y le abrazó besando su cabeza. Llevaban mucho tiempo juntos y le entristecía verlo mal. No estaba enamorada, no lo amaba, pero si le quería, habían pasado demasiados años juntos.

Él sintió un rayo de esperanza, quizá no todo estaba tan perdido. Pensó que podía recuperarla. Se arrodilló en el suelo y le cogió de las manos. Incluso soltó un par de lágrimas.

—Por favor Cami no me dejes. No me abandones —reclamó él con la voz rota.

Camila no podía, ni debía derrumbarse, no contestó, solo se alejó hasta el mostrador y negó con la cabeza. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Lucas se levantó, cambió el tono de voz para hacer una pregunta.

—¿Qué compro para que preparemos la cena?

—¿Hacemos raviolis, sopa y un asado de cordero con patatas? —preguntó ella a su vez.

—Vale voy al supermercado —dijo el despidiéndose de ella con un beso, pero Camila se alejó y solo rozó su frente. Estaba dispuesto a tener con ella un acercamiento, quería intentar conquistarla. Aunque sabía que lo tenía difícil.

Capítulo 7

atasCada en reCuerdos

Camila llegó a su casa y Lucas no estaba, lo agradeció, no tenía ganas de enfrentarse a él. Se dio una ducha y recogió. Hacía tiempo que no se dedicaba su hogar.

Al fin y al cabo, aquel piso era suyo, allí se había criado y allí tuvo que volver cuando el banco le quitó su propia vivienda.

El móvil le distrajo de sus recuerdos, cansada se dirigió hasta él para contestar la llamada.

—Señorita Jiménez en media hora tenemos reunión en el club, todos los empleados —ordenó una voz oscura y dominante.

—¿Y usted quién es? —preguntó molesta porque un desconocido le diera órdenes.

—Soy Brendan O'Brien, hermano de Marc O'Brien. A partir de ahora participaré en las decisiones del local. Y no está yendo como yo quiero. Y como tengo el cincuenta por ciento tengo derecho a hacerlo. Explicó el desconocido.

A Camila le dio mala espina que el hermano de Marc quisiera participar en el club cuando nunca lo había hecho.

Mandó un mensaje a su amante avisándole y llamó a Nora para decirle que pasaría por ella y Johnny. Fue a vestirse, eligió un sencillo vaquero y una camiseta blanca de cuello alto. No se molestó en peinarse. Ni en ponerse tacones, se calzó unas sencillas bailarinas rojas.

Cogió el bolso y las llaves para bajar al garaje a buscar su coche. No estaba nerviosa, no le preocupaba perder su empleo, al fin y al cabo, no lo necesitaba. Solo era su vía de escape, una manera de evadirse de la realidad.

Pero sus amigos dependían de ese trabajo y le preocupaba que lo perdieran. Y haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarles.

Llegaron al club y después de aparcar entraron a toda prisa, el tráfico no les había permitido llegar antes.

Un hombre de pelo negro y ojos azules les observó cuando entraron, eso la puso nerviosa.

—Llegan tarde —dijo autoritario Brendan.

—Lo siento su excelencia, pero si avisa con tan poca antelación yo no puedo hacer milagros con el tráfico —protestó Camila, no se iba a dejar amilanar por Brendan.

Él sonrió, esa mujer era un soplo de aire fresco para él, nunca nadie se había atrevido a plantarle cara de esa manera.

—Bueno decía que estamos perdiendo clientes y tenemos que hacer variaciones en el show, variaciones que espero ver esta misma noche si no quieren verse en la calle —informó cruelmente él.

—¿Es todo? —preguntó Camila mirándose las uñas, algo le decía que provocar a Brendan era buena idea.

—Por mi parte si señorita, si tiene prisa puede marcharse —contestó sonriendo él.

—Bien mi marido me está esperando —explicó Camila.

Marc entró en ese momento en el club mirando a su hermano con el ceño fruncido, pero se paró unos instantes a mirar a su amante, sin importarle quien estuviera mirando, marcó su territorio.

Besó su mejilla con posesión, demorándose, mirándola con deseo. Ella reaccionó con anhelo de sus besos y caricias.

Se mordió el labio resistiendo la tentación de tirarse en sus brazos, Brendan no perdió detalle de la actitud de Camila ni la de su hermano. Todo el interés que podía haber sentido por ella se perdió en ese momento. No le gustaban las mujeres que habían podido tener relación con Marc.

Pero era información útil, sonrió, ya sabía cómo provocarle. Y lo haría a través de aquella mujer que le retaba.

Después de ese beso que se sintió intenso, Camila cogió la mano de Nora para llevársela. Sabía que Johnny las seguiría.

Nora tenía una sonrisa salvaje en el rostro, se había dado cuenta que el semental del que hablaba su amiga era su jefe.

—¡Eres una mala amiga! ¿Por qué no me dijiste que el hombre que te daba esos buenos meneos era nuestro jefe? —protestó Nora.

—¡Oh! ¡No me lo puedo creer! ¡El señor O'Brien es tu famoso amante! —exclamó feliz Johnny.

—¡Callaos los dos! ¡Subid al coche! ¡Este no es lugar para hablar de eso!
¡Además hay cosas más importantes de las cuales hablar! —se quejó Camila mirándoles enfadada.

Los dos amigos obedecieron y subieron al coche, entonces ella ocupó su lugar al lado del volante.

—¿Tony está en casa? —preguntó a Johnny.

—Estaba cuando nos fuimos, ¿para qué quieres a mi hombre? —contestó curioso él.

—Hay que hacer lo posible porque nuestro baile sea el mejor, mejor incluso que el de Selena. Así que tenemos que buscar unas canciones guapas y podríamos incluir a tu guapo marido —explicó Camila.

—Cuidado que mi amiga está planeando algo y es peligrosa —bromeó Nora. A Camila le costó un poco encontrar aparcamiento cerca del bloque de apartamentos donde vivían sus amigos.

Su apartamento se encontraba en la cuarta planta de un viejo edificio, subieron y mientras Johnny despertaba a su marido, las dos amigas quitaron los muebles del comedor para poder tener espacio libre.

Cuando estuvieron todos reunidos Camila explicó su idea, todos se entusiasmaron. Buscaron una canción acorde a lo que querían lograr y empezaron a ensayar.

Johnny se agarró a las caderas de su amiga y empezaron un baile muy sensual. Unos minutos más tarde se unió al baile Tony reclamando a Camila. En el momento en que se suponía que Tony tenía que quitarle el corsé se unió Nora bailando tan bien como solo ella sabía.

Dos horas después brindaban con un par de cervezas, estaban emocionados por la intensa conexión que compartían, estaban seguros que su baile de esa noche se haría famoso. Habría colas todos los sábados solo para verlos a ellos. El móvil de Camila empezó a sonar y cuando ella vio quien la llamaba suspiró frustrada. Era Lucas.

—¿Dónde estás Cami? Mi hermano llegará en dos horas —preguntó su marido preocupado.

—¡Mierda la cena! ¡Lo olvidé! En media hora más o menos estoy en casa —exclamó ella colgando.

—¿No te parece hermana que si aceptas una cena con tu futuro ex marido le vas a dar falsas esperanzas? —preguntó Johnny.

—¿Y qué hago Joh? me fue imposible decir que no, me parte el alma verlo tan triste —contestó sintiéndose culpable una vez más del fracaso.

—¿Te recuerdo pendeja que te engañó con una de tus mejores amigas? Y a saber con cuantas más —refutó Nora recordándole su sufrimiento y su

abandono.

—Bueno yo no sé de qué va todo esto, pero Cami no te sientas culpable. Tú no tienes la culpa del fracaso del matrimonio. Si él te engañó él fue el único culpable. No te dejes llevar por la culpa. Es lo que él quiere y te puede llevar a tomar decisiones equivocadas. Y de verdad te aprecio —aconsejó Tony acariciando su brazo, dándole consuelo a su amiga.

—Pero es que yo también caí, yo también le fui infiel —indicó culpable Camila.

—¿Y te acuerdas por qué decidiste pecar? ¿Por qué te viste obligada a ser infiel? Pues yo te lo recuerdo. Abandono, rutina y mentiras —Nora le recordó a su amiga las tres palabras que la habían llevado a la situación en la que ahora se encontraba. Aunque eso no era justificación.

Se dieron un abrazo grupal para darle ánimos a Camila, le dieron una última cerveza y antes de que cogiera el coche le aconsejaron que tuviera cuidado. La obligaron a jurar que llamaría al llegar a casa.

Cuando llegó a su vivienda Lucas estaba en la cocina picando cebolla, ella se apoyó en el marco de la puerta para observarle.

Hacía bastante tiempo desde la última vez que habían cocinado juntos. Dio un paso adentro y sacó un delantal del cajón.

Ignoró la sonrisa de Lucas, no se sentía preparada para enfrentarse a su mirada. No quería tenerle pena, no quería olvidar su traición.

Cuando quiso darse cuenta estaba jugando con él como si no hubiera pasado nada y Lucas aprovechando el desconcierto de ella la arrinconó contra la encimera.

Se iba a dejar besar cuando un carraspeo incomodo le hizo volver a la realidad. Miró hacía la puerta de la cocina y vio a Susana. Tenía una profunda mirada de dolor y Camila sabía el motivo.

Se alejó de los brazos de su marido y saludó a su amiga con dos hipócritas besos.

—¿Cómo has entrado Susi? —preguntó ella.

—La puerta estaba abierta, tanto la del portal como la del piso —contestó Susana intentando no derramar las lágrimas que estaba reteniendo.

—Lucas querido debes tener más cuidado con las puertas —dijo Camila dirigiéndose a su marido, luego le habló a su amiga—. Susi cielo quédate a cenar, hay comida de sobra.

Se entretuvo fregando algunas cosas y luego ordenó a Lucas que pusiera la mesa en el comedor para ella ir a ducharse.

Eligió su conjunto de esa noche y lo guardó en un bolso diferente al que usaba normalmente. Después cogió ropa interior, un vestido negro de cuero muy

corto y sus zapatos de tacón.

Llevó todo al baño para vestirse allí, cuando terminó se esmeró en maquillarse y rizarse el pelo.

Esperaba que la cena pasara rápido, tenía ganas de marcharse. «Quizá sea buena idea que no venga por aquí hasta que salga el divorcio, el lunes lo consultaré con el abogado». Pensó ella.

Fue hasta el salón y comprobó que todo estaba colocado como a ella le gustaba. El timbre retumbó por toda la casa y ella fue a abrir.

Cuando Oscar entró en el apartamento corrió a abrazarla y darle dos besos.

—Cuñada que ganas de verte. Y cada día más hermosa— comentó él.

Susana entró en ese momento para llevar los entrantes a la mesa y Oscar arrugó el ceño cuando la vio.

—¿Qué hace ella aquí? — preguntó molesto.

—La invité a cenar cuñado, así que no gruñas. ¿Y tus padres? — contestó Camila entendiendo ahora el motivo por el cual Oscar no soportaba a Susana.

—Oh, lo olvidaba cuñi traje a mi socio a cenar. Espero que no te importe, le dejé esperando en la puerta. Mis padres han decidido no venir —respondió él tan alegre como siempre.

—Pues hazle pasar no le dejes en la puerta —a Camila no le importó tener un invitado más.

Oscar hizo pasar a su socio y se lo presentó, Camila aguantó como pudo las presentaciones. El famoso socio era Marc.

La cena fue tensa, Susana y ella no hablaron porque no tenían nada de qué hablar. Cuando terminaron con los primeros Camila se levantó para llevar los platos sucios a la cocina.

—Ahora os traigo el asado —dijo ella.

Apenas llegó a la cocina Oscar empezó a discutir con su hermano. Estaba muy enfadado y disgustado con él.

—Pero que huevos tienes hermano, te traes a tu amante a cenar a casa de tu mujer. Eres un asco de hombre.

—Estoy aquí. No habléis como si no estuviera —murmuró Susana.

—Tu cállate zorrón, no estoy hablando contigo —dijo seco Oscar.

—Con permiso, yo tengo que ir al baño. ¿Dónde está? —preguntó Marc.

Lucas le explicó por donde tenía que ir, aunque su destino no era el baño, esos dos tardarían un rato con su discusión y él sabría aprovechar ese momento.

Se guio por la luz y llegó a la estancia donde estaba su amante, estaba agachada metiendo platos en el lavavajillas.

Se acercó a ella y le acarició el trasero, Camila se dio la vuelta y murmuró:

—Estás loco nos pueden pillar.

Marc la hizo callar con un beso tan intenso y salvaje que le hizo olvidar donde estaban, unos solos segundos bastaron para que deseara algo más, jadeó, deseaba todo de aquel hombre. De repente no importaba que su marido estuviera a unos metros, lo único que en ese momento quería era perderse en los brazos de aquel hombre.

Él le hizo dar la vuelta, con ansia y hambre de algo que no era comida, le subió el vestido, desgarró sus bragas deseando eliminar la barrera que le separaba de ella. El saber que su marido estaba tan cerca le hacía codiciar lo que no le pertenecía. Por eso la penetró con ansia, deseando sentirse nuevamente dentro del templo de su cuerpo.

Perdió el control y empezó a embestir como un loco, Camila se mordió el dedo para evitar gritar. Sin esperárselo, antes de llegar a su éxtasis, él le dio la vuelta para sentarla en la encimera y volver a introducirse en su cuerpo.

La besó para tragarse sus gemidos, pero no pudieron aguantar mucho tiempo más y los dos se lanzaron por el precipicio del orgasmo.

Se abrazaron unos segundos intentando normalizar sus respiraciones, sabían que debían alejarse, pero no podían. De mala gana se separaron, arreglaron sus ropas y se secaron el sudor con un trapo, ella se agachó para sacar el asado del horno y Marc se situó detrás para seguir incitándola. Le era casi imposible mantener sus manos lejos.

No oyeron los pasos y Lucas los pilló en una postura un tanto comprometida, para disimular Camila le dijo que cogiera la fuente de las patatas para llevarla a la mesa.

El resto de la cena pasó más rápido, Susana se notaba triste, Oscar enfadado y Lucas pensativo.

Camila recogió con la ayuda de Susana y cuando terminaron se apuró en coger sus cosas y marcharse para el club.

—Susi luego os llamo para deciros donde nos vemos. Yo quedé con unos amigos antes —explicó Camila a Susana— Chao familia, señor O’Brien —dijo dirigiéndose a los demás.

Cuando la puerta se cerró Oscar le comentó a su hermano:

—¿Ves? Ya la perdiste hermano.

Camila llegó al club y sus amigos estaban allí ensayando ante la mirada envidiosa de Selena.

Intentando reprimir sus ganas de enseñarle la lengua, fue a los camerinos para cambiarse de ropa y reunirse con sus compañeros para ensayar.

La noche pasó en un suspiro, cuando quiso darse cuenta ya habían terminado su turno y la gente aplaudía a rabiar.

Se abrazaron eufóricos y felices por el éxito obtenido. Después de cambiarse decidieron a que discoteca debían ir. Cuando eligieron el lugar, Camila mandó mensaje a sus amigas para decirles en qué local se encontrarían.

A las cinco de la mañana decidió que ya era hora de volver a casa, como no había bebido podía conducir.

Llegó a su casa y lo primero que hizo fue ir la cocina, pensó que preparar para su día de campo con Marc. Se decidió por tortillas de patatas, embutido y sándwiches de ensalada con atún, palitos de cangrejo y salsa rosa.

A pesar del cansancio se puso a cocinar. No pudo resistirse y dejó un par de sándwiches para Lucas, incluso una tortilla. Luego se arrepintió. No debería ser más la criada de un hombre que no la había sabido querer.

Pensó en llamar a Marc, pero luego pensó en presentarse en su casa, así que después de dejar todo preparado en la entrada, fue a darse una ducha.

Se vistió con unos vaqueros, una blusa de cuadros rojos y unas deportivas sencillas. Resistió el impulso de maquillarse y solo se hizo una coleta.

Salió cargada para el garaje, colocó todo en los asientos traseros y puso rumbo a casa de su amante.

Lucas miró la hora y se desesperó, le extrañaba que Camila no hubiese llegado ya. Fue a la cocina y vio la tortilla y los sándwiches.

¿En qué momento había llegado que ni la había escuchado? La buscó por la casa y no la encontró.

Decidió llamar a Samanta, seguro que ella sabría donde estaba su mujer. Buscó su teléfono móvil para llamarla, cuando contestó con voz adormilada preguntó a bocajarro:

—¿Dónde demonios, ha ido mi mujer Sam? Venir ha venido a casa porque ha dejado hecho el almuerzo —Lucas demostró que no tenía educación.

—Estoy bien Lucas, gracias por preguntar y si la noche estuvo genial. Cami no sé dónde está, soy su amiga no su perro guardián. Ahora si me disculpas voy a dormir —contestó Sami molesta.

Lucas se masajeó las sienes, disgustado decidió llamar a la propia Camila. Pero no dio la llamada, le salió el contestador.

Maldijo y le dieron ganas de estampar el teléfono contra la pared. Pero se contuvo a tiempo.

Camila aparcó y miró su móvil, mandó un mensaje a Samanta y otro a Nora para decirles que estaba bien y que apagaría el aparato por el resto del día. Quería desconectar del todo.

Emocionada se dirigió hasta el ascensor, entró en el apartamento y escuchó el agua del baño. Supuso que Marc se estaba duchando.

Sonriendo se desnudó y se dirigió al baño. Abrió la mampara de la ducha y se

coló dentro. Abrazó a su amante y le besó en el hombro.

—Umm creo que me encanta esta sorpresa —murmuró él dándose la vuelta para apoderarse de su boca.

Cuando tuvieron que parar para coger aire ella le sonrió coqueta pasando sus manos por su musculoso pecho.

—Y a mí me encanta darte sorpresas —comentó ella empezando a regalarle besos por todo el tórax.

El ambiente empezó a caldearse y no precisamente por el agua caliente, Marc terminó empujándola contra la pared de la ducha para poder penetrarla.

Sus gemidos se escuchaban por todo el baño, Camila aceptaba gustosa sus embestidas, no había nada mejor que eso.

Cuando sintió que estaba llegando le tiró del pelo y mordió su hombro, intentó no decirlo, pero mientras saltaba al vacío lo gritó:

—¡Te amo!

El pecho de Marc se hinchó de alegría, ella lo amaba tanto como él, solo tenían que deshacerse de Lucas para poder estar juntos para siempre.

Resbalaron hasta el suelo, exhaustos, sus encuentros eran tan intensos que les dejaban momentáneamente sin aliento.

Empezaron a besarse de nuevo, casi sin darse cuenta, buscándose.

Encontrándose. No les hacían falta palabras. Sus cuerpos hablaban por si solos. Sus almas reconociéndose.

Marc le dio la vuelta a Camila y después de estimularla un poco la volvió a penetrar por detrás, haciéndola chillar. Se sentía extraño, pero a la vez estimulante.

—¿Qué te parece si en vez de ir al campo nos quedamos todo el día en la cama? —preguntó él masajeando sus pechos.

—No, he preparado ya la comida, cojamos una manta y servilletas y vayámonos —contestó ella intentando tragarse un gemido.

—Entonces yo decidiré el lugar —ordenó Marc ideando el sitio ideal.

Cuando terminaron su estimulante baño, se vistieron y decidieron cambiar de vehículo, no se fueron en el deportivo de él, ni tampoco en el coche de ella.

Marc la guio hasta un todoterreno. Camila se quedó boquiabierta al ver semejante maravilla.

Se emocionó como una niña pequeña cuando él le ofreció conducir un rato. Le abrazó y le besó.

Condujo hasta una gasolinera, luego, siguió él conduciendo, porque era el que sabía dónde iban.

No lo pudo evitar, con el traqueteo del Jeep se quedó irremediablemente dormida. Marc la observó con ternura.

Cuando llegó donde quería aparcó cerca de un pequeño río, salió procurando no despertarla. Agarró la manta y la extendió en la tierra.

Cogió la comida para dejarla sobre aquel trozo de tela. Después fue a despertarla. Ella se despertó sonriendo.

Se bajó y admiró el lugar. Marc se había esmerado en buscar un lugar íntimo por el que no pasara nadie.

Estaban bastante escondidos. Además, se notaba que por allí hacía tiempo no pasaba nadie. Miró hacia el pequeño remanso de agua y sonrió.

Echaba de menos los veranos en el pueblo, decidió que cuando saliera el divorcio con Lucas iría para visitar a sus padres. También tenía que darles la noticia y mejor en persona.

Y quizá también debía pensar en presentar a Marc. No sabía cómo se tomarían esas noticias sus conservadores padres.

Alejando los malos pensamientos decidió que se daría un baño, ni corta ni perezosa se desnudó tirándole la ropa a su amante.

Se sumergió poco a poco, disfrutando de la sensación de frío en la piel.

Cuando llegó a la parte honda del río nadó con deleite. Marc la observaba divertido, dejó su ropa en el maletero del todoterreno, se desnudó él también y después de extender dos toallas en el suelo corrió para sumergirse.

Intentó no hacer ruido, la siguió en silencio y cuando consiguió alcanzarla la abrazó para pegarla a su cuerpo.

Camila enredó las piernas en su cintura mientras lo besaba con ternura, con amor. Marc le devolvió el beso con el mismo sentimiento.

En ese momento no pensaron en comida, solo pensaron en la manera de poseer sus cuerpos.

Parecían no tener nunca bastante el uno del otro. No podían tener las manos alejadas. Necesitaban tocarse y provocarse.

Capítulo 8

los sentimientos se desBordan

Lucas estaba desesperado, no sabía nada de su mujer, no se había molestado en encender el móvil en todo el día.

Delante de él tenía el sobre que le había entregado el investigador, había decidido posponer la hora de abrirlo. No se sentía preparado todavía para saber la verdad.

Con desgana cogió las llaves de su taxi, tenía que irse a trabajar. No le quedaba

otro remedio. Esperaba que al volver Camila estuviera en casa.

Camila llegó al club con su coche, no había querido llegar del brazo de Marc. Nora, Johnny y Tony ya estaban esperándola.

—Hola picarona ¿qué tal tu súper día? —preguntó Tony. —Digamos que estoy feliz, relajada y desestresada

—contestó ella sonriendo.

—¡Tengo chisme, tengo chisme! —exclamó Nora mirándolos sonriendo—. Selena se ha liado con el hermano del jefazo —siguió contando Nora.

Camila sonrió, si Selena estaba interesada en Brendan dejaría en paz a su hombre. Así no se vería obligada a actuar como lo hizo la última vez.

—¿Y cómo te has enterado de eso Nora? —preguntó con curiosidad Camila.

—Los vi antes. Selena le estaba metiendo la lengua hasta la campanilla —respondió Nora abrazándose a Tony. —¡Eh! Devora hombres suelta a mi marido —protestó

Johnny haciendo un puchero adorable.

Camila se sentía feliz, sin importarle que sus amigos estuvieran delante se cambió, se puso su corsé de cuero rojo.

Las medias de rejilla negra, y las botas altas negras. —¿Lista para dejar hasta el alma en el escenario? —preguntó Johnny.

—Lista —contestó ella.

—Pues vamos es nuestro turno —dijo Tony sintiéndose nervioso.

Esa noche como tantas otras bailaron dándolo todo, la gente les vitoreaba y aplaudía. Esa noche había lleno total, mucha más gente que el sábado.

Cuando terminaron estaban agotados pero satisfechos.

Se cambiaron juntos y como aún era un poco temprano decidieron tomarse unas copas en la barra.

Pero antes de que salieran del camerino Brendan les interceptó, Camila se fijó en esa mirada oscura tan diferente a la de Marc y se estremeció.

—Quería felicitar a mis bailarines estrella. Todo el público esta comentado que su actuación favorita es la vuestra. Seguid así y no os despediré —la voz

de él sonaba
cruel y despiadada.

—Tú no tienes derecho a despedirnos, la decisión tiene
que pasar también por Marc —protestó enfadada Camila. —Cuidado señorita,
que te estés acostando con mi hermano no te da derecho a faltarme el respeto o
a cuestionar

mis decisiones —Brendan se estaba burlando y no lo disimulaba.

Camila quiso darle un sonoro bofetón, pero Tony la agarró del brazo para
impedírselo, no era muy recomendable golpear a un jefe, Nora colocó
suavemente la mano en su espalda. Entonces no le quedó más remedio que
seguir a
sus amigos.

Una vez en la barra pidió un tequila doble, necesitaba
algo que la hiciera olvidar la rabia y el enojo hacia ese demonio que Marc
tenía de hermano. Si no giraría sobre sus
pasos, daría la vuelta y le golpearía en su arrogante cara. Cuando sus
compañeros decidieron que era hora de marcharse ella se quedó tomando el
último trago de la noche. Después decidiendo que era demasiado temprano
para

volver a casa fue al despacho de Marc para estar un rato
acompañándole.

Tocó a la puerta y esperó a escuchar el adelante para
poder pasar. El ambiente se sentía tenso dentro, Marc se
veía bastante enfadado y tenía a Brendan agarrado por el
cuello de la camisa.

—Siento Marc que sea un mal momento. Venía a comentarte algo de mi día
libre. Pero me voy. Hablamos mañana —explicó ella.

—No quédate, quédate a ver como tu amante le rompe
la cara a su hermano —expuso burlescamente Brendan. —Guárdate tus
palabras, imbécil. Recuerda mi amenaza te quiero fuera de mi club. No te
metas en mis asuntos.

Ahora fuera de mi despacho —amenazó Marc apretando el
agarre y empujándole hacia la puerta.

—Me iré, pero solo para que tengas intimidación con tu
puta. Y recuerda que yo puse dinero para que lograras todo
lo que has logrado —advirtió Brendan.

—No insultes a Camila, pronto tendrás que tragarte tus
palabras. Ella será mi esposa, solo tenemos que solucionar unos cuantos
asuntos. Pero ella será la futura señora O'Brien —Marc tenía claro que un

futuro no muy lejano Camila sería suya en todos los aspectos posibles. Y ella de pensar en un futuro tan serio con su jefe y amante sentía que no había deseado llegar a tanto. Pero no había nada que se le antojara más hermoso que un para siempre con Marc.

Dejó de mirar a los dos hombres y se apoyó en el escritorio para pensar en que hacer esa noche.

Sintió el clic del cerrojo, Marc había cerrado la puerta. Tragó saliva.

Anticipándose, soñando con antelación con sus caricias.

Él besó su cuello y apretó su trasero, su centro ardió de necesidad, ahora que sabía lo que ese hombre le hacía sentir no podía esperar para quemarse en su infierno. —Marc tómame ya. Así por detrás —pidió ella con la voz entrecortada por el deseo.

Marc sonrió pasándole la lengua por el cuello haciéndola gemir, le quitó el vestido y el sujetador para tenerla así desnuda.

Con brusquedad abrió sus piernas para poder acomodarse, sin desnudarse ya que su necesidad también era cruda, sacó su miembro y pujó para adentrarse por sus estrechas carnes. A ella aún le costaba habituarse a esa invasión. Pero ya no dolía.

—¿Así es como lo querías nena? —preguntó él sin moverse, pero profundamente enterrado en su interior. Camila no contestó solo se movió buscando placer. No supo de donde lo había sacado, ni en qué momento. Pero Marc encendió el vibrador que había robado de la discoteca liberal a la que habían ido.

Lo introdujo en su cuerpo a la máxima potencia, gritó de placer. Un sentimiento diferente y salvaje se apoderó de ella. Se sintió plena y distinta.

—Tu cuerpo es mi delito y mi tentación. Te amo caperucita —Marc parecía ser capaz de hablar en los momentos de mayor excitación, pero ella no. Solo podía sentir y obligarse a no gritar.

Las piernas le empezaron a temblar y así en oleadas salvajes y potentes su alivio llegó, no lo pudo evitar. Volvió a gritar sintiéndose satisfecha y feliz.

Instantes después Marc se le unió y los dos dijeron al unísono: «Te amo».

Unos golpes en la puerta los trajeron de vuelta a la realidad, sin salir todavía del interior de Camila Marc preguntó: —¿Qué?

—Problemas en la barra jefe —contestó el jefe de seguridad.

—¡Mierda! —exclamó Marc separándose de Camila,

haciendo que se sintiera irremediabilmente vacía. Lo quería de vuelta y profundamente enterrado en su interior. Antes de salir Marc la besó con posesión y lujuria para después hacerle una petición:

—Ven a dormir a casa.

—Tal vez —respondió ella sin atreverse a decirle que no iría. Por lo menos no esa noche, necesitaba pensar y solo podría hacerlo estando lejos de su amante.

Se quedó sola en el despacho siendo consciente por primera vez de la intensidad de su relación, faltaba poco para que cumplieran el primer mes.

En solo ese mes había mentido más que en toda su vida.

Aunque debió corregirse a sí misma. Empezó a mentir cuando decidió buscar algo que le hiciera feliz fuera de su matrimonio. Y Marc entraba ahora en el paquete. Solo debía decidir si eso era para siempre o un simple pasatiempo. Tendría que tomar decisiones rápido y pronto, la prime

ra deshacerse de Lucas. Luego vería que haría con Marc. Con un suspiró se volvió a vestir, escondió el vibrador

en un cajón después de limpiarlo y salió hasta el parking para coger su coche y volver a casa.

Unos gritos se oían en el callejón continuo, pensando que alguien podía necesitar ayuda se dirigió hasta allí. Pero esos gritos no eran de ayuda, Brendan embestía duramente a Selena, a la cual tenía arrinconada contra la sucia pared de hormigón.

En silencio salió de allí, dejando que la parejita se entretuviera. Se moriría de vergüenza si la vieran. Se subió en su vehículo y aceleró para poner rumbo a su casa.

Cuando llegó eran las cuatro de la mañana, tan cansada estaba, que prefirió no ducharse, se acostó desnuda boca abajo en la cama. Alargó la mano para darle al botón del despertador que sonaría a las ocho de la mañana. Unas caricias en su espalda desnuda la desvelaron unos instantes, molesta amenazó a su marido:

—O te estás quieto o te corto las manos. Déjame dormir por dios. Estoy muerta.

Lucas decidió hacerle caso, se desnudó y feliz se tumbó a su lado. La abrazó y le dio la vuelta para que ella se apoyara en su pecho.

Como volvía a estar dormida no se dio cuenta, buscando el calor se escondió aún más en ese tórax.

Por un momento, él se sintió culpable, no se había bañado y llevaba en su piel los besos y caricias de otra mujer.

Otra mujer que no era Susana. Empezaba a sentirse cansado de que ella estuviera siempre detrás de él.

Le pareció percibir un olor diferente en Camila y pensó que quizá ella también tenía los besos y caricias de otro hombre en su piel. No le gustó pensar eso. Así que decidió dejar la mente en blanco y dormir.

Camila se despertó por el sonido insistente del despertador, alargó la mano para apagarlo. Sintió el calor de alguien a su lado, pensó que era Marc. Pero al abrir los ojos y ver a Lucas le hizo fruncir el ceño.

Supo que tenía que marcharse a otro lugar a vivir hasta que estuviera divorciada, ya no estaba enamorada de Lucas, no lo amaba. Pero le quería y le dolía verlo. Se levantó para ducharse y vestirse. Estaba muy cansada pero un nuevo día le esperaba.

Se marchó sin despedirse y sin preparar desayuno. Ya desayunaría en otro lado. Solo quería salir de su casa antes de que su marido despertara.

Lucas palmeó el colchón buscándola, pero solo tocó el vacío y el frío. Camila hacía rato que se había marchado.

Sin ni siquiera un adiós.

Sabía que la había perdido, pero se negaba a aceptarlo, fue hasta el comedor. Cogió el sobre de donde lo tenía escondido y se sentó en el sofá con él.

Estaba debatiendo si abrirlo o no. ¿Tendría valor para conocer la verdad?

Capítulo 9

primer aConteCimiento

Camila desayunó en su pastelería favorita y puntual fue a abrir su tienda, Samanta aún no llegaba, le había mandado un mensaje diciendo que se le había hecho tarde por un problema con Susana.

Camila suspiró mirando a su alrededor, de repente lo que tanto le había

gustado años atrás, no le satisfacía. Pensó que debía tomar una decisión también respecto a la tienda. No quería dejar sola a su amiga ya que ese había sido su proyecto en común pero ya no le hacía feliz.

Se sintió muy agobiada, demasiadas decisiones que tomar. Demasiado que pensar. Con un suspiro se puso a limpiar el polvo y a barrer. Terminó y aprovechó que estaba sola para llamar al abogado que le recomendó Marc para concertar una cita. Resopló porque no la podía atender ese mismo día. Hasta el jueves no tenía un hueco libre, pero solo porque dijo que llamaba de parte del señor O'Brien le dieron cita para las cuatro de la tarde.

Su rubia amiga entró corriendo en la tienda y la abrazó para pedirle disculpas por la tardanza. Pero antes de que la abrazara vio el resto de lágrimas en sus ojos. Le preguntó el motivo de su tristeza, pero Samanta no se lo quiso contar.

Los clientes empezaron a llegar y no pudo pensar mucho rato más, tuvo que dedicarse a trabajar.

Justo cuando estaban cerrando la tienda para poder ir a descansar y comer, Marc fue a buscar a Camila.

—¿Qué haces aquí Marc? —preguntó ella sorprendida de que fuera a buscarla.

—Te mandé un mensaje. Te invito a comer —contestó él con su famosa sonrisa de suficiencia.

—Cami ve tranquila, como yo he tardado hoy media hora y has tenido que abrir tú pues esta tarde abriré yo — propuso Sam.

—De acuerdo, me vendrá bien descansar, estoy agotada. No me encuentro muy bien —agradeció Camila. Se sentía al borde de sus fuerzas y no sabía por qué. Llevaba año y medio llevando la vida que llevaba y nunca se había sentido tan cansada como en ese momento.

Marc la guio hacía su deportivo rojo para llevarla a comer a una pizzería.

Camila descubrió que además de cansada no tenía ganas de comer.

Para que Marc no se preocupara decidió pedir unos raviolis con carne. De beber una tónica.

Después la llevó a su apartamento, pero cuando ya estaban dentro Marc recibió una llamada de la empresa para que fuera urgentemente.

Él miró a Camila con anhelo, no quería dejarla sola. Pero ella le tranquilizó:

—Ve a trabajar tranquilo, yo ahora mismo solo quiero dormir.

Esperó que las puertas del ascensor se cerraran para alejarse rumbo al dormitorio, se puso el camisón y se tumbó a dormir la siesta.

Conectó la alarma del móvil para despertarse a las cuatro y media. Esperaba

que dos horas de sueño le fueran suficientes para descansar.

Cuando se despertó Marc aún no había llegado, decidió ducharse y cambiarse de ropa. Entró al enorme vestidor encendiendo la luz para elegir su nuevo modelito. Al final eligió una falda negra de tubo y una elegante blusa roja. De calzado unos peeptoe blancos. Se fijó en los preciosos bolsos que estaban colocados en una estantería y decidió cambiar también eso.

Cambió las cosas y llamó a un taxi para que la llevara a su puesto de trabajo ya que su coche se había quedado en la calle que tenía la tienda.

En lo que duró el trayecto le mandó un mensaje a Marc diciéndole que estaba bien y que iba a trabajar.

Él le mandó un mensaje de vuelta diciendo que tenía algo importante que decirle y que en cuanto pudiera se pasaría por la tienda para contárselo.

Camila se quedó preocupada, se preguntó que le habría pasado. Esperó que no fuera nada importante.

Entró cabizbaja en la tienda y se quedó parada al escuchar una conversación que no debía escuchar.

—Te lo juro Sam. Lucas me dijo que Camila no le quiere dar el divorcio. Y yo ya no aguanto más esta situación —se quejaba Susana.

—De verdad prima que no eres más idiota porque no entrenas. Te creía más inteligente —protestaba Samanta, a Camila le dolió saber que Sami supiera todo desde el principio y nunca optara por decirle la verdad. Se hubiera conformado con que solo intentara abrirle los ojos para ella dejar de sufrir por algo que no merecía la pena.

Decidió que era el momento de intervenir. Y sin quererlo ideó un plan para el cual iba a necesitar ríos de tequila corriendo por sus venas.

—La verdad Susi yo también pienso que eres un poco imbécil. ¿Cómo te puedes creer esa sarta de mentiras?

Samanta miró a Camila asustada y los ojos se le llenaron de lágrimas. No quería que la relación con su mejor amiga se estropeará.

—Tú le haces la vida imposible a Lucas con tus reclamos —protestó Susana con un poco de histeria.

—Te voy a demostrar cuan equivocada estás respecto a Lucas. Esta tarde ven a buscarme al cierre de la tienda —ordenó Camila a Susana.

—¿Para qué? —preguntó desconfiada Susana.

—No te obligo a venir, pero si quieres saber la verdad y no seguir siendo una gilipollas sin remedio deberías venir —aconsejó Camila.

—Hazle caso Susi. Ella no tiene malas intenciones —pidió Samanta pensando que lo mejor sería que su prima supiera por fin que clase de hombre era Lucas. Marc entró en ese momento en el local y Camila se lo llevó a la trastienda,

cerró la puerta con el cerrojo para no ser interrumpidos.

—¿Qué pasa cariño? —preguntó ella acariciando su rostro.

—Mi padre me obliga a ir a un viaje de negocios una semana. Y sé que algo traman. Siempre ha ido Brendan a esos viajes. Quiero que te cuides las espaldas de mi hermano y vigiles cualquier cosa extraña que suceda en el club en mi ausencia —pidió Marc abrazándola.

—Te lo prometo cariño. Te echaré de menos. Y no te preocupes seré tus ojos. Cuando Camila se quiso dar cuenta estaba con la falda levantada, las piernas en la cintura de Marc. La espalda apoyada en la pared y el miembro de Marc embistiéndola como loco.

—Será una semana muy larga sin ti, sin tenerte —murmuró él provocándole un escalofrío.

—Para mí también.

Camila lo acompañó hasta la puerta y se quedó un rato observándole marchar, no sabía porque, pero quería decirle que se quedara. Que no se fuera.

Suspiró y se dio la vuelta para encontrarse con dos miradas distintas, Samanta la miraba triste y Susana enfadada.

—¿Cómo puedes engañar a Lucas de esa manera? —preguntó molesta Susana.

—Guárdate tus juicios Susi no sabes si engaño a mi marido o no —protestó ella.

Por suerte empezaron a entrar clientes y tuvieron que ponerse a trabajar. Y llegó la hora que Camila no quería que llegara. La hora del cierre.

Susana esperaba puntual en la calle, pero ella necesitaba algo que no podía conseguir en su casa. Así que hizo caminar a su amiga por un par de calles hasta llegar al The Beer Garden.

Entró y se sentó en un taburete junto a la barra, Susana de mala gana se sentó junto a ella.

—¿Se puede saber para que me has traído aquí? —preguntó molesta Susi.

—Solo necesito un par de cervezas. Después nos iremos —contestó Camila sin mirarla.

Después de seis jarras de cerveza decidió que ya era hora de marcharse, ya tenía alcohol suficiente en la sangre para enfrentarse a su marido.

—¿Crees que te voy a dejar conducir en ese estado? —preguntó Susana enfadada.

Camila como respuesta le dio las llaves, el camino lo hicieron en silencio porque no tenían nada que decir.

Susana aparcó y se sintió tentada de ayudar a su amiga a llegar al ascensor, pero a pesar de todo lo que había bebido parecía que no estaba muy borracha.

Entraron en el apartamento calladas y sin hacer ruido, si Lucas se encontraba

en la vivienda no querían despertarle.

—¿Estás segura que él está en casa? —preguntó Camila en susurros.

—Por lo menos eso me dijo la última vez que hablé con él —contestó Susana también en susurros.

—Vale, quédate en esta habitación que está en frente de la cocina y no pierdas detalle de lo que va a decir Lucas —pidió ella.

Encendió la luz del pasillo y la de la cocina, puso música en la radio pequeña que tenía encima del microondas. Una canción muy adecuada para su marido y ella sonó. Era ladrona de mi piel. Eso era justo lo que ella sentía.

Subió el sonido y se puso a mecer las caderas mientras sacaba una cerveza de la nevera. Necesitaba algo que le diera valor.

Lucas se despertó por el sonido de la música y contento fue a encontrarse con su mujer, se apoyó en el marco de la puerta a mirarla mientras bailaba.

No se pudo resistir y la agarró por las caderas para acompañarla en su baile, Camila le dijo una frase de la canción, expresando, así como se sentía.

—Pretendes que te abrace como la primera vez. Y no sabes que todo ha cambiado.

Se separó del agarre de Lucas y se alejó, le miró unos instantes preguntándose qué es lo que había visto en él para enamorarse.

—Lucas ya pedí cita hoy para el abogado. Quiero el divorcio, quiero que te vayas de mi casa y me devuelvas mi vida —dijo con voz suficientemente alta como para que Susana pudiera oírla.

—¡No sé porque mierda insistes con eso del divorcio! ¿No entiendes que no lo firmaré? ¡Primero muerto que admitir que me quieres abandonar! —gritó él.

—¡No lo hagas más difícil maldita sea! ¡Es hora de emprender caminos separados!

Susana sentía que todo su mundo se derrumbaba, Samanta tenía razón, Camila también la tenía. Ella solo era una ingenua que se había creído las mentiras de un idiota mentiroso.

Quiso marcharse, pero algo la mantuvo anclada en ese lugar, en esa habitación. La discusión entre su amiga y su marido seguía.

—¡Me quieres y no lo niegues! —gritó Lucas.

—¡Si te quiero, son muchos años a tu lado! ¡Pero ya no te amo ni estoy enamorada! ¡Acepta que esto se acabó! —vociferó Camila.

Ella no se lo esperaba, Lucas se apoderó de su boca a la fuerza, intentó golpearlo, pero él aferró sus muñecas.

—Eres mía y no puedes negarlo, todavía tu respiración se acelera cuando te beso —dijo arrogante él.

Volvió a besarla con rudeza, aprovechando su rendición, desgarró su blusa y

amasó sus pechos de manera exigente. Reclamándola.

Camila maldijo al alcohol que la hacía débil, maldijo a su debilidad, pero no encontraba las fuerzas para negarse. Esa sería su despedida hacia su marido. Su última vez. Lamentaba que se sintiera tan amarga.

Pero no quería hacerlo mirándolo a la cara, los ojos azules de Marc la perseguían recordándole que estaba mal lo que estaba haciendo.

Se dio la vuelta y se apoyó en la encimera para ofrecerse, Lucas la miró sin podérselo creer, sintió que aquella mujer que silenciosamente le pedía que la tomara no era la suya. Notaba un gran cambio en Camila.

—Hazlo Lucas antes que me arrepienta —murmuró ella con la respiración acelerada.

—Pero así te dolerá, no estamos preparados para ello —dijo confuso él.

—Hazlo o me voy —amenazó Camila.

Lucas se quitó el pantalón y el bóxer, se situó en posición detrás de ella.

Cerró los ojos fuertemente, odiaba sentir que haría algo que le doliera a Camila. Esperaba una gran barrera que tendría que derribar, pero no la encontró. Ella acogió la invasión sin quejarse y entonces lo entendió, no era la primera vez que ella lo hacía de esa manera. Eso lo puso furioso y agarrando con fuerza su cadera empezó a embestir con fuerza y violencia. En ese momento no le importaba hacerle daño, se permitió ser él mismo.

Ella sabía que eso no era suficiente para liberarse así que llevó su mano hasta su clítoris y empezó a masajearse con fuerza.

Entonces consiguió el toque que buscaba, se dejó ir, sin esperar a ver si él la seguía. Cuando Lucas gritó derramándose dentro de ella, Camila le empujó. Sus ojos se llenaron de lágrimas, estaba totalmente demente. ¿Cómo podía haber caído? ¿Cómo?

Corrió hasta el baño y cuando llegó vomitó todo lo que había comido a lo largo del día. Tardó unos cuantos minutos en tranquilizarse.

Cuando terminó se apoyó en el lavabo, el cansancio había vuelto. Sumado al malestar consigo misma.

«Tengo que irme de aquí y no volver hasta que salga el divorcio». Pensó con amargura.

Se dio una ducha corta escuchando los gritos que provenían de la sala, pero no se preocupó. Que los amantes discutieran lo que tenían que discutir. Le daba igual.

Salió del baño y fue a su habitación a vestirse, se puso uno de sus vaqueros favoritos, un top blanco cualquiera y de calzado sus cómodas bailarinas rojas. Se trenzó el cabello y después cogió una pequeña maleta, guardó algunas prendas de ropa. Sus joyas, sus cosas de aseo. Zapatos, la ropa de trabajo,

perfumes y una foto familiar en que salían sus padres, sus abuelos y sus hermanos.

Eso sería lo único que se llevaría, tenía claro que algún día volvería, al fin y al cabo, aquella era su casa.

Pasó por la cocina para coger sus llaves y su bolso, de repente se acordó de sus píldoras anticonceptivas y las cogió del cajón para tomárselas más tarde. Con todo lo que necesitaba se dispuso a salir del apartamento. No se sentía triste, solo se sentía aliviada.

—¿Se puede saber dónde coño vas con esa maleta? —preguntó enfadado Lucas.

—Ya que tú no te quieres ir me voy yo. Adiós Lucas, cuando tenga la demanda de divorcio te llamaré para que firmes —respondió ella con voz firme.

—¿Piensas que te dejaré ir después de todo lo que has bebido? No pienso permitir que arriesgues tu vida —dijo Susana llamando la atención de su amiga.

—¿Esto es en serio? ¿Ahora te vienes a preocupar por mí? —preguntó Camila atónita.

Por la mirada que Susana le lanzó ella murmuró:

—Está bien no conduciré, pero irme me iré —después de decir eso buscó su móvil en el bolso y llamó a Nora.

—Hermanita, necesito que vengas con Tony. Necesito que Tony conduzca mi coche —pidió Camila a Nora.

—Está bien compi, tranquila, cogeremos un taxi. ¿Dónde tenemos que pasar por ti? —inquirió Nora preocupada.

—A mi casa. Ya sabéis la dirección —contestó ella colgando la llamada. Se sentó pesadamente en el sofá a esperar a sus amigos, estaba cansada, irritada y disgustada consigo misma.

Lucas estaba desesperado, su mujer se iba, no había podido detenerla. De repente el miedo a morir era más pequeño que su miedo por perderla.

Como un autómatas caminó hasta la cocina, buscó el cuchillo más grande, cuando lo tuvo entre sus temblorosas manos volvió a la sala.

Llamó la atención de Camila, ella le miró sorprendida y asustada. Aquel hombre ya no era el mismo. Había perdido el norte. Su voz trémula la asustó:

—Cam si te vas yo me mato. No quiero perderte —Susana le miró sin saber qué hacer.

—Venga Lucas no seas tonto suelta ese cuchillo. Solucionemos esto como adultos —pidió Camila sintiéndose muy preocupada.

—¿Te quedarás? —preguntó esperanzado él.

—No —respondió sin esperarse la reacción de Lucas.

Enterró el cuchillo en su estómago sin gritar, solo con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

Susana no perdió tiempo y llamó a una ambulancia, también llamó a Oscar para avisarle. Camila lo único que fue capaz de hacer fue arrodillarse junto a su marido y abrazarle para evitar que en su caída se hiciera daño. Todo pasó demasiado rápido, cuando quiso darse cuenta estaba subiéndose a la ambulancia para acompañarle al hospital.

Una vez allí se sintió acosada con las preguntas de los médicos, finalmente la dejaron sola en la sala de espera. Se llevaban a Lucas al quirófano para extraerle el cuchillo.

No sabía dónde estaba Susana, pero no le importaba, solo quería tener una máquina del tiempo para poder dar marcha atrás.

Miró sus manos, estaban manchadas de sangre y temblaban, se sentía como si ella hubiese clavado ese cuchillo a Lucas.

CAPITULO 10:

notiCia BomBa

Vio a Oscar correr por el pasillo, era la primera vez en su vida que le veía tan serio y preocupado.

Marc venía con él, no supo si alegrarse por ello, de lo único que estaba segura, es de que necesitaba sus abrazos.

—¿Dónde está el loco de mi hermano Cami? —preguntó angustiado Oscar.

—Lo llevaron a quirófano. No sé nada más de él —contestó ella con voz débil.

—¿Te importa quedarte sola para ir yo a preguntar? —volvió a preguntar él, no soportaba quedarse quieto sin saber de su hermano.

—Ve, yo me quedo con tu cuñada —respondió Marc, se moría por encerrarla en sus brazos y darle su apoyo.

Cuando se quedaron solos, ella acortó la distancia, deseosa de sentirse protegida por los fuertes brazos de su amante. Lloró en su hombro, sollozó tal y como llevaba tiempo necesitando.

Ni siquiera el móvil la distrajo de su pena, Marc contestó y explicó a Nora lo que había pasado y donde estaban.

Camila no supo el tiempo que pasó llorando en brazos del hombre que más había amado en su vida, solo se dio cuenta del esfuerzo que le costó soltarle cuando oyó a su suegra gritando.

Pero debía alejarse antes de que la señora irrumpiera en la sala de espera.

—¡Tú! ¡Si pierdo a mi hijo será culpa tuya! ¡Ya sé que querías abandonarle! ¡Por tu culpa quiso suicidarse! —gritó María fuera de sí.

A Marc no le gustó que aquella mujer gritara a Camila, ya bastante mal se sentía ella, como para añadirle un peso extra a su culpa.

—Señora no le eche la culpa a su nuera de los problemas mentales de su hijo —protestó Marc sin poderlo evitar.

—Mamá, deja de montar escándalo, Lucas saldrá de esta. No se ha dañado ningún órgano vital. Ha conseguido lo que quería, llamar la atención salvajemente —regañó Oscar a su madre censurando el acto que había cometido su hermano.

Camila pasó la media hora más tensa de su vida esperando las últimas noticias de su marido, además detestaba no poder acercarse a Marc como quería.

María quiso quedarse a dormir con su hijo, no dejó que su nuera entrara a verlo. Por eso ella decidió que se iría a descansar.

Se despidió de sus amigos que esperaban pacientemente junto a ella.

—Reina no permitiremos que te vayas sola. Estaremos contigo —protestó

Nora.

—Está bien acompañarme —accedió Camila.

Antes de abandonar la sala de espera miró a su alrededor por si veía a Susana, pero no la encontró, supuso que se habría marchado. No le importaba tampoco mucho, ya no la consideraba su amiga. Se despidió de Oscar y de Marc. No podía hablar con él, no convenía que se supiera su historia justo en ese momento. Su suegra la llamaría adúltera. Y no les convenía un escándalo. Ya habría tiempo de hacer pública su relación.

Abandonó el hospital seguida de sus amigos, caminaron hasta la parada de taxi, ya que su coche se había quedado en el garaje.

Cuando llegaron a casa de Camila, ella descubrió que se sentía incomoda estando allí. Pensó que estaría más tranquila en casa de su amante. Así que cogiendo las llaves del coche y la maleta ya anteriormente preparada se marchó.

Camila esperaba que Marc no se disgustara con ella por subir a sus tres amigos a su apartamento.

Pero en ese momento los necesitaba a su lado, había tomado una decisión y casi no se lo creía. Su cabeza era un torbellino de pensamientos.

Lucas pronto sería historia, pero sabía que aún le quedaba por batallar con él.

Dejó un momento a sus compañeros solos sentados en el sofá para ir a la cocina por un vaso de agua para tomarse la pastilla del día.

Sacó las píldoras de la caja y cuando vio el envase se llevó una mano a la cabeza golpeándose. Cuando fue verdaderamente consciente de lo que significaba lo que estaba viendo lanzó un grito.

Nora se asustó y corrió hacia ella para abrazarla y preguntarle qué sucedía, Camila por respuesta le enseñó lo que le había hecho gritar.

—Mierda hermana. Dime que por lo menos usaste condón. Dime que no has dejado que Marc se corra dentro de ti —murmuró espantada su dulce amiga. Johnny entró en la cocina y miró lo que ellas miraban quedándose blanco por la impresión. Tony siguió a su marido y miró lo mismo. Solo abrazó a su amiga y le dijo al oído:

—Tranquila pase lo que pase nosotros estaremos contigo. Siempre. Pase lo que pase.

—Gracias chicos. ¿Os he dicho ya que os adoro? —murmuró ella con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh mierda hormonas revolucionadas! —exclamó Nora fingiendo estar horrorizada.

Camila decidió concertar una cita con su amiga Margot que era ginecóloga, buscó su móvil en el bolso para llamarla.

Cuando oyó su dulce voz quiso ponerse a llorar de la frustración por ser tan idiota. Tragó saliva e intentó no sonar desesperada, cosa que no consiguió.

—Mar, te necesito. ¿Puedes hacerme un hueco mañana cuando cierre la tienda a mediodía?

—Por supuesto, pero ¿estás bien? Sabes que cualquier cosa puedes contar conmigo. ¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó Margot preocupada.

—No ahora solo quiero dormir, mañana intentaré estar en tu consultorio sobre las dos y cuarto. contestó Camila mintiendo.

La hora se les había echado encima y ya debía empezar a prepararse para ir al club, Tony se marchó con Johnny porque a ellos no podía prestarles ropa.

—¿De verdad qué quieres ir al club? —preguntó Nora preocupada mientras se rizaba aún más el pelo.

—Necesito distraerme y no pensar. El club puede ser buena idea —contestó ella intentando sonar despreocupada.

Terminaron de arreglarse y bajaron al garaje para buscar el coche para ir al club. Aunque Camila no tenía ganas de nada en ese momento.

Suspiró sonoramente cuando aparcó en su lugar de siempre, entraron al local y Camila observó la actitud sospechosa de Brendan y Selena. Su instinto le dijo que algo tramaban. No se estaban comportando como una pareja de amantes.

Miraban a su alrededor bastantes nerviosos.

Sabía a quién podía tener de aliados en el club para ayudar a Marc, sin decir nada a Nora para no preocuparla, buscó a Barbie. La camarera. La encontró limpiando las mesas del rincón.

—Barbie cielo necesito decirte algo.

La morena miró extrañada a Camila, aunque no se habían tratado mucho le caía bien y se veía que era buena persona.

—Habla, antes de que Brendan se dé cuenta que no estoy trabajando —pidió ella con su característico acento latino.

—Brendan trama algo con Selena y no es meterse entre sus piernas. ¿Has visto algo? Marc me encargó que vigilara por él —explicó Camila mirando de reojo hacia donde estaba el hermano de su amante.

—Les oí hablar de venganza y planes, pero cuando se dieron cuenta de que escuchaba se callaron y se fueron al despacho —Barbie dijo lo que sabía.

—Está bien, vigila por favor y cuéntame lo que sea para yo decirle a Marc —solicitó Camila, después se marchó para dejarla trabajar y evitar que se dieran cuenta de que ellas habían estado hablando.

Tuvo la tentación de pedir una cerveza, pero se contuvo, decidió sentarse a observar a esos dos para intentar averiguar porque su instinto estaba alerta. Pero no consiguió nada y le llegó el turno de bailar. Cansada se subió a la

tarima para su baile en solitario.

Luego le tocó a Norma y más tarde a los cuatro juntos de nuevo. Disfrutaba, pero algo no se sentía como siempre.

Con tristeza supo que su ciclo en el club estaba llegando a su fin. Su vida estaba pidiendo grandes cambios. Tenía que forjar nuevos planes y sueños. Cuando terminó su horario estaba agotada, solo quería dormir hasta que le salieran canas. Pero por desgracia tenía un horario que cumplir y cosas que averiguar.

Se dirigió a su coche y se sorprendió de ver a Barbie esperándola, abrió y la camarera se apresuró en entrar dentro.

Camila entró y arrancó alejándolas de allí, una vez que Barbie se dio cuenta de que estaban un poco lejos del club habló.

—¿Puedo llamarte Cami?

—Claro, me parece que nos estamos haciendo amigas. Además, somos compañeras de trabajo desde hace año y medio —contestó con la vista puesta en la carretera.

—Llévame al barrio donde vivo y mientras te explico lo que descubrí —pidió Barbie.

—¿Dónde?

—La Elipa.

Cuando la morena se fijó que su nueva amiga cambiaba el rumbo para dirigirse donde le había pedido siguió hablando.

—Escuché de casualidad que el señor O'Brien decía que el club es ilegal. No tiene permisos ni licencias. No pude averiguar más, pero planean hacer algo con eso. Yo no puedo perder mi trabajo.

—Bien hablaré con Marc. Y mañana te comento que dice.

Dieron por terminada la conversación, mucho más no tenían que decirse.

Barbie le pidió que parara en un parque dándole las gracias por el acercamiento.

Camila llegó agotada al piso de Marc, dejó las llaves sobre la encimera de la cocina, él la esperaba viendo la televisión. Él no hizo preguntas, ella no dio explicaciones, se lanzaron a los brazos como lobos hambrientos, se besaron como si hiciera días que no se veían. Dando tumbos llegaron al dormitorio, por el camino, fueron soltando alguna prenda de ropa. Se amaron como si no hubiera mañana, no hablaron, no hacía falta.

Instantes después de rozar el cielo se acurrucaron para tranquilizar sus aceleradas respiraciones.

—Me alegra que no te fueras Marc —murmuró ella con voz somnolienta.

—Me costó una buena bronca con mi padre. Pero no me importa, esta noche

solo me importabas tú. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —preguntó él bastante preocupado.

—Me siento cansada, triste, pero aun así sigue en pie mi idea de divorciarme de Lucas. Ahora te amo a ti —contestó omitiendo algunas cosas que le preocupaban.

—Me jode, pero me tengo que ir mañana. Prométeme que intentarás estar bien —pidió Marc angustiado.

Camila después de prometérselo le estuvo contando lo que pasaba con el club.

—Cariño prométeme que te mantendrás al margen. No intentes pelear con mi hermano. Si oyes algo extraño, cualquier cosa, quema el club. Tengo gasolina en el armario de mi despacho —ordenó.

—¿Pero para que habrías de quemar el club? ¿Qué hará la gente que trabaja allí? ¿Por qué tienes gasolina guardada? —Camila no entendía porque le daba aquella orden tan extraña.

—Solo hazlo, yo me encargaré de los empleados cuando vuelva. El club pretendía ser una manera de independizarme económicamente de mi padre, independizarme de sus negocios. Pero mi hermano ha sabido como joderme la existencia metiéndose en mis planes. Tú cuando llegué el momento quema el local. Confío en ti —explicó él inteniendo que ella le comprendiera.

Camila quiso seguir preguntando, seguir hablando, pero Marc se encargó de hacerle olvidar cualquier intento de conversación. Por eso se olvidaron de poner la alarma, pero por suerte a las nueve en punto se despertó por los insistentes rayos de sol. Su amante ya se había marchado. En su lugar de la cama una nota con un escueto mensaje: «No te olvides que te amo y que confío en ti con mi vida».

Se levantó de un salto, corrió a la ducha y después de vestirse y calzarse se apresuró en salir para irse a la tienda a trabajar.

Una vez en su vehículo se peinó haciéndose una coleta alta, ni tiempo a maquillarse le daba.

La mañana por suerte pasó rápido para Camila, parecía que ese día se había puesto de acuerdo toda la gente de la ciudad para visitar el establecimiento. Estaban haciendo una buena caja esa mañana y eso las alegró, hacía tiempo que no tenían días tan buenos.

Cuando iban a cerrar Samanta le dijo a Camila:

—Tenemos que hacer inventario y pedido. ¿Te puedes quedar un rato más?

—Lo siento hoy tengo una cita médica y no la puedo cambiar. Si quieres lo hacemos más tarde o mañana —contestó seca.

—¿Estás enferma? ¿Te acompaño? —preguntó Sami preocupada.

—No gracias ya me acompaña Nora. ¿Te veo a las cuatro aquí? —Camila

mintió, no quería que nadie la acompañara, quería enfrentarse sola a lo que fuera que tenía que enfrentarse.

Samanta la miró triste, creía que no se merecía ese trato por parte de su amiga, ella tenía que entender que Susana era su prima.

Además, tenía que comprender que la principal razón para callarse, no había sido por Susi. Su único motivo había sido que prefería cortarse una mano a hacerle daño.

Se fueron cada una por su lado, Sami en dirección al metro y Camila en busca de su coche.

Se alegró de lo fácil que le resultó encontrar aparcamiento en aquella zona.

Nerviosa cogió su bolso y se bajó.

Tocó al portero automático y esperó pacientemente a que su amiga abriera la puerta, cuando oyó el sonido empujó el portal y entró buscando el ascensor.

Pulsó la quinta planta en el panel y mientras esperaba que subiera tamborileó con los dedos en el metal.

Salió del elevador y ya Margot la esperaba en la puerta, se veía preocupada y angustiada. Camila dejó que la abrazara.

—¿Qué pasó amiga? ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó ansiosa.

Ella en respuesta le enseñó sus pastillas, entonces la empujó dentro del consultorio para poder hablar sin que se enteraran los vecinos.

La guio por un largo y estrecho pasillo, hasta llegar a una puerta con un cartelito con el nombre de Margot Díaz. La obligó a entrar y entonces empezó con la ronda de preguntas.

—¿Has ido a algún especialista a parte de mí? —No, sabes que estoy más que satisfecha contigo Mar.

—Entonces te haré una citología aparte de la ecografía. ¿Has tenido relaciones sexuales con Lucas sin preservati- vo?

—Solo una —contestó Camila dubitativa, no sabía si confesarle todo su problema a su amiga.

Margot muy intuitiva le cogió la mano y la miró por encima de sus gafas.

—Cam te conozco desde hace muchos años. Eres mi hermana no solo mi amiga. Sabes que puedes confiarme cualquier cosa. Lo que me cuentes no saldrá de este despacho.

Ella se sintió reconfortada con esas palabras, sabía que podía contarle cualquier cosa. Su mente divagó a cuando conoció a su amiga en el jardín de infancia, desde entonces prácticamente no se habían separado.

Margot respetó su espacio, cuando se sintiera preparada, le contaría lo que le carcomía.

Había anulado algunas citas de esa tarde solo para dedicarse por completo al

problema de Camila.

Se sorprendió cuando empezó a hablar porque percibió el pequeño temblor en su voz.

—Como sabes Lucas me tenía muy abandonada. Y a mí mi matrimonio me empezaba a agobiar. Necesitaba una vía de escape. Adrenalina, diversión, algo que me alejara momentáneamente de la rutina. Entonces decidí buscar trabajo nocturno, lo encontré en un club alejado del centro. Soy bailarina. Tengo dos vidas. De noche soy lo que nunca me atreví a ser y de día soy la de siempre. Pues justamente trabajar en ese lugar es lo mejor que me ha pasado en la vida. En ese sitio descubrí la infidelidad de mi marido con Susana...

—Por fin lo sabes, ya era hora, estaba harta de que si- guieras con ese pedazo de imbécil —Margot interrumpió a Camila.

—¿Lo sabías y no lo dijiste? Como Samanta —preguntó dolida y algo decepcionada. Parecía que estaba resultando cierto el dicho de que la cornuda era la última en enterarse.

—Cariño perdónanos, pero no éramos nosotras las indicadas para abrirte los ojos. Esto tenías que descubrirlo tú. Lo que si podemos hacer es estar contigo ahora, apoyarte y animarte. Sígueme contando tu historia por favor —pidió Margot sintiéndose un poco culpable por no haber intentado hablar con ella. Camila entendió que su amiga tenía razón, si se lo hubiesen dicho nunca les hubiese creído. Era mejor que las cosas hubiesen sucedido de la manera que sucedieron.

Le estaba empezando a entrar hambre, así que se apuró en terminar su relato para que la revisara y bajar a comer juntas.

—En ese año que llevaba trabajando en el club mi jefe siempre estaba intentando seducirme, tentándome, enamorándome sin yo darme cuenta. Pero yo intentaba no hacerle caso. Me importaba mi matrimonio. Pero cuando descubrí el engaño decidí ser egoísta, dejé que me sedujera. Tentándole, seduciéndole, amándolo. Ahora estoy perdidamente enamorada de Marc y su alma se ha quedado tatuada en mi piel. Le pedí el divorcio a Lucas, no puedo seguir con él cuando tengo las caricias de otro hombre en mi piel.

—Dime cariño que usaste protección con ese hombre. Por favor dímelo — suplicó Margot preocupadísima por ella.

—No usamos nada. Como se suponía que estaba tomando las pastillas — contestó Camila enterrando la cara entre las manos.

—Ahí mi madre, aquí veo que te quedarían tres pastillas para acabar el mes. O sea que la regla aún te puede bajar. De todas maneras, te haré citología, ecografía y reconocimiento. ¿Cómo no te acordaste de las enfermedades y demás? Voy a matarte irresponsable, no tienes quince años. Anda ve

colocándote en la camilla con las piernas en los estribos —ordenó Margot sin creerse todavía las locuras que había cometido su amiga. De todas maneras, ella no era nadie para juzgarla.

Camila se desnudó de cintura para abajo y se colocó como le habían pedido, Margot en seguida se reunió con ella. Se puso los guantes de látex, cogió los instrumentos que iba a necesitar para extraerle la muestra.

Cuando terminó le hizo la ecografía vaginal, miró atentamente la pantalla y empezó a tragar saliva preocupada.

Menudo problemón al que se iba a enfrentar su amiga. Odió tener que darle ese diagnóstico.

—Cami, siento ser yo la que tenga que decírtelo. Estas embarazada de más o menos cuatro semanas. Margot no quiso preguntarle si quería abortar o tenerlo, bastante tenía con asimilar esa noticia bomba.

Camila sintió que todo su mundo se derrumbaba, no se había planteado ser madre aún. Y ahora estaba embarazada. Recordó cuando Lucas la hizo suya antes de entregarse a Marc por primera vez.

Ese bebe tenía tantas posibilidades de ser de su marido, como de su amante. No saber quién podría ser el padre de su hijo la estaba matando.

Rezó a todos los santos que conocía para que fuera Marc el donador de semen. No quería tener nada que ver con su futuro ex marido.

Dios en que lio se había metido ella solita. ¿Cómo le daría la noticia a su jefe? Luego se dio cuenta de que los días habían pasado veloces, demasiado, no hacía mucho se sintió como si le arrollara un tren. Ahora no solo la había atropellado, se había dado la vuelta para volver a pasarle por encima.

—Margot esto debe ser una pesadilla no sé quién rayos es el padre de mi hijo —murmuró asustada.

—Nena, solo lo hiciste una vez con Lucas y con ese tal Marc fueron más. Hay más posibilidades en tu amante —comentó Margot intentando tranquilizarla.

Camila quería que la tierra se la tragara, o que algún ángel rebobinara el tiempo y volver atrás para recordar tomarse las pastillas. ¿Qué clase de idiota olvida las píldoras durante casi un mes?

Capítulo 11

visita inesperada

Cuando salía de la consulta de Margot con la receta de sus vitaminas su móvil empezó a sonar insistentemente. Nora quería saber cuánto le quedaba para terminar su chequeo.

Camila sonrió pensando que tenía una gran suerte con amigos como ella. Se subió en el ascensor mientras seguía hablando con Nora.

Mientras se dirigía al portal vio tres sombras esperándola, volvió a sonreír, habían acudido a apoyarla. Demostrando lo mucho que la querían y se preocupaban por ella.

Había hecho bien en mandarles la dirección por si querían ir a buscarla. Nora se abalanzó a sus brazos apenas la vio, luego la soltó para poder leer en sus ojos como se sentía.

—Hubiésemos venido antes si estos dos idiotas no se hubieran puesto a discutir —explicó la morena.

Camila iba a contestar, pero Johnny contestó por ella:

—No me cuelgues en el mismo saco que este inútil, yo estaba listo para venir apenas te llegó el mensaje.

—Camila no me negarás que el amor homosexual tiene sus ventajas. Por lo menos no quedamos preñados —bromeó Tony que tuvo que pedir disculpas ante la mirada asesina que le lanzaron los demás.

—A ver chicos ya tranquilos, me muero de hambre, ¿qué tal si vamos a una hamburguesería? O cualquier otro sitio a comer —pidió Camila poniendo orden.

—Mejor un sitio de menú. Ahora debes cuidarte más. Conozco un sitio, vamos —ordenó Margot.

Todos la siguieron entendiendo las palabras de la ginecóloga, una vez sentados cómodamente en un restaurante con manteles rojos Nora le dijo a su amiga:

—Ahora tendrás que dejar de bailar. Eso me entristece. Te echaré de menos.

—Todos la echaremos de menos, pero no se acaba el mundo. Supongo que seguiremos siendo amigos. Expuso Tony mirando a Camila triste.

—Claro que seguiremos siendo amigos, vamos a ser los padrinos de un hermoso bebe – dos lágrimas resbalaron por la mejilla de Johnny mientras decía eso.

—¿Estos tres son siempre tan intensos? – preguntó Margot sorprendida.

—Siempre, además son los mejores amigos del mundo. Chicos por favor no adelantéis acontecimientos, cuando tome una decisión seréis los primeros en saber —pidió ella concentrándose en el pan que le acababan de traer. Se moría de hambre.

Comieron bromeando y jugando entre ellos, pero Margot debía volver a trabajar y Camila debía hacer el inventario con Samanta.

Se despidieron entre abrazos, la ginecóloga se sentía muy agusto entre ellos. Cada uno cogió un camino diferente.

La tarde pasó lenta y tensa entre las dos amigas, hicieron el inventario, los pedidos, todo a puerta cerrada. Por eso no había clientes que las distrajeran. Terminaron temprano y Camila pensó que pasaría una tarde muy tranquila durmiendo y descansando. Pero cuando se iba a alejar calle abajo para buscar su coche su amiga se lo impidió:

—¿No piensas perdonarme Cami? ¿Sabes lo que me duele esta situación contigo? Daría mi vida por ti.

—Tenme paciencia, te perdonaré. Pero todavía me cuesta asimilar toda esa situación —dijo abrazándola fuerte para que entendiera que ya no estaba enfadada solo disgustada.

Sami la dejó alejarse sabiendo que algo la estaba quemando por dentro, le dolió no ser la primera en enterarse como otras veces. Solo esperaba que ella le perdonara para volver a ser las de siempre.

Cuando ya no pudo verla se dirigió a la parada de metro para irse a su casa, un apartamento en el que le esperaban Susana y su abuela.

Le hubiese apetecido ir a cualquier parte menos a su hogar. Pero no le quedaba otro remedio que dirigirse hasta allí.

Camila llamó a Nora para decirle que necesitaba una tarde de descanso, después llamó al hospital para interesarse por Lucas. Necesitaba saber cómo estaba. Le alegró saber que se encontraba mejor. Le hubiese gustado poder visitarle en el hospital, pero creía que eso sería mala idea. Para terminar con su ronda de llamadas, llamó a Oscar para saludarle y hacerle saber que se preocupaba por su futuro ex marido.

—¿No piensas visitar a mi hermano en el hospital? —preguntó él con un tono de voz evidentemente triste.

—No Oscar. Pienso que eso solo serviría para confundir a tu hermano. Quiero separarme y nos hace daño vernos, sobre todo a él que no acepta el divorcio. Lo siento, pero se acabó el amor por lo menos de mi parte. No puedo continuar con una farsa. —contestó ella intentando no sentirse culpable.

—Lo entiendo Cami. Creo que mañana le darán el alta. Intentaré que se venga conmigo a mi casa —explicó Oscar.

—Aunque vayáis a mi casa no me vais a encontrar. Para evitar problemas me he mudado temporalmente —dijo Camila deseando poder finalizar esa conversación.

—¿Dónde te estás quedando? —preguntó él preocupado.

—No tiene importancia —contestó empezando a sentirse molesta por el interrogatorio.

Sintiéndose triste y agotada se subió en su vehículo, para poner rumbo a su nuevo hogar.

Antes de aparcar, se dirigió a la farmacia para comprar sus vitaminas y luego al hipermercado.

Compró una olla exprés y algunas cosas para llenar la nevera y las alacenas de Marc, se notaba que mucha vida no hacía en el piso porque no parecía un lugar donde permanecer.

Aparcó y con sus adquisiciones subió al apartamento, puso en su nueva olla los ingredientes para hacerse una sopita de verdura, colocó la tapa y guardó la compra.

Después se dio una ducha y se colocó uno de los diminutos camisones que le regalara Marc.

Su teléfono empezó a sonar y antes de ir a su bolso para contestar la llamada apagó la vitrocerámica.

Arrugó la nariz cuando vio que quien la llamaba era Lucas. Cansada de él contestó arrepintiéndose enseguida al oír el tono lastimero con que le hablaba. —Vuelve a casa por favor, olvida toda esa locura del divorcio no puedo vivir sin ti.

—Olvídalo Lucas, olvida esa idea y de paso olvídate a mí.

—¿Dónde coño te estás quedando? Me han dicho que no estás en nuestra casa

—preguntó Lucas cambiando el tono lastimero por uno agresivo.

—Donde a ti no te interesa, ahora si me disculpas tengo una cita con un libro y una cama —contestó ella colgando la llamada.

Estaba molesta, agobiada y sabía que eso no podía ser bueno. En algún momento tendría que colapsar.

Cenó su sopa y un filete con verduras, puso la vajilla usada en el lavavajillas y después de poner la alarma se acostó a dormir con un suspiro de alegría.

Se despertó relajada, esas cuatro horas de sueño le habían sentado genial.

Necesitaba un descanso.

Se levantó y se arregló para ir al club, después se dio cuenta que tenía un mensaje. El coche de Tony se había averiado, le pedían el favor de ir a buscarlos, así que fue a buscar a sus amigos.

Esa noche lo entregaron todo, bailaron como nunca y más sabiendo que pronto Camila tendría que dejar ese mundo.

Cuando regresó al apartamento de Marc, pensó que otro día más se alejaba.

Empezaba a extrañar a su amante. Necesitaba todo de él. Le asustó el hecho de sentirse demasiado dependiente de ese hombre.

Marc miraba por la ventana con una copa de coñac en la mano, su regreso a los brazos de su amante se complicaba por culpa de los complotos de su padre.

Tenía que cerrar las ventas de unos terrenos y los clientes eran demasiado difíciles.

Odiaba esa ciudad tan próxima a su ciudad natal, odiaba todos y cada uno de los motivos que lo mantenían alejado de Camila. Estaba deseando volver y luchar por esa mujer con uñas y dientes. Y la evidente erección que tenía por estar pensando en ella evidenciaba que también estaba dispuesto a marcarla como suya.

Se preguntó los motivos de su padre para obligarle a ese viaje, últimamente estaba en desacuerdo con que él siguiera con el club. Claro como ese negocio ya había cumplido su función quería deshacerse de él sin darse cuenta de la gente que trabajaba para ellos.

Camila maldijo al despertador, estaba demasiado agusto en esa cama ajena. Enfadada se levantó y fue hasta la cocina tallándose los ojos, puso la cafetera y mientras salía el café fue a darse una corta ducha.

Después de desayunar se vistió con algo totalmente diferente a lo que solía usar, un vestido que dulcificaba su imagen.

Se hizo una trenza y se colocó unas bailarinas blancas, renunciando sin darse cuenta a sus inseparables tacones.

Se asomó a la ventana y se dio cuenta que en la ciudad llovía, volvió por una cazadora de cuero y en un arranque de nostalgia mandó un mensaje a Marc: «Te amo, espero que vuelvas pronto. Te echo de menos».

La respuesta no se hizo esperar: «Yo también te extraño caperucita, he estado toda la noche con una jodida erección que solo tú podrías calmarme. Ni sabes todo lo que sueño hacerte cuando regrese».

Ese mensaje la hizo sonreír con una sonrisa salvaje, su sangre se volvió espesa y sintió un millón de abejas asesinas revoloteando por todo su cuerpo. Le mandó el último mensaje porque ya tenía que ir a coger el metro. Su coche se lo había llevado Tony.

«Regresa pronto a casa, no sabes todo lo que has despertado en mí, todo lo que te necesito».

Al final no fue el último mensaje, todo el camino estuvo entretenida chateando con Marc. Hasta que llegó a su parada y tuvo que despedirse.

Entró en su local con una enorme sonrisa en la cara, estaba loca y perdidamente enamorada. No se dio cuenta de que tenía visitas. No solo sus amigos esperaban, también lo hacía Lucas, estaba sentado en un rincón.

Samanta quiso avisárselo, pero ella no se había molestado en abrir sus mensajes. Y eso que estaba en línea todo el tiempo.

Camila se acercó a su amiga y la abrazó sorprendiéndola. Luego soltó el bolso y la chaqueta en el perchero, mientras lo hacía le comentó.

—Siento llegar diez minutos tarde Sami. Vine en metro, Tony necesitaba mi coche —Camila no se esperaba lo que sucedería después.

Una mano grande se aferró a su muñeca haciéndole daño porque apretaba demasiado, la otra mano se cerró en torno a su brazo.

A Samanta no le gustó ese agarre sobre su amiga y quiso defenderla.

—¡Lucas suelta a mi amiga! ¡Vete de la tienda o llamo a la policía!

Él se las ingenió para empujarla y hacerla caer al suelo, las dos se estremecieron ante el tono de voz de Lucas: —No me iré sin mi mujer.

—¡Suéltame Lucas! ¡Me estás haciendo daño! ¡Suéltame! —exigió Camila revolviéndose contra él.

Al ver la situación, los amigos de Camila, cambiaron las expresiones de sus caras y se lanzaron por Lucas, el primero en acercarse fue Johnny.

—¡Quita maricón de feria! No me iré de aquí sin ella —insultó él al amigo de su esposa.

Tony enfadado se acercó a él mirándole amenazante, hizo crujir los huesos de sus nudillos y antes de lanzarse a golpearle le advirtió:

—Uy, la has cagado amiguito, si hay algo que me enfade es que insulten a mi marido. Además, no estabas sumando puntos con lo que le estabas haciendo con mi amiga. Así que prepárate para la paliza de tu vida.

Lucas quiso golpearlo, pero no le dio tiempo, en cuanto se quiso dar cuenta estaba fuera de la tienda, Tony lo había sacado a puñetazos.

Él empujó fuertemente a Lucas haciéndolo caer al suelo. No entendían como podía tener tanta fuerza, se suponía que acababa de salir del hospital.

—¡Aléjate de mi amiga! ¡O no respondo! —amenazó sin conseguir asustar a Lucas.

—¿Con este tipo es con el que me engañas? ¿De verdad has caído tan bajo Cam? No te creía tan puta cuando me casé contigo —insultó el marido de Camila.

—¡Encima de cabrón, sordo! —Tony volvió a insultar, asestándole un puñetazo en la nariz y volviéndolo a derribar.

Nora abrazaba a Camila mientras todo eso sucedía, no quería que su amiga se sintiera mal por tener un idiota por marido.

—No sabes las ganas que tengo de patearle las bolas al imbécil ese que tienes por marido —dijo la morena apretando fuerte a su amiga.

Camila no sabía cómo reaccionar ante aquella situación, no sabía si salir a evitar la pelea o dejarlos pegarse, pero Johnny acudió a su rescate.

—Yo me encargo morena. El gilipollas de tu marido ha despertado la bestia en mi hombre. De aquí no se va sin su linda carita destrozada —mientras decía esto intentaba que la situación no pareciera tan grave.

Una persona que Camila no esperaba apareció de repente y separó a los dos hombres. Ella hizo pasar a sus dos amigos a la trastienda.

—Oscar llévate a tu hermano de aquí y dile que se busque un abogado —pidió a su ex cuñado.

Él se acercó a ella y acarició preocupado las marcas que su hermano le había dejado en el brazo, mirándola a los ojos le hizo una pregunta silenciosa.

—Me divorciaré de Lucas. Estoy cansada de sus arrebatos, de sus engaños y además no estoy enamorada. Ahora llévatelo por favor —exigió Camila.

Se quedó observando cómo se iban sin darse cuenta que sus manos temblaban. Se apoyó en el torso que la agarró. Por el olor supo que era Tony. Solo él tenía ese olor peculiar de menta y tabaco.

—Cálmate cielo no te convienen estos nervios. No sabes lo que agradezco que hayamos venido a devolverte el coche —murmuró él, pero a pesar del tono de voz bajo, Sami los oyó.

-Gracias hermano por lo que has hecho hoy.

Samanta los interrumpió enseñándole a Camila su móvil que estaba sonando insistentemente, se alegró de ver que la persona que la llamaba era el abogado.

—Hola señorita, tengo un hueco ahora mismo, se suspendió el juicio al que tenía que acudir. ¿Puede venir ahora? —preguntó un hombre de voz ronca.

—En media hora estaré ahí —contestó Camila ansiosa por solucionar el caos que era su vida.

Camila pidió a Nora para que la sustituyera en la tienda, no quería dejar sola a Sami. Johnny y Tony no pensaban dejarla sola después de lo sucedido, por eso la acompañaron.

Dos horas después salía con una enorme sonrisa del bufete, presentaría una demanda de mutuo acuerdo si Lucas no daba problemas. Ella solo quería que desalojara la casa de sus padres. No quería pensiones compensatorias ni nada. Y si él decidía presentar batalla, le daría guerra. Lo denunciaría por malos tratos, abandono y cualquier cosa que se le ocurriera. Ya había ido al médico para certificar sus lesiones, se había hecho fotos a sus hematomas. El abogado se había quedado con esas pruebas por si hacían falta.

Esa noche se dio cuenta que Brendan y Selena planeaban algo. Y no saber que era le ponía nerviosa. Pidió a Barbie que estuviera atenta.

Después se subió a la tarima, dejó que las notas de la sensual música invadieran sus oídos y se apoderaran de su cuerpo.

Giros perfectos ejecutaban sus caderas, bailó, pero se dio cuenta que nada era como antes. Ella había cambiado, su situación había cambiado.

Además, estaba preocupada. No quería que Marc tuviera problemas. Cuando terminó su turno suspiró, una noche más que llegaba a su fin.

Se despidió de sus amigos que se pusieron protectores, ella para que la dejaran marchar les prometió que si les necesitaba les llamaría.

Después se dirigió a su coche para poner rumbo a su nuevo hogar, cuando llegó tenía hambre así que se calentó un vaso de leche y se preparó un sándwich. Con el estómago lleno se tiró en la cama dispuesta a dormir las cuatro horas que quedaban de noche.

No sabía que el día amanecería totalmente distinto. Lo supo cuando a media mañana Barbie entró acompañada de Nora en la tienda.

La camarera se acercó a ella con cara de preocupación y con su peculiar acento se puso a contarle a Camila lo que le preocupaba.

—Jefecita, anoche Brendan y Selena me pidieron que me quedara un rato más en el club para servirles las bebidas. Como estaban borrachos no se dieron cuenta que gravé su conversación. Planean llenar el club de policías para meter en un buen follón al jefecito de Marc. Escúchelo usted misma —Barbie le dio el móvil para que escuchara la grabación, a Camila se le pusieron los pelos de punta. No entendía como un hermano podía ser tan cruel y querer hacer tanto daño a alguien de su propia sangre.

Se mandó el archivo para poder mandárselo a su amante, pero justo cuando lo iba a llamar una persona que no esperaba entró en el local.

Miró sin podérselo creer, se quedó viéndola con la boca abierta, ahora que la tenía delante se daba cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Pero la única palabra que le salió para recibir a esa persona tan importante para ella fue:

—¿Aria? —Preguntó con incredulidad.

—Vaya recibimiento hermanita, ¿te olvidaste ya de tu súper y favorita hermana? Ven y abrázame coño —dijo divertida Aria mientras sacudía su larga melena negra. Camila corrió sin decir nada a los brazos de su hermana, hacía ya tres largos años que no la veía. Después del abrazo Aria enfadada le preguntó:

—¿Se puede saber que narices te pasa? Lucas me llamó preocupado, dice que estás haciendo unas cosas muy raras y casi me suplicó para que viniera a hacerte entrar en razón.

—Claro tenía que ser ese impresentable el que te hiciera venir —protestó Camila apretando los puños y deseando tener la bonita cara de Lucas a mano para poder destrozársela.

—Jefa tenemos un problema aquí, hay que llamar al señor O'Brien —habló Nora interrumpiendo el momento de las dos hermanas.

—Ari, soluciono una cosa y vamos a tomar algo para contarte todo lo que ha pasado en el último año con mi vida —dijo Camila recordando súbitamente el

problema que tenía que solucionar.

Cuando tuvo el asentimiento de su hermana mayor fue de nuevo hasta el mostrador para llamar a Marc. Ya no le importaba ocultarse, le daba igual que el resto del mundo supiera que tenía una relación fuera de su matrimonio.

—Cariño, necesito que escuches un audio que te envié. Cuando lo hagas llámame, es muy urgente. — pidió ella.

—Está bien caperucita. Dame unos minutos —contestó Marc.

Veinte minutos después ya la estaba llamando, estaba bastante disgustado y frustrado por no poder ir en persona a solucionar ese problema por el mismo. Pero estaba agradecido por tener a Camila ayudándole. Eso hacía que la amara aún más.

—¿Quién te pasó este audio? —preguntó él.

—Barbie me está ayudando a vigilar a Selena y Brendan. ¿Qué hago? — contestó ella preocupada.

—Bien habla con mis empleados leales, tú sabes quienes son. Que estén atentos, diles que les prometo conseguirles otro trabajo pronto. ¿En quién confías tú? —volvió a preguntar Marc.

—Sin dudar en Nora, Johnny, Tony y Barbie —respondió sin titubear.

—Escucha atentamente cariño, tienes que hacer lo que te dije. Por eso te preguntaba en quien confías más. Diles que te ayuden. Yo les recompensaré cuando vuelva. Hacerlo de tal manera que no puedan relacionaros con el lugar —ordenó Marc autoritariamente.

—Está bien, apenas sepa algo te llamo. Te quiero, espero que vuelvas pronto

—murmuró Camila colgando. Se quedó unos instantes mirando su teléfono, pero luego levantó la mirada y se topó con la penetrante mirada azul de su hermana, también se dio cuenta que la tienda estaba llena de gente.

Pero Nora siempre tan buena amiga le dijo:

—Todo bajo control. Tú ve a ponerte al día con la sister —una gran sonrisa acompañaba a esas palabras. —Si ve. Todo controlado. Barbie también está siendo una gran ayuda —comentó Samanta feliz con la ayuda. Entonces Camila cogió su bolso y caminó hacia su hermana para llevarla a su cafetería favorita para contarle su versión de los hechos.

Capítulo 12 inCendio

Las dos hermanas cogidas del brazo subieron la calle para ir al local favorito de Camila. No hablaron en los diez minutos que les llevó llegar a la pastelería.

Disfrutaron de su mutua compañía, no se habían dado cuenta de lo mucho que se habían extrañado.

Cuando llegaron al local eligieron el lugar donde se sentaron y después de pedir unos cafés y unos pastelitos Aria le dijo a Camila:

—A ver hermanita desembucha, no te me vas a ir por los cerros de Úbeda — Aria acompañó estas palabras con una sonrisa traviesa.

—Está bien, supongo que tengo que contarte y más después de que Lucas te ha hecho venir desde Alemania sin motivo. Pero no me interrumpas, supongo que sigues teniendo esa costumbre —pidió Camila a Aria.

Estuvo unos minutos callada, intentando ordenar su historia, pero como no supo cómo hacerlo, ni supo cómo maquillar la verdad, para que su hermana no se impactara decidió contarla tal cual era:

—Verás, hace año y medio Lucas se empezó a distanciar de mí. No me miraba, no me tocaba. No hacíamos nada juntos. Yo me empecé a sentir sola, a agobiarme, empecé a necesitar algo que me diera adrenalina. Algo que me hiciera feliz. Entonces tomé una decisión alocada, empecé a trabajar en un club nocturno como bailarina. Mientras Lucas trabajaba con su taxi yo bailaba. El primer mes fue tranquilo, pero luego conocí a Marc mi jefe. Ese me hombre me atraía como nunca me había atraído nadie. Pero lo evitaba, a pesar de lo que Lucas te haya dicho, que no sé qué es, le fui fiel. Hasta que le descubrí en el club donde bailaba besándose apasionadamente con Susana. Por eso me dije que, si él faltaba el respeto de esa manera a nuestro matrimonio, yo tampoco tenía que respetarlo. Entonces acepté el trato de Marc, quemándonos, viviendo algo que jamás viví. Y me enamoré como nunca, hasta los huesos y hasta el alma. Decidí divorciarme y eso Lucas no lo acepta, le está volviendo loco el saber que ya no siento nada por él. Incluso ha llegado a zarandearme, algo que jamás esperé de él. Es como si un Lucas diferente al que conocemos se hubiera despertado —explicó ella enseñándole a su hermana las marcas que tenía en los dos brazos y en las muñecas. La mirada de Aria se tiñó de ira y preocupación por su pequeña hermana. Si tuviera en ese momento a Lucas delante le partiría la cara. Y era más que capaz de hacerlo. —¿Sabes qué es lo que me fastidia de todo esto? —Preguntó Aria y como Camila negó con la cabeza ella siguió hablando— lo que más me fastidia es saber que ese imbécil está en mi casa, en casa de nuestros padres. ¿Cuándo estará el dichoso divorcio ese? —volvió a preguntar Aria. —En una semana, tal vez menos. Ojalá que no ponga muchas pegas para firmar —contestó Camila.

Aria se levantó un momento para ir al baño y dejó sola a su hermana, tenía pensando buscar un buen hotel cuando terminara su reunión con Camila. Porque no pensaba compartir casa con un idiota al que deseaba romperle la

cabeza, suponía que Lucas seguía en el apartamento de sus padres. Camila miró su móvil que sonaba, sonrió al ver que era Tony quien llamaba. —¿Dónde está la mejor amiga del mundo mundial? —preguntó meloso Tony. Ella le explicó dónde estaba y él prometió reunirse con ella en menos de veinte minutos.

Mientras esperaba que Aria viniera del baño pidió un capuchino y otro bollo más. Todavía tenía hambre.

Justo cuando iba a darle un bocado a su delicioso merengue unas fuertes manos la sujetaron por las muñecas para levantarla.

—Vuelve a casa Cami por Dios déjate de niñerías —pidió Lucas arrastrando las palabras.

Camila se dio cuenta queapestaba a alcohol, también tenía las pupilas dilatadas y la ropa la tenía muy desaliñada. Su mal olor le dio náuseas y tuvo que tragar fuerte para no vomitarle en los zapatos.

—Me estás haciendo daño Lucas. Estas bebido, vete a casa a dormir y cuando estés mejor hablamos ahora suéltame. Por favor —pidió tratando de no enfadarle más de lo que estaba.

Aria salía del baño en ese momento, se había entretenido hablando por teléfono. Miró hacia donde su hermana debía estar sentada y se le heló la sangre en las venas.

Camila había recibido un sonoro bofetón de su futuro ex marido. Aria se acercó a paso rápido para alejar a ese gusano. Pero un chico rubio que no supo de donde salió cogió a Lucas del cuello soltándole un fuerte puñetazo.

Otro chico moreno levantaba a Camila que había caído al suelo cuando Lucas la había soltado de repente.

Aria abrazó a Camila preocupada, se había golpeado los riñones con el filo de la mesa y un dolor agudo le estaba recorriendo todo el cuerpo.

La hermana mayor estaba deseando poder hacer algo, pero el chico que había agarrado a Lucas no lo soltaba. Si seguía golpeándolo de esa manera lo mataría, pero algo le dijo que si eso pasaba se lo tenía merecido.

Pero Camila se acercó tambaleándose un poco para agarrar a su amigo del brazo, quería que dejara de darle golpes, no quería que Tony se metiera en un lío por culpa de Lucas.

Se dejó abrazar por él y sin darse cuenta se quejó, seguía doliéndole muy fuerte. Johnny se acercó preocupado y dijo:

—Hay que llevarte al hospital Cami —con cariño la cogió en brazos.

—Si será mejor —admitió preocupado Tony.

Aria se apresuró a pagar la cuenta y seguirlos, no quería dejar sola a su hermana, estaba preocupada por ese inesperado dolor. Por una caída no

debería haberse puesto así.

Pusieron rumbo al hospital más cercano, Johnny avisó por mensaje a Nora para que se quedara un rato más sustituyendo a Camila.

A Aria no le quedó más remedio que quedarse en la sala de espera con los amigos de su hermana.

Camila estaba preocupada, temía que la caída hubiera afectado a su bebe, en ese momento se dio cuenta de que quería a su hijo. Aún a pesar de no saber quién era el padre.

Suspiró aliviada cuando después de la correspondiente ecografía le dijeron que el feto estaba bien, le recomendaron tener ese día de reposo. Después hicieron un parte de lesiones por si quería denunciar al salir del hospital.

Sintiéndose mucho mejor se reunió con su hermana y sus amigos que apenas la vieron se abalanzaron sobre ella para abrazarla y besarla.

—¿Cómo está él bebe? —preguntó Tony histérico.

—¡Sí, mi sobrino como esta! ¡Di, está bien el pequeñito! —exclamó Johnny preocupado.

—¿Qué bebe? —preguntó Aria sintiendo que algo se le estaba escapando. Camila se dio una palmada mental, no le había contado a su hermana ese pequeño detalle.

—Él bebe está bien. Solo me han mandado un poco de reposo —Camila contestó a sus dos amigos y luego acercándose a Aria le dijo—. Estoy embarazada hermana, pero te cuento al llegar a casa.

—¿Te recuerdo que en casa esta ese imbécil al que yo deseo matar? —preguntó Aria enfadada.

Camila como respuesta solo cogió la mano de su hermana para que la siguiera, a sus amigos les pidió que las llevara al apartamento de Marc.

Una vez que llegaron al apartamento de su amante Camila se sentó en el sofá y Aria la imitó esperando la siguiente parte de la historia.

—Mira hermanita antes de empezar a acostarme con Marc, lo hice una sola vez con Lucas. Ahí fue cuando descubrí que ya no le quería. Y al día siguiente descubrí su infidelidad. Y cuando empezó mi relación con Marc. El caso es que tomaba la píldora y no sé cómo demonios me olvidé de ella durante casi un mes. Ahora aquí tienes a tu hermana pequeña embarazadísima y sin saber quién rayos es el padre —Camila esperaba reclamos, regaños. Cualquier cosa de parte de Aria, pero lo único que recibió fue un abrazo y un apoyo incondicional.

—Pase lo que pase estoy contigo. No estarás sola —Aria se sentía feliz con la noticia.

—Gracias, ¿pero no me vas a regañar, aunque solo sea un poquito? —

preguntó sorprendida y agradecida.

—No te voy a regañar Cami. Ya eres adulta. Y ahora lo que necesitas es apoyo. Date cuenta del poco tiempo que hace que conoces al tal Marc. No sabes cómo va a reaccionar con todo este tema del embarazo. Porque conociéndote, sé que no le has contado aún. Además, añádele la posibilidad de que él no sea el padre —contestó Aria.

Después de esa pequeña charla Camila dejó sola a su hermana para que descansara y viera la televisión, ella fue a tirarse en la cama. Necesitaba descansar y dormir.

Cuando se despertó eran las ocho de la tarde, Aria dormía a su lado, eso le hizo sonreír. Pensó que cuando tuviera que regresar a Alemania la echaría de menos. Volvía a sentirse muy unida a ella.

Se levantó con cuidado de no despertarla y fue a la cocina a preparar algo de cenar, se moría de hambre.

Marc la llamó en ese momento, después de contestar la llamada puso el altavoz para poder seguir cocinando mientras hablaba.

—¿Cómo le va a mi caperucita? ¿Cómo van las cosas por el club? —preguntó Marc.

—Pronto tendré la demanda de divorcio para firmarla. Las cosas por el club raras con tu hermano ahí —contestó ella sonriendo sin poderlo evitar.

—Ya sabes lo que tienes que hacer si algo pasa. Creo que podré volver pronto. Me muero de ganas de verte —Camila imaginó su hermosa sonrisa mientras le decía eso.

—Yo también —repuso ella sonriendo sin darse cuenta.

La conversación se alargó un poco más, Aria escuchaba sin vergüenza, por lo que escuchaba ese hombre parecía querer a su hermana y eso le tranquilizaba. Luego entró en la cocina disimulando, fingió un enorme bostezo y se sentó en un taburete. Luego una pregunta cruzó por su cabeza.

—¿Por qué no le has dicho que nos estamos quedando aquí? O que estoy yo contigo por lo menos.

—No quiero preocuparlo y que deje los negocios colgados. Ya le diré todo cuando venga —contestó Camila mientras removía la salsa para los filetes.

—Ven conmigo quiero que veas una cosa —pidió Aria apartando la sartén del fuego.

Camila la siguió preguntándose que querría enseñarle. Por primera vez se fijó en la puerta escondida al lado de la puerta del baño.

Aria abrió y accedieron a una habitación-despacho muy desordenada y llena de fotos de Camila que se quedó con la boca abierta.

Eran fotos de cuando ella empezó a trabajar en el club, retratos sensuales

cubrían casi toda la pared.

—¿Esto te parece normal hermana? —preguntó Aria sonriendo.

—No sabía que Marc tenía tantas fotos mías. Me las tomó a traición —
respondió sorprendida ella.

Estuvieron un rato más admirando las fotografías y después cerraron la puerta. Camila decidió que no le diría nada a Marc de su descubrimiento. No creyó que fuera tan malo que él hubiese estado obsesionado con ella.

Después de cenar y recoger Aria decidió acompañar a su hermana al club. Camila intentó convencerla de que se quedara en casa, pero no lo consiguió, entonces juntas se maquillaron y se rizaron el pelo.

Sorprendiendo a su hermana pequeña se puso uno de los provocadores conjuntos de ella.

Cuando entraron en el local Brendan miró hipnotizado a Aria, era tan parecida a Camila que no sabía quién era quién.

—¿Quién es el del pelo negro? —quiso saber Aria.

—Brendan el hermano de Marc —contestó Camila con el ceño fruncido.

—Ahora sé porque te enamoraste como una tonta. Si tu chico se parece la mitad a este espécimen que me mira... La sonrisa de Aria era deslumbrante.

—Ari ten cuidado. Brendan no es buena gente —advirtió ella a su hermana mayor.

Brendan decidió acercarse a conocer a la mujer que acompañaba a la amante de su hermano. Algo le atraía y le decía que se acercara.

—¿Quién es la señorita que la acompaña? —preguntó con ese acento tan característico de él.

—Mi hermana. Así que ten las manos lejos de ella o te las corto —amenazó Camila.

—Que agresividad futura cuñada, solo quiero conocerla e invitarla a una copa, tal vez si ella me acepta —dijo Brendan cogiendo la mano de Aria y plantándole un sugerente beso en la palma.

Aria decidió arriesgarse y se fue hasta la barra con aquel hombre para tomarse una cerveza, Camila la miró estupefacta.

Pero luego pensó que ya era mayorcita para saber qué hacía y la dejó a su libre albedrío. Ella fue hasta el camerino donde sus amigos bebían una botella de tequila. Suspiró frustrada, mataría por una sola copa de esa bebida que le encantaba. Pero ni podía ni debía.

—Sois unos malos amigos. Bebéis para darme envidia —protestó tirándose sobre un mullido sofá que había allí.

Tony la hizo sentar en su regazo y Johnny le dio un zumo de naranja sin alcohol, después de beberse, Nora le quitó el vaso y se lanzó a hacerle

cosquillas.

Esa noche bailarían primero Nora y después los cuatro. Por último, ella sola. Bailaron poniendo hasta el alma, amando lo que hacían.

Aria observó a su hermana, parecía feliz con lo que hacía, le gustaba verla así de esa manera. Liberal, fuerte y valiente. Pero no pudo pensar mucho más en ella porque Brendan parecía dispuesto a distraerla.

Decidió que no había nada malo en dejarse llevar, total, en tres días más volvería a su vida. A su rutina. Bien podría echarse una aventura de una noche y que mejor que con aquel que tanto se estaba esmerando en seducirla.

Se dejó besar para tentarle y hacerle desear más. Brendan sintió que la entrepierna le iba a explotar por eso le hizo una propuesta indecente.

—¿Vendrías a un hotel conmigo? Necesito tenerte —pidió con ojos de cordero degollado.

Aria le miró y le sonrió. Ya había tomado una decisión, en ese momento iría a cualquier parte con aquel hombre.

—Pero no me llevarás a cualquier parte. Soy de gustos caros y exigentes —le dijo hablándole al oído.

—¿Qué te parece hotel de lujo, fresas y champán? —preguntó él esperando seducirla.

—Me parece perfecto, pero no creas que me estás seduciendo, solo estoy fingiendo que lo estás logrando —con- testó ella mirándole con picardía.

Aria fingió entretenerse con su móvil, le estaba envian- do un mensaje a Camila para que no se preocupara por ella. Brendan pensó que no le escuchaba por eso llamó a Selena. Necesitaba darle una orden antes de marcharse con su conquista de esa noche.

—Ahora es el momento, cuando veas que me voy llama a la policía. Denuncia la existencia de este lugar. Tú vete apenas hagas la llamada, mañana te veo en mi apartamento. Cuando mi hermano vuelva no tendrá su querido negocio, tendrá un problema gordo con la justicia y tendrá que sacar a su amante del calabozo —mientras decía esto una sonrisa satisfecha adornó su rostro.

Aria estaba escuchando todo y supo lo que tenía que hacer. Se fijó en la estructura del local y comprobó que ar- dería fácilmente. Estaba acostumbrada a tomar decisiones rápidamente.

Se alejó intentando que no la viera, pero no tuvo tanta suerte. Brendan la agarró del brazo posesivamente, quería saber dónde iba.

—¿Dónde se supones que vas? —preguntó demostrando su verdadero carácter.

—¿Está prohibido ir al baño? Espérame aquí, si quieres esperar, si no olvídate de nuestra cita —contestó soltándose y caminando hacia donde supuestamente estaban los aseos.

Cuando se fijó que no la miraba se coló en el camerino donde vio que su hermana había entrado antes.

Camila se estaba preparando para salir al escenario, en quince minutos empezaba su turno.

—Hermana tu Marc tiene un problema gordo —dijo a bocajarro Aria. Después de beberse el último trago que quedaba en la botella, le contó a su hermana lo que había oído y lo que había planeado. Camila no le dijo que Marc había tenido la misma idea que ella.

Nora y Tony estaban preocupados, Johnny también. Él tenía claro lo que había que hacer.

—Escuchen, tenemos suerte de que en el coche de mi hermana haya bidones de gasolina. Mientras Cami baila yo rociaré la parte trasera, le tiraré una cerilla y boom. Tony tú la parte del despacho y Nora que vigile a Selena —Aria demostraba sus dotes de mando estableciendo lo que debían hacer.

—¿Pretendéis que baile tan tranquila sabiendo lo que planeáis? Además, habrá que desalojar el club —a Camila el plan no le entusiasmaba. Se resistía a pensar que ese sitio en el que tan feliz había sido acabara siendo devorado por las llamas.

Nora la obligó a salir a la tarima, no sin antes prometerle que ella se encargaría de avisar del fuego. La morena esperó que se oyeran las primeras notas de la música que le tocaba bailar a su amiga. Después avisó a Barbie de lo que iba a pasar para que estuviera pendiente de avisar a los clientes en su debido momento. Luego no le quitó el ojo a Selena, cogió una botella de tequila para poder entretenerla un rato.

Johnny cogió un bidón de gasolina y cumplió con su parte del plan, luego fue a arrancar su viejo coche para esperar allí, se alegró de que arrancara a la primera. Por lo menos esta vez el vehículo no había perdido combustible. Tony cumplió con su parte y después se reunió con Nora para ver terminar bailar a Camila.

Aria se entretuvo un rato en el baño, Brendan fue a buscarla. Se apoyó en el marco de la puerta a mirarla con intensidad.

—¿Te arrepentiste? —Preguntó Brendan con miedo de la respuesta.

—No, ¿nos vamos? —contestó ella riéndose en silencio de él.

Brendan le cogió de la mano y la sacó del local casi arrastrándola hasta el parking, por un momento le pareció que le olía a algo raro, pero no se paró a mirar mucho. Quería irse cuanto antes.

Nora dejó a Selena y fue por su bolso y por el de Camila, miró por el camerino que no quedara nada personal y salió fijándose en la llamarada que salía del pasillo.

Tony se apresuró en ayudar a salir a sus amigas y luego entró de nuevo para gritar que había fuego para que la gente se diera cuenta.

Los empleados que quedaban abandonaron el lugar subiéndose a sus coches para huir del lugar.

Para cuando los bomberos y la policía llegaron, allí no quedaría nada más que un montón de cenizas.

Nora se fue con Camila para que no se quedara sola, Barbie también se fue con ellas.

Johnny se quedó un rato más con Tony para asegurarse que no quedaba nadie por la zona, antes de irse vieron a Selena mirando el fuego con lágrimas en los ojos y supieron que no podían dejarla allí.

La obligaron a subirse al coche y se la llevaron con ellos a su casa. La mantendrían vigilada esa noche. Aunque poca cosa más podía hacer. Aria se iba a encargar de mantener muy entretenido a Brendan todo lo que quedaba de noche.

Camila fue a la Elipa para dejar a Barbie en su casa, pero Nora no quiso irse a la suya. Por eso se fue hasta el apartamento de Marc con ella.

Apenas llegaron al piso Camila llamó a Marc para contarle todo lo que había pasado. Se sintió mal por tener que ser ella quien le diera esa clase de noticias. Él la intentó tranquilizar, no le echaba la culpa de nada de lo que había pasado. Al contrario, gracias a ella había descubierto parte de lo que Brendan tramaba. Después de despedirse, Camila se sintió triste, aburrida y muy sola sin Marc. Nora la abrazó para consolarla.

Finalmente se acostaron juntas en la enorme cama para ver una película y se quedaron dormidas.

Capítulo 13

aria y su aventura

Aria se preguntó por unos instantes que rayos hacía con aquel hombre. Ella nunca había sido de aventuras de una noche, pero de repente sentía que podía hacer una excepción. Sabía que Brendan no era trigo limpio, pero calentaba su sangre como ningún otro miembro de la especie masculina.

Estaba sola en un elegante bar de hotel esperando que él consiguiera una suite. ¿Cuándo se había convertido en una mujer que esperaba al hombre? Miró la copa de champán que sostenía en la mano y bebió un sorbo. Le pareció una bebida tan insulsa y poco acorde con ella que decidió pedir otra cosa.

Decidida se dirigió hasta la barra y preguntó al camarero si tenía alguna bebida más fuerte. Terminó bebiéndose un tequila de importación bastante bueno y caro.

Brendan se había dedicado un rato a mirarla preguntándose que tenía aquella mujer que le atraía tanto. Preguntándose porque ella parecía ejercer un extraño canto de sirena hacia él.

No pudo resistir pasar más tiempo separado de su cuerpo, se acercó despacio mirando como saboreaba la nueva bebida que había pedido.

Cuando estuvo a su lado acarició su espalda desnuda ya que su corto vestido tenía el escote detrás. Acarició el lóbulo de su oreja con la boca, tentándola, seduciéndola. Al mismo tiempo formulando una pregunta:

—¿No sabes que mezclar es peligroso para la salud?

—¿Tan peligroso como estar contigo? —Aria respondió con otra pregunta.

—Bailemos —pidió Brendan llevándola consigo a la pequeña pista de baile. Sonó una antigua balada que bailaron muy juntos y acaramelados. Después de ese lento baile, sintieron que no podían más y se dirigieron hasta el ascensor para subir a la última planta de aquel hotel. En la séptima planta estaban las mejores y más lujosas habitaciones.

Pero Aria no tuvo tiempo de admirar el lujo ni la belleza del lugar porque Brendan atacó su boca con ferocidad y posesividad.

Ella le devolvió el beso con la misma violencia, arrancando además la chaqueta de su musculoso cuerpo. La camisa siguió el mismo camino. Sintió la boca de él por todas partes, por su cuello, por sus pechos que anhelaban su boca.

Sus manos bajaron inconscientemente a la enorme erección que se adivinaba debajo del pantalón, masajeó arriba y abajo hasta que se atrevió a dedicarle mimos también con su boca.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo sintió vergüenza, pero luego pensó que solo sería esa noche y después ya no le volvería a ver.

Brendan pensó que con aquella noche no tendría suficiente, Aria le enamoraba, le seducía. Sintió que se perdía con sus besos, con sus certeras caricias.

Terminaron de desnudarse y cayeron sobre la mullida moqueta sin dejar de besarse, los dos querían llevar el control. Eran personas fuertes que

necesitaban tener la razón y controlar al otro.

Rodaron por la alfombra, Aria luchando por acabar encima de Brendan y él peleando porque no lo consiguiera.

Finalmente ella consiguió lo que quería después de colocarle el preservativo.

Brendan sonrió sin importarle por una vez en su vida sentirse domado.

Admiró su poder de convicción cuando se sentó a horcajadas sobre él. Amó cada gemido que salía de su boca.

La ayudó a acelerar el ritmo para llegar cuanto antes a esa cima de placer intenso que deseaban compartir.

Llegaron agotados y gritando el nombre del otro. También sonriendo por la recién adquirida confianza entre ambos.

Brendan acarició su espalda, sentía que podía volverse adicto a su suave piel.

Se perdió en la inmensidad de su mirada azul. Y supo que quería que esa noche no acabara jamás.

Aria se perdió en esos ojos azul oscuro que la miraban con deseo y le sorprendió el hecho de seguir queriendo más de él.

Pensó que cuando todo acabara querría salir corriendo, pero lo único que deseaba era hacer que esa noche fuera eterna y permanecer en esos fuertes brazos para siempre.

—¿No pensarás irte ahora? —preguntó él deseando que la respuesta fuera negativa.

—No tenía pensado irme todavía, creo que aún continuas un poco enterrado dentro de mi cuerpo —contestó ella sonriendo con picardía y rotando las caderas. —Y aquí pienso quedarme toda la noche. Para que mañana no te puedas ni sentar sin acordarte de mí —Brendan sentenció sus palabras demostrándole que seguía teniendo una erección.

Sin salirse de su interior se levantó con ella y caminó por el corto pasillo hasta llegar donde se encontraba la enorme cama que estaba dispuesto a deshacer.

Cuando Aria estuvo acostada salió de su cuerpo y cuando ella se quejó sustituyó su miembro por su lengua, descubriendo que su sabor podía enloquecerlo.

Ella no se dio cuenta del paso del tiempo, extasiada como estaba en disfrutar de ese hombre.

Camila se despertó temprano como siempre, se preocupó cuando no vio a su hermana por el apartamento.

Miró su móvil, pero Aria no la había llamado, pensó que cuando se diera su baño matutino la llamaría.

Nora se despertó cuando se dio cuenta que su amiga había abandonado la cama, se levantó y fue hasta la cocina para preparar el desayuno. Después quitó

las sábanas para lavarlas.

Cuando Camila salió del baño se dio cuenta que olía a pan tostado, eso despertó su hambre.

—Buenos días, no quería despertarte —le dijo a Nora.

—No te preocupes, ¿te importa si me prestas algo de ropa para darme una ducha? —preguntó Nora.

—Claro que no tonta, espera ahora te busco algo —contestó ella adentrándose en el enorme vestidor.

Se vistió con un vestido blanco palabra de honor con un cinturón marrón de piel y unas bailarinas rojas. Para su amiga le eligió un vaquero rosa y una camiseta de manga larga blanca.

—En el armario del baño tienes toallas, te espero para desayunar —explicó dándole las prendas para que se vistiera.

Mientras esperaba que Nora se duchara ella buscó sábanas limpias en el armario, después de hacer la cama cogió su bolso y se fue a la cocina.

Antes de servir el café volvió a mirar su teléfono por si su hermana había llamado. Como no tenía ninguna llamada ni ningún mensaje preparó la mesa para desayunar.

Una vez que hubieron terminado de desayunar Nora confesó su preocupación a Camila:

—¿Dónde iré a buscar trabajo ahora? Esta noche ya no tengo donde ir a trabajar. Y hasta que no venga el jefe para darme los papeles no podré coger el paro —lágrimas asomaban a sus preciosos ojos negros.

—¿Pero el local no era ilegal? ¿Tú tienes contrato? —preguntó confusa Camila.

—No me preguntes como lo hizo, pero Marc nos hizo contrato, aunque nunca recibí una copia para leerlo. Pero eso no me importaba, lo que me importa es que tengo que mandar dinero a mi país para mis padres enfermos. ¿Cómo se pagarán ahora su tratamiento? —Nora enterró la cara en las manos preocupada.

Camila se levantó para abrazarla, para tranquilizarla. No quería que se ilusionara, pero tenía una idea para conseguirle trabajo rápido. Para animarla se la contó:

—Mira tengo un primo que me debe unos cuantos favores. Esta tarde a la hora de comer iré a su restaurante para hablar con él. ¿Te gustaría acompañarme? Así si te consigo trabajo serás la primera en enterarte.

—Podríamos ir todos. Así cuanta más gente mejor —propuso Nora sintiéndose algo más animada.

—Me parece bien, tú reúne a Tony y Johnny. Yo le diré a mi hermana —

accedió Camila.

Después la obligó a darse prisa para que le diera tiempo a llevarla a su casa, no quería llegar tarde a la tienda.

Aria se estiró y se desperezó, hacía tiempo que no dormía tan bien y tan relajada. Pensó en una sesión de sexo mañanero y estiró la mano buscando a su amante nocturno, pero solo tocó una hoja de papel.

Enfadada la cogió y leyó la nota con los ojos entrecerrados:

«Ha sido la mejor noche que he tenido en toda mi vida, he tenido que salir a solucionar algo. Me gustaría que cuando volviera estuvieras esperándome. Me encantaría volver a saborearte».

Ella se levantó y miró a su alrededor deleitándose con el lujo y la belleza de la habitación, por la noche no había tenido tiempo ya que Brendan la había mantenido ocupada.

Buscó el baño y se enamoró de aquella estancia, más concretamente de la enorme bañera con chorros de hidromasaje. Decidió darse un buen baño antes de marcharse.

Echó todo el sobre de gel en la bañera, mientras esta se llenaba de agua casi hirviendo, mandó un mensaje a sus amigas. Quería salir con ellas y su hermana antes de volver a Alemania. Daba la casualidad que Camila y ella siempre había compartido amistades.

Las citó a todas en el Ginos ya que la comida italiana solía ser su favorita, pensó que las nueve y media sería una buena hora.

Cuando recibió la respuesta se sumergió en la bañera suspirando de gusto. Activó el hidromasaje.

Una hora más tarde ya estaba lista para marcharse, incluso había encargado el desayuno más caro para que se lo sumaran al precio de la habitación.

Pensó en dejar una nota, pero luego decidió que Brendan no se merecía ninguna explicación.

Bajó a la recepción ignorando las miradas y una vez en la calle paró a un taxi para que la llevara a la tienda de su hermana.

Camila estaba entretenida envolviendo en papel de regalo unos pendientes, pero no se le pasó desapercibida la llegada de su hermana, ni la enorme sonrisa que adornaba su precioso rostro.

Una vez que la clienta se fuera, se acercó a Aria para darle un fuerte abrazo.

—¿Se puede saber dónde has pasado la noche? Me tenías preocupada —Camila demostró su preocupación por Aria.

—Tranquila, estoy bien. He pasado una gran noche. Una noche de lujo —contestó Aria dando por zanjado el asunto.

Caminó hasta una de las vitrinas para elegir nuevos conjuntos de bisutería,

dejó que Samanta le ayudara a elegir.

—Por cierto, chica esta noche cena de todas en el Ginos de siempre. El que tanto nos gustaba —avisó Aria.

—No sé si será buena idea hermana. Las cosas han cambiado mucho —murmuró Camila.

—Nada de excusas Cami, te conozco. Quiero una reunión con el grupo como en los viejos tiempos y no acepto no como respuesta —se enfadó Aria.

—Por cierto, iré a comer al restaurante del primo Carlos. ¿Queréis venir? —preguntó Camila.

Sami miró sorprendida a su amiga ya que pensaba que aún continuaba enfadada con ella.

—¿Yo también? —preguntó emocionada.

—Claro he hablado en plural. A no ser que te moleste que vengan Nora y compañía —contestó ella.

—No tengo nada en contra de ellos Cami. Iré con vosotros, me ha emocionado mucho que cuentas conmigo —aceptó Samanta.

Brendan empezaba a impacientarse y enfadarse, llevaba una hora de pie esperando en el portal donde vivía Selena. La había llamado varias veces y el teléfono estaba apagado.

Pensó que en ese momento podría estar cómodamente en la suite de la habitación con la insaciable Aria. Esperaba que hubiera decidido esperarle.

Un coche paró justo al lado de donde él esperaba y para evitar ser reconocido se dio la vuelta.

—Gracias chicos por traerme, he pasado una gran noche con vosotros —dijo Selena agradeciendo el haber podido contar con ellos en su momento de tristeza.

Después de cerrar la puerta se fue hasta su puerta contoneando las caderas.

Había visto a Brendan y ese contoneo era para provocarle. Cosa que logró. Iba a cerrar el portón cuando él se coló dentro y la agarró de su larga melena rubia para apoderarse de su boca.

—¿Ahora te montas orgías cuando yo no estoy? —preguntó molesto Brendan.

—No me vengas con reclamos. Te llame millones de veces. Sube a mi apartamento. Tenemos que hablar —ordenó Selena zafándose de su agarre para subir los escalones hasta el ascensor.

Una vez dentro del piso ella le sirvió una copa de ron, se desnudó delante de él disfrutando de su mirada de deseo. Lo dejó unos instantes solo para poder ponerse una bata.

Cuando estuvo de nuevo en la sala rellenó su copa y se sirvió una para ella.

Después de darle un largo sorbo a su bebida contó a su amante lo que había

sucedido en el club.

Brendan dio un puñetazo en la mesa de madera que tenía delante de él furioso. No le gustaba que se chafaran sus planes.

—Dime Selena que es mentira eso que me has contado —se sentía algo más que enfadado.

—No es mentira. Y yo he decidido marcharme de aquí, ya no hay club. Ya no tengo trabajo. Pero antes tú me pagarás un dinero para poder establecerme en algún lado. Si no me pagas esperaré a Marc para decirle quien es su verdadero enemigo —Selena amenazó sin atemorizarse por la mirada amenazante de Brendan.

—Eres una oportunista —se quejó él.

—Nunca te quise demostrar lo contrario, además disfrutaste de mi cuerpo. Me voy a bañar, cuando salga del baño quiero ver sobre mi mesa un cheque y a ti fuera de mi casa. Si no hablaré con tu hermano —Selena estaba tranquila, sabía que Brendan se dejaría chantajear.

Antes de dejarle solo, ella le hizo un pequeño regalo. Presumió de fuerza agarrándole y dándole un apasionado beso, luego le hizo un pequeño striptease. Quitándose las pocas prendas que le quedaban.

Brendan cuando se quedó solo decidió llamar al hotel para que le pasaran con Aria, pero le dijeron que la muchacha había abandonado la suite. Como ya no tenía por qué regresar al hotel decidió quedarse en el apartamento de Selena. Pero antes de colgar dio su número de tarjeta bancaria para pagar la habitación.

Sabía cómo convencerla de dejarle meterse en su cama. Se desnudó y dejó su traje sobre una silla para dirigirse al baño para ducharse con aquella mujer que no le era indiferente.

Pero antes cogió su chequera y extendió un cheque de cincuenta mil euros para su futura ex amante.

Esperaba que eso fuera suficiente. No le iba a dar más. Dejó el talón encima de la mesa olvidándose de él.

Camila y Samanta cerraron la tienda al mediodía, Nora, Johnny y Tony ya las esperaban para ir a comer.

Decidieron ir en el metro para poder ir todos juntos. Aria se sentía muy agusto con los nuevos amigos de su hermana.

Llegaron al local de Carlos y pidieron seis menús, el primo de Aria y Camila se acercó a saludar a sus primas.

—¡Cuánto tiempo chicas! ¿Cómo habéis estado? —preguntó él con una sonrisa falsa.

—Estamos bien Carlos. Pero cuéntanos de ti. ¿Qué tal todo? —respondió

Camila con una pregunta.

—Pues muy bien compré un local para hacer una discoteca. Solo me falta la contratación de personal —Carlos respondió orgulloso.

—No sabes cómo me alegra oír eso, porque venía a pedirte un gran favor. Mira te presento a mis amigos, Nora que es una excelente bailarina-gogo. Johnny que es un ex- celente camarero y chico para todo y Tony que es un exce- lente vigilante de seguridad. Además, ellos son los mejores bailarines del mundo. Están buscando trabajo urgentemente y yo quería pedirte ayuda. Tengo otra amiga que no está aquí hoy. También está buscando trabajo de camarera, ella trabajaba en un club —explicó Camila a bocajarro.

—Pues si a ellos les parece bien me los llevo ahora a mi despacho para hablar con ellos. Dile a tu amiga que venga mañana conmigo a esta dirección —pidió Carlos tendiéndole una tarjeta.

—Gracias primito. Yo iré con mi amiga para acompañarla —dijo Camila.

—Supongo que con esto estaremos en paz —murmuró él mirando a Aria.

—Supongo yo también —respondió Camila mirando a su hermana.

Carlos se alejó hacia su despacho con Nora y los demás. Camila esperaba que algo bueno saliera de esa reunión. Se concentró en el pan, tenía mucha hambre, Samanta se dio cuenta que algo había cambiado en ella, pero no pudo fijarse mucho porque Aria la distrajo charlando sobre su pasatiempo favorito.

Cuando Camila terminó de comerse todo su panecillo llamó a Barbie para darle la buena noticia. Tuvo que separar el móvil de la oreja por el grito de alegría que lanzó la rubia.

Cuando terminó de hablar llamó a Marc para hablar un rato con él, le apetecía escuchar su voz.

—¿Estás ocupado? —preguntó ella esperando no haber interrumpido ninguna reunión.

—No, hemos hecho un descanso. Esto es frustrante no consigo que estos hagan lo que yo quiero. Y esta situación se alarga —contestó Marc abatido.

—Solo llamaba para saludarte y contarte que les he conseguido un trabajo a Nora, Barbie, Johnny y Tony. Mi primo abrirá una discoteca, los contratará —contó ella con entusiasmo.

Estuvieron charlando un ratito más, hasta que él tuvo que volver a la reunión y a ella le trajeron su menú.

A lo lejos vio que sus amigos volvían a la mesa, tenían una gran sonrisa en el rostro y se alegró por ellos. Esperaba haber sido de ayuda para ellos.

Cuando llegaron a su lado la abrazaron fuertemente y como si se hubieran puesto de acuerdo hablaron los tres al mismo tiempo.

—Gracias por ser tan buena amiga y por ayudarnos tanto —casi ni se les

entendía hablando al mismo tiempo.

—No seáis idiotas me haréis llorar. ¿Cuándo empezáis a trabajar? —preguntó Camila.

—Justo en un mes, pero nos ha pedido ayuda para organizar las cosas en la discoteca. Hemos dicho que sí, porque nos pagará. —respondió Nora feliz. Después se pusieron a comer antes de que se les enfriara la comida, cuando terminaron se despidieron con un beso, pero Tony le hizo una petición a su amiga. Sentía como si tuviera que protegerla.

—Nos veremos mañana Cami, pero te pido que si nos necesitas a Johnny o a mí nos llames.

—Lo haré —aseguró ella abrazándole.

Samanta, Aria y Camila se dirigieron hasta la boca de metro más cercana.

—Cami, no vayamos al apartamento. Quiero ir al centro comercial —Aria miró hacia su hermana.

—Quiero dormir, estoy muy cansada Ari —protestó bostezando intencionalmente.

—¿Y si voy yo a sustituirte? Así tú dormirás el resto de la tarde —propuso intentando convencer a Camila. —Venga vale, pero solo por no oírte. ¿A qué centro comercial quieres ir? —Camila se rindió.

—Al Alcalá norte.

Aria se empeñó en regalarle a su hermana un precioso vestido muy diferente a lo que ella solía utilizar. Para ella se compró un atuendo atrevido y muy corto para su salida de esa noche.

Cuando Aria dio por terminadas las compras ordenó a Camila que se fuera al apartamento para descansar, irían en taxi hasta la tienda. Como estaba agotada accedió, le dio las llaves por si se le olvidaba después. Una vez que llegaron a su destino, cada una tomo un camino distinto. Aria a la tienda y Camila a su hogar.

Cuando llegó al apartamento de Marc volvió a comer, después decidió mimarse un poco poniéndose una mascarilla de algas y dándose una larga ducha.

Después sintiéndose fresca y revitalizada se puso un camisón, puso su móvil en la mesa de noche para acostarse a dormir unas largas horas.

Aria llegó al local de su hermana y Samanta aún no había llegado, entonces cogió las llaves y abrió ella misma.

Mientras esperaba la llegada de clientes barrió y limpió el polvo. Sami se sorprendió cuando entró y no vio a Camila.

—¿Y Cami? —preguntó curiosa.

—Se encontraba mal y la mandé a acostar —contestó Aria sin mirarla, estaba

entretenida limpiando la vitrina con limpiacristales.

—Espero que nada grave —dijo Samanta preocupada.

—Solo es cansancio, ha forzado mucho su cuerpo últimamente —respondió sin mirarla.

—¿Te ha contado algo de su vida? —preguntó ahora Sami.

—Me lo ha contado todo —contestó ella enfrentándose a la mirada preocupada de su también amiga.

—Me preocupa Ari, no quiero que vuelva a equivocarse, no conoce de nada a ese tal Marc. No quiero que sufra —murmuró sin mirar a Aria.

—Te aseguré que a mí también me preocupa. Pero no podemos hacer nada. No es una niña, ella tomará sus decisiones. Y si se equivoca tiene a mucha gente a su lado para apoyarla y ayudarla. Incluida yo. Dejaría todo por ella —Aria estaba muy segura de lo que decía.

No pudieron seguir hablando porque empezó a llegar gente al local.

Cuando cerraron unas horas más tarde Aria le recordó a Samanta la cita en el Ginos. Caminó hasta la parada de taxis, podría haber ido en el metro, pero no le apetecía. Camila se despertó malhumorada con el sonido del teléfono, su hermana estaba llegando y quería que le abriera la puerta.

Se levantó deseando seguir durmiendo, se puso una larga bata, se recogió el pelo en una coleta y descalza bajó a la recepción para esperar a Aria.

El portero se sorprendió al verla, pero no le dijo nada, su hermana entró al edificio y se reunió con ella.

Juntas montaron en el ascensor que empezó a subir cuando Camila introdujo la llave que las llevaría a casa de Marc.

Mientras Aria se duchaba Camila volvió a tirarse en la cama. Le empezaba a molestar sentirse tan profundamente cansada. Solo le apetecía dormir.

—¡Venga perezosa! ¡Acambiarnos! —exclamó Aria sobresaltando a Camila. Ella se levantó bostezando exageradamente y su hermana se vio obligada a ayudarla a maquillarse y vestirse.

Cuando entraron juntas del brazo en el restaurante ya todas estaban esperando. Y se sorprendieron al ver a Camila. Ya no venía vestida como de costumbre, no calzaba tacones altos y su vestido era muy distinto a lo que solía usar.

Se saludaron y empezaron a ponerse al día con Aria. Hacía mucho tiempo que no estaban todas juntas.

Una vez terminada la cena planearon salir de copas a alguna discoteca. Aria estaba desatada, quería aprovechar la noche ya que al día siguiente se marchaba. Pero Camila solo pensaba en una excusa para marcharse a la comodidad de su nueva cama.

Una vez que su hermana fue al baño y las demás se distrajerón ella salió fuera

para poder dirigirse a la parada de taxis. Iba absorta mandándole un mensaje a Aria para que le perdonara por marcharse.

«Hermanita perdóname por irme, pero estoy embarazada no puedo ir de fiesta, además está el hecho de que estoy muy cansada. Cuando quieras regresar llámame. Te quiero. Pásalo bien y disfruta».

Guardó el móvil en el bolso y se dio cuenta de que alguien le impedía el paso, levantó la cabeza y vio a Lucas.

—¿Se puede saber qué haces aquí Lucas? —preguntó sin poder evitar sentirse asustada.

—Me dijo Susana que teníais reunión de amigas. Esperaba que salieras sola en algún momento, esperaba que no estuvieras con esos estúpidos guardaespaldas que no se separan de ti —contestó él mirándola serio. Deseaba abrazarla, besarla y convencerla de que debía volver al hogar matrimonial.

—Lucas por favor no seas cansino. De verdad. Acepta que esto se acabó. No vamos a volver. Ahora déjame ir —Camila intentó alejarse de su marido, pero él no estaba dispuesto a dejarla ir.

La agarró del brazo y le golpeó en la cara tan fuerte que sintió el sabor de la sangre en su lengua. Supo que le quedaría marca.

Como Lucas no se lo esperaba le dio una patada en sus testículos y salió corriendo calle abajo hasta llegar a la parada de taxis.

Se montó en uno e indicó la dirección a la que quería ir. En lo que duró el camino intentó por todos los medios no llorar. No entraba en sus planes derrumbarse en el coche de un desconocido.

Pero una vez en la soledad de su habitación se acercó al tocador para afirmar lo que había pensado instantes antes. Una fea marca morada empezaba a dibujarse en su mejilla derecha. Y en su brazo la marca de los dedos de Lucas. Se hizo un par de fotos y las mandó a Oscar para que viera de lo que era capaz su hermano. Debajo de las imágenes un mensaje:

«Mira a lo que ha llegado Lucas, esta descontrolado, por favor intenta aconsejarle y alejarle de mí. Que acepte que me perdió, que se acabó. Si vuelve a hacer algo parecido me veré en la necesidad de denunciarle. Y no quiero hacerle daño, solo quiero que me deje en paz».

Y entonces se permitió llorar como hacia tanto tiempo no lloraba. Le hubiese gustado tener los brazos de Marc para consolarla. El aviso de un mensaje entrante la distrajo un momento. Era Oscar.

«Ahora mismo voy a buscar a ese idiota. Tranquila. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?»

Camila con dedos temblorosos le contestó: «Solo quítalo de mi camino. Solo quiero verle cuando le lleve la demanda de divorcio».

Puso a cargar el móvil dejándolo sobre la mesa de noche, se desnudó, se puso su camión y se acostó a dormir.

Oscar enfadado llamó a su hermano para preguntarle donde estaba, una vez que obtuvo la dirección se dirigió hasta allá.

Una vez que hubo llegado al pub lo buscó impaciente, cuando lo encontró se acercó a él a grandes zancadas. Agarrándolo del brazo lo arrastró a un lugar solitario y oscuro. Le agarró del cuello y le hizo una clara advertencia:

—Aléjate de Camila. No le hagas más daño. Si no el que te denunciará soy yo. Acepta que la perdiste por idiota, por no saber quererla —Oscar no podía evitar sentirse muy enfadado.

—Te demostraré que ella tampoco es tan santa como dice ser. Abriré el maldito sobre para saber en que anda enredada —dijo Lucas arrastrando las palabras.

—¿Pagaste a un investigador para vigilarla? Das asco y pena hermanito. Me avergüenzo de ser tu hermano —Oscar lo soltó sintiendo que le quemaba tocarle, le miró un momento y no reconoció a su propio hermano. Ya no era aquel muchacho de antes.

A paso rápido se alejó de aquel antro de mala muerte, dejó que Lucas se perdiera en alcohol y mujeres.

Capítulo 14

aria y Brendan

Aria salió de los baños y miró a su alrededor cuando no vio a su hermana se preocupó, cogió el móvil de su bolso para llamarla y se dio cuenta que tenía un mensaje de ella. Arrugó la nariz en ese gesto tan particular suyo y procedió a contestar:

«Quería pasar mi última noche contigo y nuestras amigas, pero entiendo tu postura. Ahora me siento rastrera y egoísta. ¿Me perdonas? ¿Necesitas compañía?»

Camila estaba casi quedándose dormida cuando su teléfono vibró avisando de un mensaje entrante, después de leerlo sonrió y contestó:

«No seas boba, sal con ellas disfruta y diviértete. Te quiero. Avisa cuando tu juerga termine».

Aria sonrió y contestó con un simple gracias. Se acercó a sus amigas y se sentó con ellas. Sami la miró y preguntó por Camila.

—¿Camila sigue en el baño? Hace rato que no la veo —Samanta estaba muy preocupada por Camila.

—Se fue hace rato no se encontraba bien —contestó Aria a la pregunta de Sami, después llamó la atención de las chicas con una pregunta—. Chicas me voy mañana ¿qué os parece si vamos a tomar unas copichuelas? Una manera perfecta de despedirnos —propuso Aria sonriendo.

Ellas se animaron y decidieron llamar a un taxi para acudir a otra conocida discoteca. Nada más llegar y después de beber unos cuantos tequilas todas corrieron a la pista de baile, menos la hermana mayor de Camila, Aria se quedó apoyada en la barra, no le gustaba bailar y consideraba que tampoco se le daba bien.

Brendan estaba enfadado y frustrado, no podía creérselo, pero echaba de menos el club. Y las cosas en la empresa estaban muy tranquilas. Y además Marc no estaba para poder fastidiarlo.

Había ido al apartamento de Selena, pero la rubia ya se había marchado, así que aburrido decidió ir a la discoteca de un amigo suyo.

Por lo menos se distraería y buscaría a alguien con quien pasar la noche. Nada más entrar en el local escaneó el lugar con su eléctrica mirada azul.

Como si ella lo estuviera llamando la vio, sintió el hilo invisible que los conectaba. Como si tirara de él se acercó. La miró aprovechando que aún no había descubierto su presencia. El deseo salvaje brotaba de cada poro de su piel.

Aria sintió que se quemaba, algo la estaba llamando, entonces alzó la mirada de su copa y lo vio. Se atragantó con el tequila que tenía en la boca y tosió disimuladamente, Brendan estaba a un escaso metro de ella. De su cuerpo. Y deseaba que la besara y la tocara.

Brendan deseaba tirar de los lazos que colgaban en las caderas de su vestido. Deseaba tener ese cuerpo para él solo toda la noche. Y decidió dejar de pensar y acortó los escasos metros que los separaban. La arrinconó contra la barra y la sintió temblar.

Aria se sorprendió de la reacción de él, tampoco se esperaba la reacción de su propio cuerpo. Tembló anticipándose, deseando desesperadamente el contacto físico.

Nunca antes había reaccionado así de esa manera con un hombre. Pero ese en especial parecía fundir sus neuronas, dejaba de pensar. De ser una persona racional pasaba a convertirse en un animal sediento.

Sin darse cuenta entreabrió los labios y Brendan supo que había obtenido una pequeña victoria. Pero quería tener su propia guerra con ella. El campo de batalla sería la cama.

Pegó su cuerpo todo lo que podía al de ella, entonces sopló en su oreja, incitándola, excitándola aún más.

—¿Por qué no me esperaste esta mañana? —preguntó él.

—Tenía cosas que hacer. Tengo una vida que no gira en torno a ti —contestó ella demostrando su autonomía e independencia.

—¿Me regalas esta noche? —volvió a preguntar Brendan. Pero no la dejó contestar, se apoderó de su boca antes.

Aria sintió una cruda necesidad, unas ganas locas de entregarse a ese desconocido. Le entregaría esa noche porque era la última que le quedaba en aquella ciudad.

Brendan sintió su entrega y su miembro se irguió orgulloso como un soldado ganador de una cruenta batalla.

—¿Vamos al hotel? —preguntó él casi sin separar su boca de la de ella.

Aria quería hacer locuras, soltarse la melena. Necesitaba hacer cosas que nunca se atrevería a hacer. Por eso antes de que su voz racional apareciese le arrastró con ella para llevarle hasta los baños.

Jamás había hecho esas cosas en público, pero ahora le apetecía hacer travesuras con él, pero solo porque era él. Una vez dentro del pequeño aseo Aria cogió una moneda de su monedero y sacó una cajetilla de cuatro preservativos. Locuras sí, pero con responsabilidad.

Brendan sonrió feliz y la arrinconó contra los azulejos adueñándose de su boca de nuevo. Entre besos y ganas de arrancarse la ropa entraron en el diminuto cubículo.

El vestido de Aria se subió cuando enredó las piernas en la cintura de él, con dificultad Brendan colocó la barrera protectora para poder penetrarla.

El lugar se llenó de gemidos, de las ganas de dominarse uno al otro. Se bebieron el grito del final al unir sus bocas en un beso ansioso y desesperado.

—¿Ahora sí? ¿Vamos al hotel? Quiero tenerte en mi cama. Quiero verte desnuda —pidió sonando tan anhelante como se sentía.

—Vamos —contestó ella bajándose el vestido y saliendo del baño.

Aria se dirigió a la pista de baile para despedirse de sus amigas, Brendan la seguía a una distancia prudencial. Pensó que sería lo mejor.

Una vez fuera se dieron la mano y caminaron en silencio hasta el Audi de él. Siguieron en silencio, ni siquiera hablaron cuando entraron en la suite.

Brendan se alejó para admirarla vestida con aquel sugerente vestido, luego se acercó y tiró por los lazos para comprobar que caía al suelo enseñándole su ropa interior.

Aria salió de la trampa de la tela de su traje para acercarse a él y desabotonarle la camisa, la tiró junto a su montón de ropa. Después le regaló caricias y besos

húmedos.

Hicieron de aquel cuarto y de aquella noche su paraíso particular. Cayeron rendidos y agotados una hora antes de la alborada.

Unas horas más tarde los rayos del sol despertaron a Aria, de nuevo estaba sola, pero no se preocupó en maldecir a Brendan. Miró la hora y soltó una maldición. Era tardísimo. Su avión salía en dos horas.

Antes de entrar a bañarse llamó a su hermana. Camila no tardó en cogerle el teléfono, «gracias a dios», pensó.

—Cami necesito un enorme favor. Ahora te mando por mensaje mi ubicación. Tráeme mis cosas y llévame al aeropuerto. Además, saca un pantalón vaquero de mi maleta, una camiseta y mis deportivas. Me dormí y ya debía estar en el aeropuerto —Aria estaba preocupada no quería perder su vuelo, tenía que volver al trabajo.

—Tranquila Ari intentaré estar rápido. Tienes suerte que ya me vestí y desayuné —dijo Camila colgando.

Guardó las cosas de Aria que estaban fuera de su maleta, incluidas sus cosas de aseo. Después decidió regalarle algunos de sus conjuntos de ropa nuevos.

Total, ella pronto no podría usarlos.

Eligió un vaquero azul eléctrico, una camiseta blanca con una chaqueta y unos elegantes zapatos.

Después se apresuró en bajar, antes de ponerse en marcha le mandó un mensaje a Samanta para explicarle que se retrasaría por llevar a su hermana al aeropuerto.

Puso en el GPS la dirección que le había mandado su hermana y salió para allá a toda velocidad.

Aria se dio una ducha en tiempo record, buscó en su bolso una goma del pelo y se hizo una desordenada coleta. Guardó la nota de Brendan que no tenía tiempo de leer y se apuró en abandonar aquella habitación donde tanto había disfrutado.

Bajó para esperar a Camila, afortunadamente cinco minutos después llegaba, cogió la ropa que le entregaba sin protestar y buscó un baño para poder cambiarse. Tiró el vestido en la papelera, no quería llevárselo, no necesitaba un recuerdo constante de su aventura.

Una vez en el coche besó la mejilla de su hermana agradeciendo el favor.

—Gracias Cami por este favor. Pero esta ropa no es mía —expuso Aria fijándose por primera vez en el conjunto con el cual vestía.

—Es un regalo. Todas tus cosas están en la maleta —informó Camila apretando su mano un instante.

En media hora estaban ya despidiéndose en la terminal, se abrazaron

fuertemente sin palabras y Aria corrió para dirigirse hasta los controles de seguridad.

Su hermana no se había dado cuenta del golpe que tenía en la cara, esperaba que fuera por el maquillaje que se había esmerado en poner sobre su rostro. No le hubiese gustado tener que dar explicaciones y a Aria no le hubiese gustado saber que había pasado.

Sintiéndose muy sola se dirigió de nuevo a su coche, tenía que trabajar y esperaba que ese día hubiera mucho trabajo para poder distraerse.

Brendan regresó al hotel con un enorme ramo de flores, no sabía porque, pero tenía la necesidad de agasajar a Aria.

Pero cuando entró en la suite solo encontró ausencia y por primera vez su corazón se estrujó por una mujer. Y por ser la primera vez no supo cómo definir lo que sentía.

Aria subió al avión, tenía la necesidad de no irse, de quedarse. Tan diferente la sensación de cinco años atrás, cuando había decidido que debía marcharse.

La primera razón para sentirse así era su hermana, la había sentido triste y apagada cuando se despidieron. Y la segunda razón no le gustaba. Cinco años atrás había jurado no volver a querer a nadie. Y sabía que el sentimiento que empezaba a desarrollar por Brendan era muy parecido al amor.

Suspiró mientras se ponía el cinturón y esperaba que el avión despegara.

Camila agradecía inmensamente que el día hubiese pasado rápido, solo quería dormir. Se sentía cansada y deprimida.

Samanta la miró preocupada y se atrevió a acercarse, le acarició la espalda y con ternura le preguntó:

—¿Qué te pasa? Y no me digas que nada. Te conozco —a Sami no le gustaba sentirse tan lejos de su amiga.

Ella la miró e intentó sonreír, pero solo le salió una ex- traña sonrisa que Samanta no supo cómo definir:

—Estoy cansada y triste porque Aria se fue. También deprimida. Dejé el trabajo del club y eso me hace sentir ex- traña —Camila explicó cómo se sentía con pocas palabras.

Sami le dio un breve abrazo y después le dio un consejo, tal y como hacia siempre:

—Tienes que tomar las cosas con calma y dejar el tiempo correr. Será lo mejor.

—Creo que esta vez estás equivocada. Lo que necesito es tomar decisiones, actuar acorde a ellas y hacer lo que siento —murmuró Camila más para sí misma que para su amiga.

—Bueno eso también, ya has tomado dos decisiones importantes. La primera

divorciarte, la segunda dejar el club. Esa vida no era para ti, esa no eras tú — Sami le dijo eso sin mirarla ya que estaba barriendo para cerrar la tienda. —Tienes que aceptar que cambié, ya no soy la misma. Y nunca volveré a ser la de antes —advirtió ella dirigiéndose a su bolso que estaba en el perchero ya que su móvil estaba sonando.

Contestó la llamada sin mirar el número, se llevó una gran alegría cuando la secretaria del abogado se identificó.

La citó en una hora para darle la demanda de divorcio, ella encantada dijo que acudiría. Pero no le apetecía ir sola y no quería molestar a Tony. O a Johnny, o a Nora, ya que estarían en la discoteca poniéndose al día.

Miró a Samanta y con doble intención le hizo una pregunta:

—¿Tienes algo que hacer ahora cuando cerremos?

—No hoy no, ¿por qué? —preguntó sintiéndose confusa.

—¿Comemos juntas? Aunque primero me tienes que acompañar a un sitio —pidió Camila.

Sami corrió a abrazarla luego le preguntó con una gran sonrisa:

—¿Ya me has perdonado?

Camila iba a contestar cuando la puerta se abrió y la campanilla sonó anunciando la entrada de algún cliente despistado con la hora. Se dieron la vuelta para advertirle a quien había entrado que estaban a punto de cerrar. Camila no se lo podía creer, tenía delante al mismísimo Brendan, ¿cómo habría sabido donde buscarla? Entonces decidió preguntar, pero él se le adelantó y habló primero:

—Tengo mis medios para saber lo que quiero, no te sorprendas tanto de verme. Ahora contéstame ¿dónde está tu hermana?

—Te contesto solo para tenerte lejos cuanto antes. Mi hermana volvió a su casa hoy. Regresó a Alemania —contestó Camila mientras se dirigía a la puerta para abrirla, esperaba que entendiera su señal de que quería que se marchara.

—Me dirás su dirección —ordenó secamente Brendan.

—Pero tú de qué coño vas. No te pienso dar la dirección de mi hermana, ahora largo de aquí —protestó ella señalando la calle para que se marchara.

Brendan sabía cuándo debía marcharse y no quiso seguir insistiendo, pero se sentía muy desesperado y aún no sabía por qué.

—¿Y ese quién es? —preguntó Sami sorprendida.

—Es Brendan el hermano de Marc —contestó Camila poniéndose la chaqueta y colgándose el bolso.

—¿No sería chistoso que dos hermanas acabaran liadas con dos hermanos? —preguntó Samanta riéndose.

Camila miró de tal manera a su amiga que esta levantó las manos en son de paz

y le dijo que solo bromeaba.

Bajaron el cierre y se fueron en busca del coche que estaba aparcado dos calles más arriba.

Cuando llegaron donde ella tenía que ir aparcó en el primer hueco que encontró y se dirigió aprisa al edificio donde la estarían esperando.

Sami la seguía en silencio, aunque se moría de ganas de preguntarle donde iban.

Una vez arriba se sentaron en la sala de espera, pero Camila prefirió entrar sola. Sabía que su amiga sabía guardar secretos, pero ya no confiaba en ella como antes.

Se dirigió al despacho apresuradamente, tocó a la puerta y entró. El abogado la miró por encima de sus gafas.

—Señora aquí tiene la demanda de divorcio de mutuo acuerdo. Apenas consiga que su marido la firme tráiga- la que la llevare al juzgado para que tramiten el divorcio —informó con rapidez el hombre.

—Gracias le prometo que la traeré firmada lo antes posible —afirmó ella, pero sin sentirse del todo segura.

Salió de allí apretando la carpeta contra su pecho, buscó a Sami y bajaron a la calle para buscar un restaurante donde comer.

Encontraron uno justo al lado de donde se encontraban y hasta allí se dirigieron. Entraron y pidieron mesa, el local no estaba muy lleno.

Una vez cómodamente sentadas Camila buscó su móvil y llamó a Óscar.

—Oscar necesito quedar contigo y con Lucas. Si es esta tarde mejor.

—Pues me gustaría mucho cumplirte el capricho. Pero me parece que no va a poder ser, Lucas ha desaparecido y no sabemos dónde está —Oscar sonaba preocupado.

—Pues es una putada, intentaré llamarlo. Tengo la demanda de divorcio de mutuo acuerdo y quiero que la firme. Quiero estar divorciada lo antes posible. Y si es de mutuo acuerdo será rápido —explicó ella.

Después se despidieron y Camila colgó la llamada. Miró la carta para saber que podía pedir de comer, pero se le había quitado el hambre. Aunque debía obligarse a alimentarse.

Encargaron la comida y charlaron un rato de cosas sin importancia para entretenerse mientras les traían lo que habían pedido.

Lucas estaba en algún rincón de la ciudad, en una habitación cualquiera de pensión. Se había llevado a una mujer a pasar la noche con él. Pero eso no lo hacía feliz porque su mujer no estaba esperándole.

Suspiró sintiendo que volvía a enfadarse. Cada vez que se enfurecía, sentía deseos de hacer daño. Miró su teléfono móvil buscando alguna llamada

perdida de Camila, pero solo tenía llamadas de su hermano.

Pensaba desaparecer unos días para ver si su esposa se preocupaba por él, si lo hacía tal vez tenía una oportunidad de recuperarla.

Pero mientras esperaba pensaba divertirse de lo lindo con la mujer que aún dormía profundamente. Pensó en atarla, en tenerla indefensa a su merced. Se fumó un cigarrillo, saboreándolo y disfrutando. En vez de apagarlo en el cenicero, lo hizo sobre la piel blanca de la espalda de aquella chica. Ella lanzó un gemido de dolor y se despertó. Sonrió y se acercó haciendo que el colchón se hundiera bajo su peso.

Le dio la vuelta sin dificultad y sin preocuparse de si le hacía daño le abrió las piernas para perderse de nuevo en su interior, ella se quejó, pero él la hizo callar con un beso brusco.

Mientras le embestía con dureza tiraba de su rubio pelo y le pellizcaba para hacerle daño. Sintió la excitación que eso le producía, sabía que algo estaba mal dentro de él, pero no podía evitarlo. Le golpeó con fuerza en la mejilla, sintiendo su excitación crecer.

Con Camila jamás se atrevió a pellizcarle ni a tratarla mal. Ella era su diosa, su lugar sagrado. Por eso siempre tenía otras mujeres. A otras podía hacerles lo que no quería hacerle a su esposa.

Con un grito se vació en su interior sintiendo como el salvaje que tenía dentro despertaba, sintiendo como perdía el control.

La chica asustada aprovechó el momento en el que él cansado se echaba una pequeña siesta, no se dio ni un triste baño, le robó dinero de la cartera para coger un taxi. También le robó el DNI para poderle denunciar.

«Este tío está muy loco, necesita un psicólogo» pensó ella cerrando con un portazo.

Corrió escaleras abajo porque sintió el grito que lanzó él, no iba a permitir que le alcanzara. Bastantes golpes, tenía ya.

Lucas despertó por el ruido de la puerta y gritó furioso, pensó en perseguirla, pero luego recordó que estaba desnudo y no se movió. Buscaría otra, siempre encontraba alguna dispuesta a dejarse seducir por su falso encanto.

Esa noche mientras Camila y Samanta cerraban la tienda, Susana esperaba a su vieja amiga. Había tomado la determinación de hablar con ella antes de marcharse. Tenía muchas cosas que confesarle.

Creía que era su obligación contarle lo que sabía y lo que ella desconocía.

Le propuso cenar juntas y cuando su prima quiso acompañarlas ambas se negaron pidiéndole disculpas.

Sami se marchó preocupada, no se fiaba mucho de dejarlas solas, pero sabía que Susana había tomado una decisión y debía respetarla.

Camila y Susana se dirigieron a un restaurante francés cercano que a ambas les gustaba mucho, pidieron una ensalada Nicoise, una Vichyssoise, merluza a la beurre blanc. De postre helado de moka.

Mientras esperaban la comida Susana empezó a confesarle a su vieja amiga lo que quería decirle.

—Cami, quiero pedirte perdón, no sabes cómo me arrepiento de todo lo que ha pasado. Ahora analizando todo no sé ni cómo me dejé influenciar por Lucas. Solo quería decirte que él no es el hombre perfecto que crees que es...

—Creo que eso lo estoy descubriendo ahora —interrumpió Camila enseñándole las marcas que tenía en el brazo.

Los ojos de Susana se humedecieron recordando y un ligero temblor se instaló en su pecho y en sus manos.

Les trajeron la ensalada que comieron con verdadero apetito, sabían que si seguían hablando no comerían, así que por acuerdo silencioso decidieron comer primero y luego hablar.

Se sorprendieron de lo relajadas que estaban, no se sentían tensas para nada. Incluso bromearon y se pincharon como si nada hubiese pasado.

Saborearon el helado e incluso quisieron alargar el momento un poco más. Estaban disfrutando verdaderamente de la velada.

Pero el teléfono de Camila interrumpió, ella miró quien llamaba y vio que era Aria. Se disculpó con Susana para contestar la llamada.

Cuando colgaron ambas hermanas se sentían tristes, pero tenían que continuar adelante. Se prometieron visitarse pronto.

Luego llamó Marc y Camila salió fuera para poder hablar sin que Susana escuchara. Por muy buen ambiente que había entre ellas no quería que escuchara su conversación.

Cuando colgó la llamada suspiró, era hora de volver dentro del restaurante y terminar con ese diálogo.

Capítulo 15^a

Confesiones que se atragantan

Susana estaba pendiente de su amiga, no dejaba de mirar por la cristalera deseando que volviera para acabar con el incómodo momento que les quedaba por delante.

Lucas decidió que ese era un buen momento para llamar a su amante, pero Susana ya no quería saber nada más de él por eso le colgó la llamada.

Camila volvió dentro y se sentó, de repente le apetecía un enorme batido de chocolate.

—Susi ¿quieres un batido de chocolate? Yo voy a pedir uno para mí.

—No suena mal pide dos —aceptó Susana.

Una vez que tuvieron sus batidos delante estuvieron un rato en silencio.

Mirándose y recordando tantas cosas que en el pasado las habían unido. Hasta que el recuerdo de la persona que les había separado se coló en su mente.

Lucas.

Susana sabía que debía empezar a hablar pronto porque Camila nunca se había caracterizado por ser muy paciente.

Dio un largo sorbo a su batido antes de perder las ganas de bebérselo, porque Lucas había conseguido ese efecto en ella, perdía hasta las ganas de vivir solo de pensar en él.

Entonces con voz apagada empezó a explicarle a Cami- la lo que quería contarle:

—Lucas no es el hombre que aparenta ser contigo. Creo que tiene un problema muy serio con el alcohol, las drogas y el sexo. No es capaz de serle fiel a nadie. Luego está el hecho de que a veces disfruta mucho con la violencia.

Cuando... ya sabes...le gusta pegar, o morder, cualquier cosa para hacer daño. No sabes cómo le excita la sangre, los gemidos de dolor. A la única que nunca quiso hacérselo fue a ti. Te trataba como su princesa, como su musa. Por eso cuando sus adicciones empezaron a aumentar se alejó de ti para evitar hacerte daño. Quiero que te quede claro que no lo estoy exculpando. Pero has tenido mucha suerte y tendrás mucha suerte si él te deja ir así sin más. Ahora que tomé la decisión de dejarle yo también no hace más que perseguirme. Él no es bueno para mí, no es bueno para ti, no es bueno para nadie. Es una persona toxica.

Camila no sabía cómo asimilar todo lo que Susana le estaba contando, sentía que había estado casada con un completo desconocido.

Un extraño que era capaz de hacer cosas malas, ella también había vivido un poco de ese maltrato que su marido era capaz de ejercer.

Nunca había concebido a Lucas como un hombre oscuro pero lo cierto es que él se había dedicado a maquillar su oscuridad para ella. Para parecer otra persona. Para enamorarla y tenerla siempre como una esclava.

Susana le cogió la mano mirándola con un sentimiento que no supo definir, no sabía si era lástima. Pena, tristeza o una mezcla de las tres.

Pensaba que las confesiones de la pelirroja se habían terminado, por eso se sorprendió cuando su voz la trajo de vuelta al mundo real:

—He decidido que me marchó, voy a empezar una nueva vida lejos de todo

esto. Pero no me voy sola Cami. Quiero que tú lo sepas, pero prométeme que no se lo dirás a nadie. Y prométeme que me vendrás a visitar alguna vez.

—Bueno lo segundo no sé si prometértelo, pero lo primero si puedo hacerlo. Sé guardar un secreto —Camila no sabía si estaría dispuesta a ir a verla alguna vez.

—Estoy embarazada de Lucas. Tengo tres meses de embarazo. En parte me voy para alejar al bebe de Lucas. Él no es bueno. Y no quiero que se entere nunca que será padre me lo prometes ¿Verdad?

Camila sintió que las confesiones se le atragantaban. No sabía que contestar, no sabía que decir. Lo que si sabía es que entendía a Susana. Ella había conocido su lado oscuro, su lado malo y no quería a un ser inocente al lado de alguien que podía hacerle daño.

—Aunque no lo creas te entiendo y no le diré a nadie de tu embarazo. Te lo prometo. Y mucho menos le diré a él —Camila se lo prometió cuando encontró la voz para hablar.

—Creo que no me entiendes Cami. No sabes lo que se siente cuando tienes a un ser indefenso que depende de ti. Yo cuando me enteré, cuando lo supe, tuve miedo. Y juré que mi vida sería la mejor para cuando él o ella nacieran. Pero he necesitado tres meses para encontrar valor para alejarme de él.

Camila sintió la necesidad de confesarse con su vieja amiga, sabía que ella la entendería. La miró sin sonreír y le contó cómo se sentía:

—Te puedo jurar que si te entiendo. Sé lo que es todo lo que me estás contando. Yo también estoy embarazada. De un mes. Pero no sé quién puede ser el padre. Ahí otra persona en mi vida.

Y con Lucas solo estuve una vez. Estoy en esta situación porque olvidé tomar las pastillas durante más de quince días.

—Pero ¿cómo te olvidaste tantos días de la pastilla? —preguntó asombrada Susana.

—Sinceramente no lo sé, pero creo que fue por culpa de la situación, que me tenía agobiada y descentrada. No tenía claro que hacer con mi matrimonio y llegó él a poner todo mi mundo patas arriba —contestó Camila.

—Bueno lo importante es que ahora estás tomando buenas decisiones. La mejor alejarte de Lucas. Y bueno si solo fue una vez con él y muchas con el otro supongo que hay muchas posibilidades de que Lucas no sea el padre.

—Ojalá, todos los días rezo para que eso sea así. De todas maneras, aunque Lucas termine resultando el padre de mi hijo no lo quiero en nuestras vidas. Se quedaron charlando un rato más sintiéndose cercanas, pero a la vez muy lejanas. Cuando los del restaurante les dijeron que querían cerrar se levantaron y fueron a buscar el coche.

Camila dejó en su casa a Susana y después se fue al apartamento de Marc. Lo primero que hizo cuando llegó fue lavarse los dientes, desnudarse y acostarse a dormir después de poner la alarma.

Lucas decidió que no soportaba estar encerrado en esa sucia pensión. Decidió que iría a tomar algo y luego buscaría a Susana para pasar el rato. Ella nunca le había dicho que no a nada. Pero una voz en su cabeza le dijo:

—Hasta ahora.

Pero fue poner un pie en el bar en el que había estado la noche anterior cuando tres policías le interceptaron preguntando su nombre, al afirmar que era él, le arrinconaron y le pusieron las esposas.

Le leyeron sus derechos y le dijeron el motivo por el cual lo llevaban detenido. Lucas solo pudo pensar: «Maldita puta».

En la comisaría le dijeron que tenía derecho a una llamada, le sugirieron que llamara a su abogado. Pero él no tenía ninguno, ni siquiera tenía dinero.

Entonces le dijeron que le asignarían uno de oficio.

Aprovechó la llamada para llamar a Oscar, pensó en su mujer primero, pero no quiso involucrarla en su problema. Además, estaba la posibilidad de que se desentendiera de él.

Su hermano le prometió que iría lo antes posible a la comisaría para intentar ayudarle. Mientras esperaba sentado en un duro banco de madera con las manos esposadas se maldijo y se preguntó en que momento de su vida había perdido el control de esta.

Las manos le empezaron a sudar, sabía lo que su cuerpo le estaba pidiendo, siempre se lo pedía cuando se ponía nervioso.

Pensó en lo bien que estaría trabajando de economista y ganando ese buen sueldo, se acordó de su ex jefe y lo maldijo. Odió aún más a Marc O'Brien. Cuando Oscar llegó, Lucas tuvo que aguantar el sermón de su hermano. En el fondo sabía que tenía razón. Le observó mientras observaba como él iba a hablar con el encargado de su caso. Cuando regresó a su lado supo que no le iban a gustar las noticias.

—Si no hay dinero para tu fianza tendrás que quedarte aquí hasta que salga el juicio. Pero como no quiero que nuestra madre enferma sufra cuando se entere pagaré la fianza. Pero con condiciones. La primera que vayas a un sicólogo y la segunda que te vayas a vivir conmigo. La tercera que me dejes guiarte y la cuarta que le firmes el divorcio a Camila —Oscar explicó a Lucas sus condiciones.

—¿No te parece que son muchas condiciones? ¿Y si no acepto? —Lucas no abandonaba su chulería y sus aires de superioridad.

—Pues te quedarás en un calabozo hasta que salga el juicio. Y como está la

justicia pueden ser años, o meses. Porque días no creo —contestó Oscar sabiendo cómo poner a su hermano entre la espada y la pared.

Y Lucas se sintió acorralado, sabía que había tocado fondo y pensar en su madre enferma no ayudaba. Intuía que él era una decepción para ella. Se había convertido en un mujeriego infiel, drogadicto, alcohólico y maltratador. Encima no había conseguido tener éxito en la vida por culpa de sus adicciones.

Pensó en Camila, su esposa, tan perfecta. Tan hermosa, dulce y atenta. Nunca le echó en cara todo lo que habían perdido.

Miró a su hermano con lágrimas en los ojos y sintiendo que no tenía otro remedio aceptó sus condiciones.

—Me alegra oír eso. Pero hay un problema. Es viernes por la noche. No puedo sacar semejante cantidad de dinero de un cajero. Así que tendrás que estar hasta el lunes encerrado en el calabozo —advirtió Oscar.

—¡Joder! ¡Serás! —exclamó molesto Lucas. Se sentía estafado por su hermano.

—¡Eh cuidadito con lo que dices! Voy a perder todos mis ahorros por sacarte de aquí. Y todavía me puedo arrepentir —amenazó Oscar.

Un policía se acercó a ellos para advertir que el tiempo de visita se estaba acabando. Así que a Oscar no le quedó otro remedio que ponerse de pie y dejarle allí solo. Esperaba que aprendiera de esa mala experiencia.

Se quedó en la puerta viendo como se lo llevaban a empujones para encerrarlo en una celda. Después se dio la vuelta para marcharse de allí.

Lucas había tocado fondo y él en ese momento tenía la verdad de su hermano atascada en la garganta.

Ojalá que dos o tres días estando encerrado le hicieran abrir los ojos.

Por un momento se le pasó por la cabeza llamar a Camila para decirle lo que había pasado con su marido, pero pensó que lo mejor era mantenerla apartada de ese problema.

Una copa le sentaría bien. Entró en el primer bar que vio abierto.

Camila se despertó descansada, pero sintiendo que le faltaba algo y supo que ese algo era Marc. Esperaba que volviera pronto, le echaba muchísimo de menos.

Se duchó, se vistió, se preparó el desayuno y después se dirigió a su trabajo agradeciendo que era sábado. Pensó en todo lo que iba a descansar.

Pero sus planes de dormir temprano se fueron al garete cuando recibió un mensaje de sus amigas.

«Esta noche, cenamos todas juntas y después te queremos en la celebración de apertura de la discoteca de tu primo. Y no aceptamos un no como respuesta».

Resignada contestó al mensaje: «Esta bien, pero no impediréis que me vaya temprano, soy una chica embarazada que tiene que empezar a cuidarse». Después se acordó de Barbie y la llamó para decirle que la invitaba a comer. Luego le diría lo del trabajo.

Se masajeó las sienes le empezaba a doler la cabeza. Demasiado que pensar, demasiado de lo que preocuparse.

La mañana estuvo ajetreada sin darle opción a pensar en nada, media hora antes de cerrar llegó Barbie. A Camila le gustó que se presentara en la tienda porque así no tendría que estar dando vueltas.

—¿Te vienes con nosotras a comer? —preguntó Camila a Samanta.

—Me encantaría —contestó Sami sintiendo que recuperaba a su amiga.

Camila eligió ir al restaurante de su primo por si estaba por allí para que conociera a Barbie. Ese día parecía que la suerte le sonreía porque cuando entraron quien les atendió fue Carlos.

Él se acercó a las tres chicas y les dio dos besos.

—Prima me encanta verte por mi restaurante —dijo adulator.

—¿Te acuerdas de mi otra amiga que buscaba trabajo? La he traído conmigo —informó Camila.

—Que bien necesitaba urgentemente un camarero para esta noche. ¿Os importa que me la lleve para hablar del trabajo? —preguntó Carlos ansioso.

—No nos importa —respondió ella para luego dirigirse a su amiga— Barbie ve con mi primo ¿qué te pido de comer?

—Da igual lo que tu escojas está bien. Gracias por ayudarme a encontrar trabajo, me tocó la lotería contigo —contestó Barbie para después salir corriendo para seguir a Carlos.

Samanta y Camila fueron a sentarse donde les indicó un camarero y miraron que tenían de menú.

Al final eligieron lentejas de primero, estofado de segundo y flan de postre. Sami de beber pidió vino y Camila zumo.

—¿Tu bebiendo zumo? —preguntó extrañada Samanta.

Ella no le contestó solo sonrió y se llevó el vaso de zumo de piña a la boca. Se estaba aficionando a esa bebida. Cuando antes no le gustaba.

Miró a su amiga y esperó que se llevara la copa a la boca para decirle algo que la iba a dejar descolocada.

—Sam, tengo algo que decirte. Escucha. Estoy embarazada.

Samanta la miró con los ojos como platos y escupió el vino salpicando todo el mantel.

—¿Me estás vacilando no? —preguntó sin ser capaz de decir nada más.

—No, no estoy bromeando. Estoy de casi un mes —respondió Camila

sonriendo.

Luego se quedó un rato en silencio para esperar que asimilara la noticia. Pero Sami según iba pensando más nerviosa se ponía, se restregó las sienes con los dedos.

—Ay Cami, como sé que Susana te contó puedo hablar libremente. ¿Qué hará Lucas cuando se enteré que va a ser padre por partida doble? Porque déjame decirte lo mismo que le dije a mi prima, entre el cielo y la tierra no hay nada oculto. Tarde o temprano se terminará enterando y que Dios os ampare.

—Mi hijo no es de Lucas Sam. Es de Marc. Él aún no lo sabe, cuando venga de su viaje de negocios se lo diré —Camila dijo en voz alta sin darse cuenta lo que verdaderamente deseaba.

Se preguntó si tendría corazón para no confesarle a Marc la verdad, ocultarle que había una mínima posibilidad de que él bebe fuera de Lucas. Pero supo que mentirle no era una opción, ella misma quería saber quién era el padre biológico de su hijo.

Lo que si iba a intentar por todos los medios era que su marido jamás supiera de la existencia de su bebe. También protegería el secreto de Susana. Por ella no se sabría nunca.

Samanta le iba a hacer una pregunta, pero como Barbie se unió a ellas prefirió guardar silencio.

Justo cuando la rubia se sentó les trajeron los primeros. El tiempo pasó volando, charlaron de cosas triviales, de temas neutros.

Camila pagó la cuenta y después se dispusieron a ir hasta el coche. Las llevaría a las dos a sus casas.

Primero llevó a Barbie que estaba emocionadísima por el nuevo trabajo, no sabía cómo agradecerle a su nueva amiga la ayuda prestada. Poca gente como ella quedaba.

Después llevó a Samanta, la había dejado para el final porque quería pedirle una cosa. Por eso el momento para hablar fue cuando aparcó en la calle donde estaba el edificio donde ella vivía.

—Sam quiero pedirte que lo que te dije en el restaurante quedé entre nosotras, no quiero que Marc se entere por nadie que no sea yo.

—Esa petición sobra Cami, nunca jamás rebelé ninguno de tus secretos. Ni los secretos de ninguna de vosotras. Siempre he sido una amiga fiel y comprensiva. Aunque ahora parece que pienses diferente —protestó Sami.

—Cariño no es así, me sentí traicionada porque no intentaras abrirme los ojos. Cuando lo cierto era que no tenía que haberme sentido así. Porque me dijiste de todas las formas posibles que me separara de él. La que no abrió los ojos a tiempo fui yo. ¿Me perdonas por enfadarme? —preguntó ella.

Sami antes de contestar la abrazó, no quería que viera sus lágrimas. Por un momento llegó a pensar que nunca la recuperaría. Cuando consiguió el control de sus emociones habló:

—Gracias, no tengo nada que perdonarte. Me siento feliz de poder seguir estando contigo como siempre.

Después de decir eso se bajó del coche, pero Camila recordó algo, sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—Luego te mando un mensaje para decirte a la hora que te recojo.

Samanta feliz levantó el pulgar para decir que estaba de acuerdo. Camila sintió que se contagiaba de esa felicidad también.

Le apeteció comprarse algún vestido nuevo para la salida de esa noche. Algo había cambiado dentro de ella y le apetecía demostrarlo en su vestuario.

Puso rumbo a un centro comercial cercano al apartamento de Marc. Tenía tiempo de sobra para dormir después.

Marc se sintió feliz, por fin se le ocurría una idea con la que intentar complacer a esos dificultosos clientes, «difíciles y odiosos» pensó disgustado.

Ojalá aceptaran su propuesta y pudiera regresar. Así le daría una patada en el culo a su hermano. Además, echaba mucho de menos a Camila, sentía que le faltaba algo sin ella.

Era increíble lo unido que se sentía a esa mujer, llevaban poco tiempo de relación, aunque lo cierto es que él empezó a estar obsesionado con ella desde casi el mismo momento en que la vio por vez primera.

Agitó el hielo del vaso y sonrió, «ojalá pueda dar por finiquitado todo esto para largarme y estar junto a ella». Pensó Marc sin perder la sonrisa.

Camila llegó al apartamento cargada con tres bolsas, se sentía extrañamente feliz. Llamó a Nora para preguntarle a la hora que quedaban para cenar.

—¿Las nueve te parece bien? —preguntó su amiga.

—Perfecto. Dormiré tres horitas de siesta por lo menos. ¿Cómo quedamos? ¿Os paso a buscar?

—Mejor nos vemos en la puerta del restaurante a las nueve —contestó Nora.

—Vale. ¿Ginos de Gran Vía? —preguntó Camila de nuevo.

—Ese mismo. Hasta la noche marmotita —dijo Nora sonriendo.

Camila sonrió por ese nuevo mote que le había puesto su amiga. Miró la hora. Era temprano solo eran las cuatro y media de la tarde.

Se calentó un vaso de leche para acabar el cartón, no quería tener que tirarlo a la basura. Después se dio una relajante ducha para no tener que ducharse más tarde.

Se miró en el espejo antes de acostarse y vio que el golpe que le había dado

Lucas se estaba poniendo amarillo. Arrugó la nariz con disgusto y se tiró en la cama dispuesta a dormir un buen rato.

Puso la alarma para las siete y media. Suspiró de felicidad y se durmió.

Capítulo 16

feliCidad

Cuando la alarma sonó ya estaba despierta. Estaba relajada, tranquila y feliz. Pero también se sentía perezosa.

Se levantó y se esmeró en maquillarse para tapar sus golpes, no quería que sus amigos se enteraran de lo que había pasado. No quería preocuparlos. Total, no pensaba estar sola con Lucas nunca más.

Cuando consiguiera hablar con él para pedirle que firmara la demanda le diría a Oscar de acompañarla, también podía pedirle a su cuñado que le llevara la demanda a Lucas para que la firmara. Así ella no tendría que verle.

Se alisó el pelo y se puso el precioso vestido nuevo de color verde con estampado de mariposas. Le daba un aire diferente, más dulce, más añorado.

Se calzó unas bailarinas blancas, cogió su bolso y las llaves y salió. No quería llegar tarde.

Condujo despacio hasta un parking cercano al restaurante, cuando llegó sus amigos ya estaban allí. Los abrazó durante largo rato.

—Dios amiga estás preciosa, ese embarazo te está sentando de lujo —dijo Johnny alabándola.

—Pero te has maquillado demasiado, hermana. No pega con ese look dulce que quieres dar —observó Nora.

—¡Dejadla tranquila pesados! Seguro que la pobre se muere de hambre. Hay que darles de comer a los dos. Vamos —exclamó Tony sonriendo y volviéndola a abrazar.

Camila se dejó mimar por ellos durante toda la cena. Cuando estaban acabando los segundos mandó mensaje a Samanta avisándola que aproximadamente en una hora iría a buscarla.

Se tomaron fotos durante el postre dándose cuenta que no tenían casi ninguna juntos. Al despedirse Camila les dijo:

—Chicos por si no os veo luego os quiero mucho. Y deseo que tengáis mucha suerte hoy en vuestro primer día.

—Me está empezando a preocupar que vengas sola —dijo Johnny preocupado.

—Irá Sami conmigo. No os preocupéis.

—Mañana te contamos como nos ha ido. Te quiero. Por cierto, mañana comida en casa. Invitamos. Te esperamos sobre las tres —propuso Nora.

Camila la abrazó y le dijo que iría encantada. Luego los obligó a irse para que no llegaran tarde.

Ella fue a buscar su coche, cuando llegó Sami ya la esperaba. Se subió rápidamente al coche.

—¿Crees que será buena idea salir en tu estado? —preguntó Samanta preocupada.

—No, no será una fiesta salvaje ni una orgía. Iremos, estaremos un rato y nos iremos —explicó Camila.

Cuando llegaron lo tuvieron complicado para aparcar, al final les tocó quince minutos de caminata con Sami quejándose. Llevaba unos tacones demasiado altos.

Entraron en la discoteca saltándose la enorme cola gracias a Barbie que les ayudó a entrar, pidieron sus bebidas, Camila un zumo de piña y su amiga un mojito.

—El sitio es bonito —comentó Sami mirando a su alrededor.

Camila miró en torno a ella y asintió con la cabeza, no sabía que le pasaba, pero no se sentía agusto. Las luces plateadas girando, moviéndose la estaban mareando. Ni ganas de bailar tenía con lo que a ella le gustaba, dejó que su amiga se divirtiera. Se quedó apoyada en la barra intentando disfrutar del lugar.

Se fijó en las jaulas que colgaban en distintos sitios, las gogos bailaban contoneando las caderas. Divisó a Nora en una de ellas. Por un momento sintió algo de envidia, le hubiese gustado poder hacer lo mismo.

Johnny y Tony ejerciendo su labor de seguridad en distintos puntos de la discoteca, tontamente eso la hizo sentir segura.

Su primo se acercó a ella contoneando las caderas y sonriendo muy animado. Se acercó a saludarla:

—¡Movidón, Movidón! Ja, ja, ¿te diviertes? —Carlos no pudo evitar reírse de su propia broma.

—Sí primo, sí me lo paso bien. Pero me iré temprano estoy cansada —respondió ella intentando sonar sociable. Su primo nunca le había caído bien. Sintió una mano posarse en su hombro y se tensó, una voz se coló en su oído:

—Tranquila soy Oscar.

Camila respiró aliviada, por un momento temió que fuera Lucas. Sonrió mostrando su alivio.

Carlos se fue dejándolos solo para seguir su ronda, Oscar la miró con tristeza y sonrió. «Que tonto ha sido mi hermano dejando escapar a esta mujer».

Pensó.

—Por un momento pensé que habíamos regresado al pasado, cuando eras esa adolescente dulce y tímida que se vestía con vestiditos igual de dulce que ella —bromeó haciéndose oír sobre el estruendo de la música.

Camila sonrió, le había escuchado, se ausentó para perderse en los recuerdos de la adolescencia. Recordó a su hermana Aria y así lo mencionó:

—Y Aria todo lo contrario, alocada, rebelde, contestona. Follonera.

—Y después parece que se invirtieron los papeles, Aria se tranquilizó y tú te volviste loca —bromeó Oscar.

Camila se puso seria de repente debido al pensamiento que rondó su cabeza: «Me volví loca debido al abandono de Lucas. Solo por querer llamar su atención».

—Mejor hablamos de otra cosa —pidió ella con tristeza.

Oscar le preguntó que bebía y le dijo que zumo de piña, él puso cara sorprendida pero caballerosamente hizo el pedido, le acercó su bebida y él llevo su copa de ron a los labios. Samanta llegó al lado de ellos sonriendo. Se notaba que se estaba divirtiendo.

Después de que su amiga se bebiera ocho mojitos más Camila decidió que era hora de volver a casa. Pidió ayuda a Oscar para llevarla.

Él la ayudó encantado, agarró a la rubia por la cintura y la ayudó a salir.

Pacientemente la llevó al coche de Camila.

Después se quedó para ayudar a su futura ex cuñada, necesitaría ayuda para llevar a su amiga a su vivienda.

Una vez que Samanta estuvo en su apartamento acostada en su cama ayudada por Camila, Oscar y ella volvieron al coche.

—¿Te llevo a algún lado? —preguntó ella no queriendo dejarlo tirado después de haberla ayudado.

—No querría molestar —contestó él de repente tímido.

—Venga no seas tonto, dime dónde quieres ir —insistió Camila.

Finalmente, Oscar accedió que le llevara a su casa. Sabía que tal vez esa fuera una de las últimas veces que se verían. Porque una vez que ella se divorciara de su hermano no tendrían motivos para quedar.

Él se sintió triste por ello. Tenía un gran cariño a Camila. Era como su hermana también.

Camila le acercó a su bloque de apartamentos y después de despedirse se dirigió a su destino.

Llegó, se desnudó, puso la alarma por si dormía y se acostó a dormir.

Por la mañana cuando se despertó se sintió feliz, por primera vez no tenía obligación a nada. No tenía que limpiar para que su marido no se enfadara, no tenía por qué hacer nada si realmente no tenía ganas de hacerlo.

Pero de todas maneras se levantó y limpió, pero limpió porque verdaderamente quería hacerlo. Cuando terminó se duchó y se preparó para ir a casa de sus amigos a comer.

Se maquilló de nuevo para tapar sus marcas y de vestuario se puso un sencillo legging negro con una camiseta blanca de tirantes y su cazadora de cuero.

Unas deportivas en los pies y de peinado una sencilla coleta. Cogió su bolso y sus llaves dispuesta a dar un paseo antes.

Decidió que ese día no cogería el coche, iría en metro. No le apetecía nada conducir. Como no conocía bien aquel lujoso y desconocido barrio concluyó que se daría un paseo para conocerlo mejor.

Descubrió una heladería y entró a comprarse un helado, de repente se moría por uno de chocolate.

Cuando le dijo el precio casi se le caen las bragas del susto. Pero ya lo había pedido y no le quedaba más remedio que pagarlo.

Caminó buscando la boca de metro más cercana, mientras tanto admiraba la arquitectura de los edificios y observando los locales que se notaba que tenían clase.

Cuando por fin encontró una boca de metro lo agradeció, le empezaban a doler los pies de tanto andar.

Bajó hasta el subsuelo y se sentó en el banco a esperar, en la pantallita ponía que en tres minutos llegaría el tren.

Terminó la galleta de su helado, si no fuera por la caminata volvería para atrás para comprarse otro. Miró su móvil y comprobó que tenía cobertura para mandar un mensaje a Nora:

«Nora espero y tengas mucho helado, cantidades de helado de chocolate».

Su amiga no contestó, se imaginó que estaría ocupada haciendo la comida. El tren hizo su entrada en la estación y sin agobio entró, buscó un sitio vacío y se sentó.

Su teléfono vibró avisando de un mensaje entrante: «Ya bajo gorda a comprarte el helado, ¿vienes ya?» Sonrió mientras contestaba. «Te voy a matar Johnny, todavía no estoy gorda. Si ya estoy en el metro. No tenía ganas de conducir».

Se estaba arrepintiendo de no haber cogido el coche, media hora después de camino tenía las piernas acalambradas y aún tenía que hacer un transbordo más.

Para colmo le estaba empezando a entrar sueño, bufó, se sentía incomoda

consigo misma. Y estaba solo en el primer mes de embarazo. No quería ni imaginarse cuando fueran avanzando los meses.

Johnny compró el helado y lo llevó de vuelta al apartamento para guardarlo en el congelador. Después volvió a la calle para esperar a Camila en la entrada del metro. Quería sorprenderla y de paso comprobar que estaba bien. Se apoyó en la pared y se fumó un cigarrillo mientras esperaba.

Camila estaba agobiada, no se creía que ya había llegado, casi corrió a la salida. Y cuando vio allí apoyado a su amigo se alegró un montón. Salió y se refugió en sus fuertes brazos. Le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal el viaje princesa? —preguntó él cariñosamente.

—Horrible, no cojo más el metro para trayectos largos. Añoré mi coche —contestó ella haciendo pucheros. —Uy me parece a mí que las hormonas te empiezan a afectar —bromeó Johnny agarrándola por los hombros para caminar hasta su casa.

Según se iban acercando Johnny le dijo que habían invitado a Barbie a comer con ellos. A Camila no le importaba que fuera.

La tarde se pasó volando, como siempre pasaba el tiempo cuando estaban juntos. Tony se ofreció a llevar a Camila a su casa y ella accedió encantada. No quería más metro a no ser que fuera necesario.

Cuando regresó a su apartamento suspiró feliz, «hogar dulce hogar». Pensó sorprendiéndose. Ya empezaba a considerar aquel apartamento su casa.

Como ya no quería salir, ni esperaba recibir visitas, se puso un pantalón corto de pijama y una camiseta. Se desmaquilló y se tiró en el sofá a ver películas románticas. Para cenar como no tenía ganas de cocinar llamó al Telepizza y pidió. Se volvió a maquillar tapando los cardenales que aún le quedaban y no querían que vieran. Avisó al portero que había pedido y le dejó el dinero para pagar.

Su pizza llegó, después de cenar y recoger, llamó a Marc para hablar un rato con él. Luego se acostó a dormir. Su último pensamiento fue que el domingo había sido demasiado corto.

El lunes se levantó sintiéndose cansada, bostezando se metió en la ducha y se arregló para irse a trabajar.

Pensó que hacerse el desayuno era demasiado trabajo y pensó en desayunar en su cafetería favorita.

Cogió su bolso y sus llaves para bajar al parking para buscar su coche. Mandó a Sami un mensaje por si quería ir a desayunar con ella.

Después arrancó y salió en dirección a la zona de su trabajo. Aparcó y ya su amiga estaba en la puerta del local esperándola.

Ese lunes pasó como casi todos los lunes, rutinarios y sin sorpresas. Aunque

muy pronto tendría una.

Marc no podía estar más feliz, por fin podía dar por cerrado el negocio. Y con unas condiciones mejor de las que su padre esperaba.

Solo tenía que preparar la documentación y hacerles firmar para poder volver a casa. Por eso había hecho a su secretaria hacer horas extras para tener todos los papeles listos para el martes.

Se moría de ganas por llegar y abrazar a Camila. Esperaba poder convencerla para que se fuera con él a su casa de campo unos días. Quería disfrutar de ella, tenerla para él solo.

El martes de Camila no estaba siendo muy bueno, se había despertado sintiéndose mal. Nada más levantarse de la cama fue corriendo al baño a vomitar.

Cuando se miró en el espejo casi se asusta, nunca en su vida se había visto tan pálida y ojerosa. Además, estaba el hecho de que sus golpes se habían puesto de un color amarillo muy feo. Odió a Lucas en ese momento, como nunca antes había odiado a nadie.

Se duchó y se esmeró en maquillarse, por lo menos consiguió parecer que estaba genial. Se puso un vestido corto de color blanco. Con las que ya eran sus inseparables bailarinas rojas.

Desayunó, recogió y se puso camino hacía su trabajo. Samanta tardaría en llegar porque iba a acompañar a Susana a la estación de tren. Podrían haber abierto más tarde la tienda para que Camila se despidiera de su vieja amiga, pero tenía las hormonas demasiado revolucionadas para despedidas.

La mañana fue horrible, parecía que toda la gente de la ciudad se había puesto de acuerdo para comprar bisutería. Tuvo que lidiar con su malestar y al mismo tiempo ser amable ya que los clientes no tenían la culpa de sus males.

Cuando pensaba que su mañana no podía estar peor un ramo de rosas blancas impactó en su cara y el aroma le revolvió el estómago.

Las apartó como pudo, entonces pudo ver al portador de las flores. Lucas tenía un aspecto horrible, parecía que hacía días que no se duchaba. Y la ropa más arrugada no podía estar.

Como pudo aguantó las ganas de vomitar, dejó el ramo sobre el mostrador.

Cogió su bolso y con voz cansada le preguntó a su marido:

—¿Qué quieres Lucas? Por favor, no tenemos ya las cosas muy claras.

Camila se maldijo, había dejado la demanda en casa de Marc, si la hubiese tenido con ella hubiesen podido firmar de una vez.

Arrastrando los pies salió fuera de la tienda seguida por Lucas. Echó el cierre y miró a su alrededor. Todo estaba un poco solitario y eso no le gustó. No le gustaba quedarse a solas con él, menos le gustó cuando se arrodilló y le cogió

las manos.

—Por favor Cami perdóname, iré a un sicólogo, haré lo que sea, pero vuelve

—Lucas suplicaba con lágrimas en los ojos.

Camila se soltó y retrocedió unos pasos hacia atrás, pensó que sería mejor no contestar. Entonces como él no lo esperaba reculó aún más para atrás y corrió calle abajo para poder llegar a su coche.

Cuando pensaba que había llegado a salvo a su vehículo sonrió, pero un tirón de pelo la alejó de su meta. No pudo evitar caer de rodillas al suelo, cuando llegó la primera bofetada se protegió el vientre como pudo. No podía permitir que por casualidad algún golpe le llegara a su bebe. Llegaron más bofetadas que le hicieron sangrar. No lo pudo evitar, vomitó a Lucas en los zapatos, ya llevaba tiempo aguantando el malestar y no pudo retenerlo más.

Oscar no podía creer lo que veían sus ojos, se arrepintió de haber sacado a su hermano de la cárcel. Corrió y separó a Lucas de Camila, se agachó a su lado y le limpió la sangre que salía de su nariz. Ella le agarró por el cuello de la camisa con una sola mano, con la otra seguía sujetando su vientre.

—Llévame... hospital... Pidió con la voz entrecortada. Estaba asustada, solo le había dado golpes en la cara, pero tenía miedo.

Él sin importarle su hermano metió a su cuñada en el coche y la llevó al hospital como le pidió.

Allí expresó a los médicos su deseo de denunciar, sabía que Lucas no se rendiría tan fácil. Y no le había dejado otro camino más que ese. Un camino que a ella la liberaría, pero a él le iría muy mal.

Le hicieron una ecografía para asegurarse que él bebe estaba bien. Por fortuna si lo estaba. Le dieron el parte de lesiones para entregarlo en comisaria cuando fuera a denunciar.

Sin embargo, cuando lo leyó vio que hablaba de su hijo, ella no quería que Lucas supiera que estaba embarazada.

—Gracias Oscar por ayudarme. Pero tendrás que perdonarme, solo quiero ducharme y dormir. ¿Podrías irte en un taxi? —preguntó sintiéndose una desagradecida.

—Cam tienes que denunciar a Lucas.

—No puedo, tengo miedo. Habla con él dile que me tiene que firmar la demanda de divorcio. — suplicó Camila.

—Mañana la iré a buscar a tu tienda para llevársela y que la firme. Ahora iré a buscarlo para echarle la bronca. Tranquila, me voy en taxi. Tú procura descansar —Oscar le dio un beso en la mejilla despidiéndose.

Camila caminó con paso pesado hasta donde estaba aparcado su vehículo, llegó y puso rumbo al apartamento de Marc. Solo quería ducharse y dormir.

Cuando llegó, llamó a Samanta y le contó con pelos y señales lo que había pasado, no podía trabajar esa tarde. Su amiga lloró por ella y le dijo que se tomara el tiempo que hiciera falta para serenarse.

Se duchó, se tomó lo que le habían mandado los médicos y se acostó. Le dolía hasta el dedo gordo del pie.

Capítulo 17

luCas firma el divorCio

Camila se pasó toda la tarde durmiendo, hasta que el hambre le hizo levantarse. Se miró al espejo y se preguntó si estaría haciendo bien en no denunciar.

En ese momento se sentía tan mal que necesitaba un abrazo, ella era muy independiente, pero en ese momento no le hubiese importado tener a su madre cerca para que le diera ese cariño que necesitaba.

Se miró en el espejo y no se reconoció, estaba hecha un desastre. Ahora tenía muchas marcas más.

Suspiró y se arrastró hasta la cocina para prepararse algo nutritivo para comer. Comió y volvió a la cama.

Marc se sentía feliz, por fin los inversionistas estaban firmando. Unas horas y estaría rumbo a casa.

Cuando llegó al hotel ni se molestó en ducharse, solo metió sus pocas cosas en la maleta junto a los documentos. Bajó a la recepción, pagó la cuenta y pidió que le llamaran a un taxi para ir al aeropuerto.

Al llegar se bajó de su transporte apresuradamente, el vuelo más próximo salía en treinta minutos.

Compró el billete y se apresuró a pasar el arco de seguridad, no quería perder ese avión bajo ningún concepto.

Una vez sentado en la comodidad del avión pensó en mandarle a Camila un mensaje rápido para avisarle de que pronto estaría en casa. Pero luego pensó que sería mejor darle una sorpresa.

En cuanto despegaron se puso un antifaz negro, se estiró y se durmió. Habían sido una semana tensa y nada feliz. Estaba agotado.

Tres horas y algo más tarde el avión estaba aterrizando y él solo podía pensar en Camila, en abrazarla, en besarla. En acurrucarse junto a ella y dormir durante una semana.

Cogió de nuevo un taxi y dio la dirección de su casa. Se ducharía y dormiría unas cuantas horas. Después se presentaría en la tienda de su chica.

Cuando entró en su apartamento lo notó algo distinto, pero no se paró a pensar mucho. Estaba tan cansado que no vio el bolso en una esquina del sofá.

En el baño no se dio cuenta de los productos femeninos nuevos. En ese momento solo pensaba en dormir.

Salió de la ducha y se lió la toalla en la cintura, se dirigió a su habitación, encendió la luz y la vio. Sus plegarias habían sido escuchadas, Camila seguía en su casa. Apagó la luz para no despertarla.

Camila dormía boca abajo con la cara enterrada en la almohada y el pelo desparramado. Marc no quería dejarla de contemplar, entonces encendió la lamparita de noche. Era menos molesta.

Acarició su espalda haciendo que la piel de Camila se erizara. Repartió besos por su brazo desnudo ya que el camisón era de tirantes.

Ella se revolvió y levantó la cabeza, adormilada preguntó:

—¿Marc?

—Soy yo caperucita. He vuelto —contestó acercándose a su rostro para poder besarla, pero entonces vio sus marcas y la sonrisa se le borró del rostro.

Se puso tan serio que Camila se asustó, pensaba que no le había gustado verla todavía allí, no se acordaba que su aspecto no era muy bueno.

—Lo siento Marc, pensé que no te molestaría que me quedara aquí. Pero si te molesto me voy. No quiero volver a mi casa mientras Lucas este allí — murmuró ella triste, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Él no creía lo que estaba oyendo, entonces la obligó a levantarse y la llevó con él a su despacho para que viera el collage de fotos que tenía de ella en la pared. Mientras le hacía mirarla le acariciaba la espalda y besaba su cuello:

—Mira todas estas fotos Cami. Eres mi vida, mi obsesión, mi amor. No sabes todas las veces que soñé tenerte aquí solo para mí. Siendo mía, solo mía. Ahora según venía para aquí solo pensaba en sorprenderte, amarte y mimarte. Encontrarte aquí ha sido la mayor felicidad para mí. Pero no me ha gustado ver estos golpes en tu precioso rostro. No me ha gustado que no me contaras que tienes problemas. Yo quiero estar siempre para ti. Ahora quiero saber, quiero que me cuentes.

Camila suspiró, Marc por fin estaba con ella. No se había dado cuenta de cuanto le había extrañado. No se acordaba de la manera tan intensa que su cuerpo reaccionaba cuando él estaba presente.

Se dio la vuelta y enterró la cara en su pecho, aspirando su aroma y regalándole besitos tímidos. Entonces le explicó lo que había pasado.

—Ya sabes porque estoy aquí, en tu casa. Pero no esperaba que Lucas perdiera el control de la manera que lo ha hecho. Las dos veces que me lo encontré en la calle me pidió volver, al yo negarme me golpeó. Pero ayer se ensañó.

Gracias a Oscar que me lo quitó de encima. No te lo dije cariño para no preocuparte, bastante tenías ya. Con lo del club y todo.

Marc la iba a volver a regañar por no contárselo, él quería saber todo de ella para poder ayudarla. Y sobre todo protegerla. Ya se encargaría él más tarde de Lucas.

Por lo pronto solo quería tenerla entre sus brazos para demostrarle que con él estaba a salvo. Pero el teléfono de Camila empezó a sonar haciendo que ella se alejara momentáneamente de sus brazos.

Fue a la habitación a cogerlo, cuando vio el identificador de llamada no se lo podía creer. Pero de todas maneras contestó, tenía que dejarle bien claro que no había vuelta atrás. Por eso no le dejó hablar.

—A ver Lucas estoy cansada. Nos vamos a ver, vas a firmar por las buenas la puta demanda. Te vas a largar del apartamento de mis padres y no voy a saber nada más de ti en la vida. Y como no quiero estar a solas contigo llamarás a Oscar.

—Está bien, firmaré, pero quiero oír la verdad de tus labios. Quiero que me expliques como me engañaste. Ven a tu casa, te estaré esperando. A la hora que quieras. No me iré hasta que vengas —accedió Lucas.

—Iré sobre las once —informó Camila.

Colgó y puso el móvil sobre la mesilla, Marc se acercó por detrás y la abrazó.

—¿No pensarás que te voy a dejar sola con ese? ¿Verdad? —preguntó él.

—Pero...No quiero meterte en esto...Solo iré, me firmará la demanda y volveré a casa. —contestó ella titubeante.

—Repito no te dejaré sola con ese elemento, además estoy en esto desde que empezamos nuestra relación. Me encanta oír como llamas a mi hogar casa. Ahora hagamos las cosas bien. ¿Quieres ser mi novia oficial? —preguntó Marc arrodillándose en el suelo.

—Si quiero —contestó emocionada y dando por zanjado el tema.

Se acostaron, pero no hicieron el amor ni tuvieron sexo. Solo durmieron abrazados. Marc se conformaba con eso. Con poder dormir a su lado estaba feliz.

Camila se despertó a las diez con el estómago muy revuelto, corrió al baño, se arrodilló y vomitó todo lo que había cenado.

Marc se acercó preocupado y la ayudó a incorporarse.

—¿Estás bien cariño? —preguntó pensando que debía llevarla al médico.

—Sí, mucho estrés, pero ya por fin hoy dejaré de preocuparme por una cosa —contestó ella evadiendo la pregunta.

Marc supo que le ocultaba algo, pero no quiso insistir, esperaba que cuando se sintiera preparada se lo contara.

Dejó que se vistiera mientras él mismo lo hacía también para acompañarla a ver a su ex marido.

Camila terminó antes que Marc de arreglarse y sonrió, prepararía el desayuno. No quería irse sin desayunar.

Además, tenía que tomarse sus vitaminas. Las cogió del armario de la cocina donde las había guardado y se las tomó con un vaso de leche.

Después hizo café y tostadas, Marc se apoyó en el arco de la pared para verla cocinar, le gustaba verla así con él. En su casa. No lo pudo resistir y se acercó para abrazarla por detrás.

Camila se apoyó en él, le gustaba su cercanía, su calor le daba seguridad. Puso las tostadas en un plato y apagó la vitrocerámica, el café terminaría de salir en unos momentos.

Se dio la vuelta para besarle, con ternura, con amor. Con deseo contenido. Las manos de él resbalaron hacia su trasero, amasándolo, acariciándolo.

Los dos sintiendo como se alimentaba la llama del deseo, sin despegar su boca de la suya Marc buscó a ciegas la cremallera de la falda negra que ella llevaba. Camila dejó que la prenda resbalara hasta el suelo. Marc la levantó y la sentó sobre la encimera de la cocina. Ella le desabrochó la camisa azul que llevaba para repartir besos por su musculoso pecho.

El pantalón de él resbaló también al suelo, la blusa de ella se unió al montón de ropa en el suelo. Se tentaron, se probaron. Se acariciaron, pero el primero en perder el control fue Marc.

—Te necesito Caperucita. No puedo más.

Ella por toda respuesta le rodeó con sus piernas facilitándole la labor de penetrarla, él no se hizo de rogar, de una estocada se perdió dentro de su cuerpo. Con ferocidad se apoderó de su boca, la había extrañado demasiado. No podía ser delicado. La necesitaba con urgencia y desesperación.

Camila lo necesitaba de la misma manera, le mordió el hombro y se aferró para poder seguirle el ritmo. Echó la cabeza para atrás y gritó dejando salir su necesidad por él.

Vociferaron cuanto se amaban mientras se acercaban al abismo. Se miraron a los ojos mientras saltaban. Quedando conectados en esa mirada, grabando ese momento en sus memorias. Estuvieron un rato así, no tenían prisa por separarse.

—Me quedaría toda la mañana así, enterrado en tu cuerpo. Pero creo que tienes algo pendiente. —murmuró él en su oído.

—Lo sé —contestó ella bajándose de su regazo para vestirse con pereza.

Hubiese deseado lo mismo que Marc. Quedarse toda la mañana en la cama con él se le antojaba un regalo irresistible.

Pero tenía algo que hacer y no podía posponerlo, cuanto antes se arreglara su problema con Lucas mejor. Desayunaron y recogieron. Justo a las once en punto salían rumbo a casa de Camila.

El camino lo hicieron en silencio, Camila estaba demasiado nerviosa. Y Marc respetó su espacio.

Aparcaron lo más cerca posible del edificio y con el mismo silencio se dirigieron a él. Una vez en el ascensor ella le hizo una petición a su ahora novio.

—Te quedarás en la entrada del apartamento. Si te necesito te llamo.

—Está bien, pero estaré atento por si me necesitas. No dejaré que te vuelva a tocar un solo pelo. Te amo —accedió Marc advirtiéndole que estaría para cuidarla y protegerla. —Te amo Marc. Quizá ni yo misma me estoy dando cuenta de la magnitud de mis sentimientos por ti —confesó rozando su nariz con la suya, en un gesto cariñoso. Entraron en el apartamento y Marc se quedó cerca de la puerta del salón por si ella llegara a necesitarlo. Camila entró en la sala haciendo resonar sus tacones, esta vez sí se los había puesto. Lucas estaba sentado en la enorme mesa con la cara enterrada en una de sus manos y una botella semi vacía en la otra.

No se acercó, tiró sobre la mesa la carpeta con lo que él tenía que firmar, también le lanzó un bolígrafo para poder terminar de una vez con aquella pesadilla.

Lucas se sobresaltó y levantó la cabeza, solo pudo observarla sin hablar. Estaba guapísima y tenía ese característico brillo en los ojos de una mujer enamorada. Recordó sus primeros años de matrimonio cuando tenía el mismo brillo. Se dio cuenta que ahora su mirada no brillaba por él. Y eso le enfureció. Dio un trago a su bebida para después decirle con voz dolida:

—Llegas tarde.

—No vengo a charlar Lucas, firma para poderme ir —pidió ella señalando la carpeta y el boli.

Después paseó su mirada por la estancia y se fijó en las maletas que ya había preparado para marcharse de allí.

Lucas de mala gana miró los papeles y firmó al lado de la firma de ella, Camila se apoderó de la carpeta de nuevo y la guardó en su nuevo bolso.

Se dio la vuelta dispuesta a marcharse, pero su ex mari- do le tiró un dossier con fotos a los pies.

—¿Cuándo pensabas decirme que me engañabas? —preguntó Lucas esperando su respuesta.

Camila cogió las fotos para examinarlas, se vio a si mis- ma bailando en el club. Besando a Marc.

—¿Tuviste los santos huevos de poner a un investigador a seguirme? —preguntó enfadada.

—Lo hice. Así pude enterarme en qué andas metida. Sigo esperando una respuesta —contestó con chulería.

—¿Quieres una respuesta? Pues te la daré, no considero que te haya engañado. Solo empecé una relación cuando estaba segura de que ya no te quería y quería separarme de ti. Y antes de que preguntes, si me enamoré —contestó ella con rabia.

—¿Sabes con quien mierda te liaste? —preguntó Lucas con veneno, parecía saber algo que a ella le iba a dañar.

Marc se tensó, no quería que ese imbécil envenenara a Camila con suposiciones. De todas maneras, no hizo acto de presencia, no aún, quería oír que decía su novia. Y que mentiras iba a decir ese desgraciado.

—No sé dónde quieres llegar Lucas, pero no intentes envenenarme.

Lucas se levantó tambaleándose, pero no se acercó, percibía en Camila el miedo y la incomodidad por estar con él. Eso le partía el alma y el corazón. Quería irse y alejarse, pero antes le abriría los ojos.

—Marc O'Brien. Empresas Golden Ireland. ¿No te dice nada ese nombre? —preguntó Lucas evaluando su reacción.

—Ve al grano Lucas no tengo paciencia para tus neuras —protestó ella apurándole.

Él apuró lo poco que le quedaba en la botella para seguir contándole lo que sabía.

—¿No recuerdas el nombre de la primera empresa donde trabajé? La primera y la única. Pues uno de los dueños es tu querido Marc. Ese hombre fue quien nos arruinó y nos hizo perder todo. Antes de despedirme juró que jamás volvería a trabajar en ningún lado, juró quitarme todo. Ahora sé a qué se refería, a quitarme también a mi mujer. ¿Cómo te has quedado al saber que solo eras un juguete en sus manos?

Camila no sabía que pensar ni que creer, algo en toda esa historia no le cuadraba. Algo no estaba bien. Pero no tuvo tiempo de pensar porque Marc entró en el salón hecho una furia. Aporreó la mesa y con una voz de trueno que nunca le había escuchado gritó su versión, su verdad.

—Desde luego que tú no tienes vergüenza. Nunca en mi vida me arrepentí tanto de haber contratado a alguien como lo hice contigo. Cuéntale a Cami lo que verdaderamente pasó. Cuéntale que estabas más pendiente de correr detrás de cuanta falda se te presentara. Cuéntale como chillaban todas en los baños cada vez que te encerrabas con ellas. Hasta mi pobre secretaria cayó en tus redes. Y no solo eso. Tan concentrado estabas en mujeres, en alcohol y drogas que

descuidaste tu trabajo. Hiciste que mi padre tomara decisión tras decisión errónea, casi perdimos la empresa. Nos dejaste en bancarrota, nos quitaste la reputación y el prestigio. Lo único que hice fue evitar que le arruines la vida a alguien más. Mi relación con Camila no tiene nada que ver con lo que sucedió contigo. Fue algo totalmente fortuito —Marc se dio la vuelta para mirar a Camila, no había hablado y eso le parecía raro. Ella estaba con los ojos cerrados apoyada en una silla. No sabía que decir, se daba cuenta de todo el tiempo que había pasado engañada por un hombre que no era como ella pensaba. Solo pura fachada, puro teatro. Lo había amado con todo su corazón para ahora descubrir que todo había sido una mentira.

¿Y Marc? Marc a su manera también la había engañado, sabía quién era ella desde el principio y jamás se lo había dicho. Se sentía dolida respecto a él. Sintió como su novio-amante se acercaba a ella, sintió sus brazos alrededor de su cintura. Pero no abrió los ojos.

—Cariño, te juro que cuando empezaste a trabajar en el club no sabía quién eras. Lo descubrí unos seis o siete meses después. Pero no vi importante decírtelo. ¿Qué caso tenía? Además, para mí nunca fuiste una venganza. Con Lucas fuera de mi empresa ya no tenía nada contra él. Lo nuestro solo fue una casualidad. Dime que me crees —Marc se sentía desesperado porque ella le creyera. Jamás había pensado usarla. La quería sinceramente. Aunque al principio solo fuera atracción sexual.

Camila le empujó y corrió por el pasillo para llegar al baño, no pudo controlar el malestar de nuevo.

Se arrodilló y agarrada al inodoro vomitó todo el desayuno, se sentía débil y cansada. Sin ganas de discutir.

Cuando asimilara todo ya diría lo que tenía que decir, pero de momento no hablaría. Pero si se sentía engañada y utilizada. Y también muy embarazada. Marc la ayudó a incorporarse para lavarle la cara, esperaba que con el agua fría el malestar le pasara.

—Cariño si sigues así te llevaré al médico —dijo él preocupado.

Camila le iba a contestar cuando Lucas entró al baño también preocupado y como es lógico también preguntó:

—¿Estás bien Cami?

Ella se acercó a su ex marido, sabía que el agua le habría quitado el maquillaje y sus hematomas serían visibles.

—¿Tienes la caradura de preguntarme como estoy? ¿Ves los golpes que tengo por mi cara? Estos los hiciste tú. No, no estoy bien —contestó ella con rencor.

Se alejó y fue al mueble del baño para buscar algún maquillaje, sabía que alguno tenía guardado. Por suerte lo encontró. Se volvió a maquillar tapándose

las ojeras, la palidez y los hematomas.

Ninguno de los dos hombres la habían dejado sola, se habían quedado observándola, embargados ambos por diferentes sentimientos.

Lucas sentía la pérdida, la soledad y la amargura de amarla. Porque ella ya no le correspondía.

Marc sentía posesión, amor y la certeza de que Camila se sentía un poco decepcionada con él.

—Marc llévame a casa. Quiero acostarme un poco.

—¿Y ya está? ¿Te vas con él? ¿Con lo que sabes? —preguntó Lucas molesto.

—¿Y qué es lo que sé Lucas? ¿Qué es lo que según tú yo sé? Porque hasta donde yo llego a alcanzar a entender, lo único que sé es que me casé con un hombre que no era lo que aparentaba ser. Mientras jugaba conmigo a ser la persona perfecta para mí, por detrás iba clavándome puñaladas rastreras — Camila estaba demostrando su enfado y decepción con el hombre que había compartido tantos años de su vida.

Marc la agarró por la cintura y la ayudó a salir del apartamento, aunque en realidad no le hacía falta. Una vez en el coche ella le pidió que antes de ir a casa la llevara a ver al procurador.

Quería tener listo cuanto antes ese asunto, no quería seguir casada, quería alejarse del recuerdo de Lucas para siempre.

Con Marc ya vería como sentirse, como aprender a perdonarle porque se sentía decepcionada. Y sentía que ya no le conocía.

Subieron juntos al despacho del abogado, Marc aprovechó para pedirle que se diera prisa con ese asunto.

Cuando llegaron al apartamento Camila se quitó la ropa y se puso un camisón para acostarse, no se sentía bien. Marc le miró preocupado.

—Nena creo que tenemos que hablar.

—Luego Marc, no me encuentro bien —contestó ella con mirada suplicante.

—De acuerdo te cederé tu espacio. Pero cuando venga de la empresa tendremos que hacerlo —pidió él.

Ella asintió deseando quedarse sola para poder pensar y decidir qué hacer a partir de ahora.

Capítulo 18

mala suerte

Marc la dejó sola después de darle un beso en la frente, iría a ver a su padre y a su hermano. Y también averiguar cómo iban las cosas por la empresa.

Camila suspiró, cogió su teléfono móvil para llamar a Sami y contarle todo lo que había pasado. También le pidió disculpas por no ir a la tienda. Le prometió que estaría allí al día siguiente.

Luego se acostó y se quedó profundamente dormida. Cuando despertó se sentía mucho mejor. Y pensó que sería mejor pasar la página del libro, o mejor, acabarlo y empezar uno nuevo junto a Marc y él bebe.

Bebe, enterró la cara entre las manos, tenía que decirle a su novio de su embarazo. No podía retrasarlo mucho más.

Se dio cuenta que estaba muerta de hambre, miró la hora. Aún le quedaba tiempo para ir al supermercado. Se arregló rápidamente, cogió sus cosas y bajó al parking para coger su coche.

De camino al hipermercado pensó que quizá debería haberle dejado una nota a Marc por si volvía. Se dio prisa en comprar todo lo que le hacía falta para preparar una buena cena. Por supuesto con un buen vino para él y zumo de piña para ella.

Terminó las compras y volvió al apartamento, él no había regresado aún. Guardó lo que había comprado y se puso a hacer la cena. Puso un poco de música para animarse.

No quería más tristeza, ni más obligaciones. A partir de ahora quería hacer las cosas porque quería hacerlas. No quería sentirse obligada a nada.

Marc estaba cansado, había discutido muy duramente con Brendan para no variar y esta vez su padre había estado del lado de su hermano. Encima también le había llamado una ex novia que hacía tres años que se habían dejado.

Solo le faltaba llegar a casa y que Camila siguiera disgustada con él. Tragó saliva mientras subía en el ascensor.

Cuando entró se sintió feliz, su novia mecía las caderas al compás de la música mientras movía algo de un caldero. No sabía que era, pero olía maravillosamente.

Le encantaba tenerla allí con él, solo esperaba que se le hubiese pasado el disgusto.

Camila se dio la vuelta y cuando vio le vio allí parado sonrió, se acercó para abrazarlo y le aflojó la corbata para quitársela y tirarla sobre el sofá.

—Bienvenido a casa cariño. ¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—¿Ya no estás enfadada? —preguntó él a su vez.

—No, he decidido empezar de nuevo. Escribir una nueva historia junto a ti. Y no merece la pena que sigamos hablando de ese tema —contestó con

seguridad.

Marc sintiéndose aún más feliz la estrechó entre sus brazos, luego le dejó ir a mirar la cena. Él mientras tanto puso la mesa que nunca antes había usado.

Pensó que debían mudarse a un apartamento un poco más grande, ese estaba bien, le gustaba. Pero era más bien para una persona soltera.

Se sentaron a cenar y cuando terminaron Marc la obligó a sentarse en el sillón a ver la televisión, él recogería todo.

Unos minutos más tarde se reunió con ella para poder ver alguna película juntos, pero ya se había dormido. Sonrió y la cogió en brazos para llevarla a la cama.

La acostó, la desnudó y le tapó. No se pudo resistir y le dio un beso en la mejilla. Después fue a darse una ducha para acostarse con ella.

Cuando la alarma sonó Camila la apagó de mal humor, quería seguir durmiendo, acurrucada junto a Marc.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó él.

—¿Tiempo para qué? —preguntó confusa. No sabía a qué se refería.

Lo entendió cuando Marc se colocó encima suya, para ir dejando besos húmedos por su piel. Incitándola, poniéndole la piel de gallina. Besó cada rincón hasta llegar a esa parte secreta que anhelaba sus mimos. Sintió que ya estaba preparada para recibirle, entonces la penetró con brusquedad haciéndola gritar por la sorpresa. Se aferró a Marc con brazos y piernas. Siguiéndole el ritmo frenético que él marcaba. Araño su espalda y se sintió como una diosa vestida de saliva y sal. Saliva por los besos de Marc, sal por las lágrimas retenidas en sus ojos.

Se buscaron, en algún instante sintieron que morían por la fuerza de sus sentimientos, pero luego renacieron de entre las cenizas de su pasión. Se amaron como si esa fuese la última vez.

Terminaron y se dieron cuenta que ya se les hacía tarde, se ducharon juntos, aunque se morían por quedarse encerrados en su burbuja particular.

Camila se esmeró en maquillarse para tapar sus evidentes hematomas que se negaban a desaparecer.

Se puso un legging negro con una blusa blanca y sus bailarinas rojas.

Ayudó a Marc a anudarse la corbata y después de que ella cogiera su bolso bajaron juntos al parking. Se dieron un beso corto para despedirse, pero antes de que arrancara Marc le dijo:

—Iré a buscarte al trabajo a la hora que cerráis.

—De acuerdo —aceptó lanzándole un beso y acelerando para salir, iba a llegar irremediabilmente tarde.

Los ángeles debían estar sonriéndole porque encontró aparcamiento justo en

frente de la tienda. Aparcó, se bajó, puso el seguro y esperó que el semáforo se pusiera en rojo para poder cruzar.

Entró en el local y abrazó a su amiga. Le sonrió culpable y le pidió disculpas por la tardanza.

—Si te sentías mal Cami haberte quedado descansando —objetó Samanta.

—No podía dejarte tanto tiempo al frente de todo. ¿Qué tal lo has llevado? —preguntó Camila.

—Un poco agobiante, pero nada del otro mundo. Te noto más delgada. ¿Estará todo bien? —Samanta mostraba su preocupación por su amiga.

—Llamaré a Margot para pedirle una cita para esta tarde. No creo que me diga que no. Pero creo que todo está bien.

No pudieron seguir conversando porque la tienda se llenó de clientes. Camila sentía que ese ya no era su sitio.

Pero no quería dejar a su amiga sola, además estaban empezando a ganar mucho dinero y no debía dejar el trabajo. No quería depender de Marc. No volvería a ser otra vez la esposa tonta y abnegada entregada solo al hombre y a la casa. Necesitaba mantener su independencia.

La mañana pasó en un suspiro, no había dejado de entrar gente. Mientras recogían Camila compartió sus inquietudes con Sami.

—La tienda está yendo muy bien Cami, podríamos contratar a alguien a media jornada. Así tú no te sentirías tan agobiada —propuso Samanta sabiendo que para su amiga pronto las cosas empezarían a cambiar drásticamente, sería mamá.

—Haremos cuentas Sam. Contabilidad. En vez de dormir siesta como una marmota me dedicaré a los libros de cuentas —planeó ella sabiendo que debía tomar una decisión.

Marc entró en ese momento y escuchó parte de la conversación, se preocupó, no quería que su novia tuviera dificultades.

—Sam ¿llamas por mí a Margot? —preguntó Camila.

—Si claro. Luego te mando un mensaje. Vete ya si quieres. Yo hecho el cierre

—contestó Sami entendiendo que aún no le había dicho nada a Marc.

Camila y Marc se fueron juntos en el coche de él al apartamento, no tenía ganas de ir a ningún lado. Prefería preparar cualquier cosa en casa y descansar. Además, había guardado los libros de cuentas para echarles un vistazo y pensar que hacer.

Llegaron y se pusieron cómodos, Marc había conseguido sorprender a su novia. Encargando en algún restaurante un copioso y rico almuerzo.

Pusieron la mesa y se sentaron a comer, Camila rechazó el vino que él le estaba sirviendo. Tendría que decirle pronto lo del embarazo. Ahora vivían

juntos y no tardaría en atar cabos. Y era mejor que se lo dijera ella. Se prometió organizar una rica cena para confesarle su estado.

«De mañana no pasa», pensó.

Dejó que Marc recogiera para ella ponerse con la tarea pendiente.

—¿Todo bien en el trabajo Cami? —preguntó él.

—Está muy bien, pero yo siento que necesito un cambio. Pero tampoco quiero abandonar el proyecto de la tienda. Nos costó a Sami y a mi mucho trabajo conseguir llegar donde está ahora —respondió ella pensativa.

—Puedes buscar alguna otra ocupación que te haga ganar dinero y contratar a una chica para ayudar a tu socia —dijo Marc dando ideas.

Camila no pudo evitar quedarse dormida cuando Marc la acurrucó junto a su pecho, estaba muy cómoda en su regazo sintiendo su calor y escuchando los latidos de su corazón.

Marc sonrió y la abrazó fuerte, sentía que cada vez la quería más. Se quedó durante toda una hora vigilando su sueño. Hasta que ella decidió que era hora de despertarse.

Volvieron a vestirse, merendaron y él fue a dejarla en la tienda.

—Luego te vendré a buscar —informó Marc.

—Espérame mejor en casa. Yo quedé con mi amiga Margot para tomar algo —pidió Camila.

—De acuerdo cariño. Te esperaré con la cena lista.

—Umm eso me encanta —murmuró ella deteniéndose un momento en sus seductores labios.

El beso que compartieron fue intenso y dulce. Ella empezaba a sentirse culpable por no haberle confesado que había una posibilidad que se convirtiera en padre.

Con un suspiro le dejó alejarse, abrió la tienda y entró para esperar a Samanta. Barrió un poco y colocó algunas piezas de bisutería en la vitrina.

Cuando su amiga llegó lo hizo con una chica joven, de aproximadamente dieciocho años. Le pareció que estaba asustada y cohibida.

—Cami te presentó a Leire, es la hija de una vecina mía. Está buscando trabajo.

La podemos contratar como aprendiz y así me ayuda en lo que tú te tomas unas vacaciones. Por eso la he traído hoy conmigo para enseñarle cómo funcionan las cosas por aquí. Para pasado mañana ya estarás de relax —propuso Sami.

—Me parece estupendo que la hayas traído, la enseñaremos. Mañana iré a prepararle el contrato —aceptó Camila así tenía una cosa menos de la que preocuparse.

Por la tarde tuvieron pocos clientes así que se pudieron dedicar a conocer mejor a Leire y a explicarle el funcionamiento de la tienda.

—Por cierto, Cami, Margot te espera a las siete, así que yo cerraré la tienda con Leire. ¿Mañana te encargas tu del contrato?

—Sí, entonces vendré un poco más tarde. No sé lo que tardaré en la gestoría — contestó Camila pensativa.

Media hora más tarde puso rumbo al consultorio de su amiga sintiéndose extrañamente feliz.

Pensaba que ya había alejado todas las sombras, que el futuro se presentaba de color de rosa.

Después de dejarse examinar por Margot y comprobar que todo estaba bien fueron a tomar algo.

—He llamado a tu médico de cabecera para pedirte una analítica. Tenemos que saber cómo estás de hierro, de ácido fólico y demás. Así que a las ocho tienes que estar en el ambulatorio. Yo te estaré esperando allí.

—De acuerdo.

Marc estaba cansadísimo, su padre no paraba de agobiarle para asumir más objetivos. Y Brendan misteriosamente había desaparecido alegando que tenía que resolver asuntos personales.

Consiguió escaparse temprano pero no lo iba a poder hacer continuamente y no había nada que deseara más que pasar todo el tiempo posible con Camila. Estaba debatiendo si poner pasta para la cena o pedir unas pizzas cuando su móvil sonó. Sin mirar el identifica- dor de llamadas contestó.

—Bebe estoy abajo.

Esa voz le produjo escalofríos del disgusto, no podía creer que hubiese tenido el descaro de ir a buscarlo.

—Y el portero no me deja subir a verte —la voz siguió protestando.

Dejó el teléfono sobre la encimera de la cocina para bajar a deshacerse de esa pesada. Ella estaba empeñada en volver a su vida. Él estaba empeñado en sacarla a patadas.

Furioso se adentró en el ascensor para ir a ponerla en su sitio. Cuando llegó abajo habló primero con el portero:

—Gracias Luis, has hecho muy bien en impedir que esta mujer suba a mi apartamento. Tiene prohibido el paso.

—Pero bebe —intentó protestar ella agarrándolo por los hombros.

Marc se vio obligado a agarrarla por la cintura para intentar sacarla de su portal, pero antes le dijo:

—Tienes suerte de que mi mujer no esté en casa y haya podido bajar a sacarte yo mismo.

—No Marc tú no estás casado. Tu padre se lo hubiera dicho al mío —Ylenia se mostró dolida por lo que creía una mentira.

Marc sonrió sabiendo que le clavaría un hondo puñal al decirle que estaba definitivamente olvidada:

—Te equivocas, yo no tengo porque rendir cuentas de mi vida personal con mi padre. Vivo con una mujer maravillosa y única. No estaremos casados, pero ella es mi mujer.

Ylenia no sintió nada, solo había vuelto porque necesitaba dinero y al único idiota que se le había ocurrido seducir era a Marc. Y pensaba que nada se lo iba a impedir.

Cuando Camila se subió a su coche lo notó extraño, daba tirones y no se llevaba nada bien. Decidió no aparcarlo en el garaje.

Lo aparcó en la calle, se fijó que parecía salir humo del capo, pero no le dio mucha importancia. Pensó que sería una lista más de cosas que hacer al día siguiente.

Cruzó y se dirigió a su edificio para ver una imagen que le dolió como si le estuvieran acuchillando el alma. No recordaba haber sentido ese dolor nunca, ni siquiera con Lucas.

Ylenia había conseguido estampar sus labios en la boca de Marc y trataba desesperadamente de besarle. Pero él era más fuerte y se resistía. Finalmente consiguió zafarse de su agarre y la sacó a empujones.

La tiró sobre la acera y le hizo una advertencia para que no volviera.

—Nadie puede sustituir a mi mujer y la amo mucho más de lo que te amé a ti. Así que no vuelvas, lárgate de aquí.

Marc no se quedó a ver si le obedecía, se dio la vuelta y volvió a su casa para esperar a Camila.

Pero parecía que tenía el olor de esa víbora impregnado en la piel, así que decidió darse una ducha y cambiarse de ropa.

Camila no sabía dónde ir, no quería ir a su casa por si se encontraba con Lucas. Llamó a Oscar para preguntarle si su ex marido había abandonado el apartamento para poder ir a refugiarse allí y llorar agusto. Cuando su ex cuñado le aseguró que su hermano se estaba quedando con él se tranquilizó. No pensó que no sería buena idea coger el coche solo quería llegar a su casa y no ver a nadie.

Marc miró la hora frustrado y preocupado, Camila aún no llegaba y se empezaba a preocupar. ¿Porque tardaría tanto?

Su móvil empezó a sonar y con un nudo en la garganta fue a contestar, pero antes miró el identificador de llamadas. ¿Por qué Oscar lo estaría llamando?

—Dime —dijo en tono seco.

—No me voy a ir con rodeos. Sé que tienes una relación con Camila. No quiero reprocharte eso. Pero quería avisarte de que me llamaron del hospital.

Ha tenido un accidente con el coche. Creo que deberías ir.

Marc no dijo nada, simplemente colgó y cogió las llaves del coche, estaba desesperado por llegar junto a su mujer, por saber que había sucedido.

Camila se despertó de repente recordando como el humo del motor le impedía ver lo que tenía delante. Pero no recordaba nada más. Cerró los ojos de nuevo, le dolía la cabeza.

Sintió que alguien le cogía la mano y vio a Lucas a su lado mirándola serio. Le retiró la mano. No quería verle, no quería estar con él.

—Solo quería saber cómo estabas. Ya veo que estas bien, no te has roto nada.

Un ángel te debió proteger porque ni un hueso roto tienes. Te pediría que me llamas, pero sé que no lo vas a hacer. Pero me gustaría que lo hicieras si me necesitas —dijo Lucas mirándola con tristeza y dolor.

—No te llamaré Lucas, tú ya estás fuera de mi vida y te agradecería de ahora en adelante que no te acercaras más a mí. Lo único que siento ahora mismo al verte es dolor —pidió ella mirándole con frialdad.

Lucas salió poco a poco de la habitación y se sentó en la sala de espera, cuando Oscar le vio se acercó a él para decirle que después de despedirse de Camila se marcharían.

Entró en la estancia y vio que ella tenía los ojos fijos en el techo, no hubo palabras, no las necesitaban.

La besó con ternura y tristeza en la frente y se marchó.

Ella estaba pensando cuando vendría algún médico o enfermera para visitarla, necesitaba saber si su bebe estaba bien. Si no le había pasado nada.

La puerta se abrió golpeando con la pared y Marc entró, se acercó a ella a grandes zancadas. Camila no lo pudo evitar y abrió sus brazos para abrazarle. Necesitaba sentirle. Había llegado el momento de confesar. Quizá él podría salir a preguntar si todo estaba bien.

—Tengo algo que decirte Marc —murmuró en voz baja.

—No es necesario cariño, iré a hablar con los médicos. Para saber que tienes y que necesitas.

—Marc necesito contarte algo. Y necesito que cuando te lo cuente vayas a preguntar. Por favor escúchame. Fui hoy a la consulta de mi amiga Margot para hacerme una citología y una ecografía. Resulta que no me di cuenta de que había olvidado las pastillas anticonceptivas durante casi un mes. Y claro nosotros lo hicimos muchas veces... —Camila tuvo que parar de contar su maquillada historia porque el llanto le impidió seguir hablando, no pudo evitar quebrarse.

Marc sintiendo su angustia como suya se acercó a abrazarla de nuevo, pero de repente el impacto de sus palabras le obligó a preguntar:

—¿Me estás queriendo decir que estás embarazada?

Camila solo pudo señalar hacía su bolso, él comprendió que quería que mirara dentro. Ella sabía que allí encontraría las ecografías que ese día Margot le había realizado.

Marc abrió la cremallera y se topó con unos papeles, los cogió con reverencia y miró las imágenes. Aunque no sabía distinguir lo que allí reflejaba.

Un médico entró en la habitación ojeando una carpeta que cargaba entre las manos, cuando levantó la vista la miró y sonrió.

—Me alegro verla despierta señorita. Ha sido un milagro que no tenga lesiones ni huesos rotos. Con lo aparatoso que ha sido el accidente podría haber sido mucho peor —comentó el doctor acercándose para revisarla. Comprobó la medicación que tenía conectada a través de una vía, pero a Camila no le importaba saber cómo estaba ella, solo quería saber de su hijo, agarró al hombre de la manga de su bata y con voz débil preguntó:

—Doctor ¿cómo está mi bebe?

El hombre borró la sonrisa de su rostro y contestó a la pregunta:

—El feto debe estar agarrado a usted con pegamento, no le ha pasado nada. Pero debe guardar absoluto reposo. Hay amenaza de aborto debido a que la placenta se ha desgarrado un poco. Y la etapa de embarazo en la que se encuentra es muy delicada.

Camila sintió alivio, no había pasado nada, ella estaba bien y su hijo también. Marc se sintió aliviado, empezaba a hacerse a la idea de ser padre, estaba empezando a asimilarla y a descubrir que le encantaba saber que pronto tendría un pequeño ser que cuidar.

Se prometió a si mismo que les protegería a los dos. A su vástago y a Camila. Se acercó a su mujer y la abrazó. No encontraba palabras para hablar con ella, pero quería hacerle entender de alguna manera que estaba feliz.

Ella se sintió protegida. Y así mecida por los fuertes brazos de su amor se quedó dormida.

Nora, Tony y Johnny llegaron en ese momento para visitar a su amiga, pero Camila ya dormía profundamente.

Hablaron un rato con Marc y se marcharon porque tenían que ir a trabajar. Sami llegó también avisada por Margot.

Quería saber que había pasado con el embarazo de su amiga y se atrevió a preguntarle al novio de Camila.

—¿Qué pasó con él bebe?

—¿Lo sabías? ¿Lo sabías antes que yo? No sé cómo no me pidió que la acompañara si sospechaba del embarazo —Marc se sentía dolido.

Samanta sintió la necesidad de defender a su amiga, entonces sin saberlo dio la

misma versión que ella le había dado a Marc.

—Ella no sabía que estaba embarazada. Créeme que si lo hubiese sabido tú habrías sido el primero en saberlo y en ir con ella a la consulta. Hoy solo le tocaba la revisión que nos hacemos todas las mujeres. Y ahí en la ecografía salió el pastel. Yo estaba con ella acompañándola para que no fuera sola. Teníamos pensado tomarnos algo después. Pero se fue sin perder tiempo a tu casa para contarte lo que había descubierto. Supongo que en el camino fue cuando tuvo el accidente.

Marc se tranquilizó con la explicación de Sami, no creía que le estuvieran mintiendo. Era exactamente lo que Cami- la le había dicho instantes antes.

—Mañana a ver como hago para ir a hacerle el contrato a la nueva incorporación a la tienda. Con Cami en el hospital me va a ser difícil atender el negocio y al mismo tiempo atender los asuntos legales —pensó Samanta en voz alta sin darse cuenta.

—No te preocupes, yo me encargo de todo lo referente a la nueva contratación mañana —se ofreció Marc, sentía que todo el mundo de Camila le pertenecía. Sami se quedó un rato más haciéndole compañía y luego se fue a descansar sabiendo que dejaba a su amiga en buenas manos, se notaba que ese hombre si la quería verdaderamente y no solo como un trofeo. O una criada como Lucas. Marc se sentó en una silla que colocó al lado de la cama de su chica, no le importaba la incomodidad. Solo estar al lado de ella. Y saber que dentro de lo malo estaba bien.

Camila se despertó un poco dolorida, le dolían los ovarios, pero supuso que eso era normal. Sintió un peso en su brazo y se giró para mirar que era. Marc se había quedado profundamente dormido apoyado en ella.

Sonrió y pensó: «Me quiere, si no me quisiera no se hubiera quedado. Pero tengo que aclarar con él quien era la mujer a la que besaba esta tarde».

Capítulo 19

dudas que Corroen

Camila pasó toda la mañana agobiada con pruebas que no la dejaron pensar mucho en su situación.

Marc no había tenido más remedio que ir a las oficinas, había mucho trabajo y sin Brendan él no podía escabullirse. No, si no quería que su padre le matara lentamente.

Se preguntó dónde estaría su hermano pequeño para desaparecer de esa

manera tan extraña. No era propio de él dejarlo todo abandonado.

Finalmente, a la una y media de la tarde le dieron el alta a Camila, mientras esperaba que le dieran los papeles, se dio una ducha. Cuando fue a vestirse se dio cuenta que no tenía ropa, solo la horrible bata del hospital.

Había pensado en coger un taxi que la llevara a su casa para no molestar a Marc, pero no le quedaba otro remedio que llamarle. No podía ir vestida con esas pintas por ahí.

—Cariño ¿Estás muy ocupado? —preguntó ella intentando no sonar ansiosa.

—Dentro de media hora más o menos estaré libre, mi padre me está volviendo loco con juntas y negociaciones. ¿Estás bien? —preguntó él a su vez preocupado.

—Estoy bien, pero me dan el alta y me he dado cuenta que no tengo ropa ni calzado. Necesitaría que tú me los trajeras —respondió rápidamente.

—¿Te han dado alguna recomendación o medicación?

—Todavía no.

—Para que no tengas que esperar por mí, mandaré a alguien para que te lleve ropa y te acerque a casa —explicó Marc antes de dar por terminada la llamada. Una hora más tarde Camila ya tenía firmados los papeles del alta médica y la secretaria de Marc le había traído ropa y zapatos.

Secretamente le alegró el hecho de que la mujer que trabajaba junto a su novio no fuera joven ni despampanante. Le calculó unos cincuenta años más o menos. Tal vez hasta estuviera casada.

Dejó de hacer conjeturas y se apuró en terminar de vestirse.

Cuando Elisa la dejó en el apartamento suspiró aliviada, pensó en hacer algo de comer, pero estaba muy cansada y le habían dicho que reposo absoluto durante por lo menos un mes.

Así que se dio una ducha, se vistió con un camisón y se acostó a dormir.

Marc estaba deseando decirle a su padre un sonoro «vete a la mierda».

Entendía que estuviera estresado por la repentina desaparición de Brendan, pero le estaba agobiando. No podría encargarse por mucho tiempo de los asuntos de su hermano y de su propio trabajo.

Camila le necesitaba también, se prometió que el cercano fin de semana lo dedicaría en exclusiva a su novia.

Miró la hora y se sorprendió, las siete de la tarde, ni tiempo de comer había tenido. Ni siquiera había podido llamar a Camila para preguntarle cómo se encontraba y si había comido.

Recordó el pequeño feto de la ecografía y sonrió. Una ternura desconocida se instaló en él. Pronto sería padre y ya no debía mantener oculta a su novia. Llamó a su restaurante favorito y encargó la cena, en una hora pasaría por allí para recogerla.

Apagó el ordenador, recogió los documentos desperdigados por la mesa y se dispuso a salir de su oficina. Se colgó la chaqueta en el hombro agarrándola con un dedo, con paso cansado se dirigió al despacho de su padre. Entró sin llamar como siempre.

No se sorprendió de que Ylenia estuviera con su padre, sonrió interiormente, mataría dos pájaros de un tiro con la noticia que llevaba.

Saludó a su progenitor e ignoró deliberadamente a aquella mujer que alguna vez ocupara su corazón.

—Padre tengo que hablarle. Escúcheme atentamente —le dijo seriamente, para que no intentara una vez más posponer la charla. Porque el hombre que le diera la vida si no era de trabajo poco se entretenía conversando.

—Quedan dos días para el fin de semana y quería decir- le que no trabajaré, ahí una persona que me necesita. No les he dicho nada, pero estoy enamorado, ella y yo tenemos una relación seria. Camila ya vive conmigo, además estamos esperando nuestro primer hijo y ella necesita reposo por una amenaza de aborto. Nos iremos a la casa de campo este viernes para que ella descanse. Así que no trabajaré y tampoco lo haré más en el día de hoy. Así que si me disculpa me voy —Marc no esperó respuesta, en el fondo no le importaba lo que su familia opinara.

Elías dio un puñetazo en la mesa cuando su hijo salió de su oficina, miró a Ylenia que estaba tan sorprendida como él.

—¡Tu! Averigua quién es esa mujer que esta con mi hijo, esto definitivamente obstaculiza nuestros planes. Así que mueve tu aristocrático trasero y dime quien es la mujer que supuestamente lleva un nieto mío en el vientre — mientras Elías decía esto le tendió a Ylenia un cheque en blanco.

—Si mi padre se entera que me habló así... Ylenia quiso protestar por el trato recibido.

—¿Crees que eso me asusta? Os tengo en mis manos, estáis en bancarrota. Solo accedí a ayudaros porque me interesa el prestigio y poder de vuestras empresas. Ahora largo, tengo trabajo. — ordenó el viejo.

Ylenia sintiendo mucho odio en su corazón salió de aquella oficina. A ella también le interesaba averiguar quién era la mujer que le había arrebatado la oportunidad de reconquistar a Marc.

Cuando Marc recogió la cena se dirigió feliz a su apartamento, cuando entró le recibió el silencio, antes de despertar a Camila puso la mesa. Después se quitó

el traje para echarlo a lavar y poder despertar a su amada.

—Cariño vamos despierta, tienes que comer.

—Marc. ¿Qué hora es? —preguntó semidormida.

—Las nueve, amor. Apuesto que te has pasado todo el día durmiendo y no te has levantado a comer —Marc intentó regañarla, pero no podía, lo único que podía pensar mirándola era cuanto la amaba, cuanto deseaba estrecharla entre sus brazos.

No se privó de su deseo, la encerró entre sus fuertes extremidades, Camila se estremeció de deseo cuando sintió su piel desnuda. Pero por más anhelo que sintiera no podía satisfacerlo.

—¿Qué te ha dicho el médico mi reina? —preguntó él deseando saber.

—Reposo mínimo de un mes, ecografía pasado mañana para saber cómo sigue él bebe, tomar el refuerzo vitamínico y comer sano —contestó ella soñolienta, bostezó deseando seguir durmiendo.

Se acurrucó aún más junto a su pareja, pero Marc sonriendo le dijo:

—Dormirá después señorita, ahora tiene una cena esperando en la mesa.

Vamos —con delicadeza la cogió en brazos y la llevó al comedor, todo entre la sonora risa de ella.

Cenaron y cuando terminaron Marc la llevó en brazos de nuevo a la habitación.

—Marc no estoy inútil —protestó Camila.

—Estoy aquí para cuidarte y mimarte. Así que futura señora O'Brien déjese cuidar —repuso él.

Camila se quedó dormida prácticamente al poner la cabeza en la almohada, su novio aprovechó para recoger el comedor y encerrarse en su despacho a adelantar trabajo.

Por la mañana Camila se despertó primero, se levantó sigilosamente, tratando de no despertarle. Aún era temprano.

Fue a la cocina y le preparó un succulento desayuno para sorprenderle. Se encontraba bien, no tenía dolores y no se sentía cansada. Supuso que eso sería una buena señal.

—¿No se supone que la señorita tiene que estar en reposo? —preguntó Marc con los brazos cruzados observándola.

—Pero me siento bien, además tú tienes que desayunar antes de ir a trabajar. Vamos desayunemos —contestó ella.

Durante el desayuno él le contó a ella los planes para el fin de semana. A Camila le pareció fantástica la idea de poder tener unas mini vacaciones lejos de la ciudad. Cuando Marc se fue a trabajar ella aprovechó para llamar a Sami, quería saber cómo iban las cosas por la tienda. Después mandó mensajes a sus

otros amigos, sabía que estarían durmiendo y no quería despertarlos. Recogió un poco el apartamento y se preguntó con qué matar el tiempo, empezaba a desesperarse por tener que estar encerrada en casa. Finalmente optó por curiosear en la extensa colección de películas de su novio y entretenerse viéndolas. Debía estar quieta por el bien del bebe. De repente se acordó que no le había dicho a Marc que existía una posibilidad de que él no fuera el padre del niño. Debía decírselo, pero no sabía cómo. Pensó que cuando estuvieran de vacaciones sería un buen momento para plantear el tema.

El fin de semana llegó rápido, Marc conducía tranquilo hasta la casa de campo de sus padres, el médico había asegurado que el riesgo de aborto se había reducido, Camila podría ir retomando su vida normal poco a poco. Y él debía pensar en todo lo que iba a cambiar con la llegada de un bebe, tendría que comprar una casa más adecuada para criar a un niño, no podían tenerlo en el minúsculo apartamento que ahora compartían. Además, estaba el hecho de que le gustaría casarse con Camila, para que cuando su hijo llegara al mundo lo hiciera en un hogar consolidado.

¿Quién le hubiera dicho hacía pocos meses que estaría pensando con tanta seriedad sobre el futuro?

Una sonrisa tonta se instaló en su rostro.

—¿Qué es lo que piensa mi amor para tener esa linda sonrisa en su rostro? — preguntó ella sintiéndose feliz.

—Pues pienso que me has cazado caperucita. Te quiero, a ti y al bebe — contestó él sin dejar de sonreír.

Camila sintió una punzada de culpabilidad cuando su novio dijo eso, tenía que decirle cuanto antes la verdad. Pero no quería destrozarle las ilusiones de un solo plumazo.

Para cuando llegaron al campo era casi de noche y ella no pudo apreciar el hermoso paisaje ni la magnífica casa en la que se alojaría durante dos días. Entró de la mano de su enamorado y se quedó boquiabierta con el lujo, un recibidor espacioso decorado en mármol blanco.

Marc no la dejó recrearse mucho en la entrada de la casa, la guio hasta un comedor, donde les esperaba una deliciosa cena. Ella se emocionó cuando vio las velas, el mantel blanco, la cubertería de plata, el lugar estaba precioso y romántico. Aunque no sabía cómo era normalmente.

Él aprovechó el desconcierto de Camila para hincar la rodilla en el suelo, sacar una cajita negra de terciopelo del bolsillo de su chaqueta y pedirle con voz solemne:

—Caperucita, escúchame, quiero que sepas que desde que te vi la primera vez

en el club me cautivaste. Eras para mí el deseo prohibido, una meta difícil de alcanzar. Pero no me di cuenta que lo que sentía era amor, no me di cuenta hasta que te hice el amor por primera vez. Ahora quiero ser el único dueño de tu vida, quiero darte mi vida. Formar una familia contigo. ¿Quiere mi caperucita casarse conmigo?

Cuando ella se recobró del asombro, miró el precioso anillo que él estaba sujetando, con mano temblorosa lo cogió y se lo colocó. Sonrió:

—Sí quiero casarme contigo, cuando tú quieras, a pesar de mi mala experiencia anterior confié en ti. Sé que tú no eres Lucas.

—Me ofendería mucho que me compararas con él —protestó Marc.

—Nunca lo he hecho ni lo haría nunca —dijo convencida ella.

—Bueno basta, mi caperucita tiene que cenar, nuestro hijo tiene que comer.

Ahora señorita, futura señora O'Brien hágame el favor de sentarse a la mesa —pidió él.

Camila le obedeció sin perder la sonrisa, pero por dentro se había quedado fría, aún no le había hablado de la posibilidad de que ese bebe no fuera suyo. Y ella había pensado en someterle a todo un interrogatorio para saber quién era la mujer que había visto con él el otro día. No podía echarle en cara nada si ella misma estaba ocultando algo.

Comió sin apetito y Marc lo achacó al cansancio del viaje. Comieron entre risas y anécdotas y después del postre, él cogió en brazos a su amada y la llevó al dormitorio que compartirían esos dos días.

Con una ternura y cariño infinito la ayudó a desnudarse y ponerse su camisón, después le dio un beso tierno y dulce, tanto que sorprendió a Camila.

Se durmió sin esperar que Marc se reuniera con ella, el cansancio pudo más que su voluntad.

Cuando se despertó por la mañana se estiró perezosamente, se dio la vuelta para darle los buenos días a Marc, pero él no estaba. Solo había una nota que decía:

«Estoy en el despacho trabajando, con la desaparición de mi hermano, tengo el doble de trabajo. Pero puedes andar por la casa con total libertad. Te quiero».

Sacudió la pereza y se levantó, se asomó a la ventana y se quedó maravillada con el paisaje, un lago enorme y precioso abarcaba toda la vista. Sonrió, le gustaría darse un baño allí. Sería mucho mejor que el pequeño manantial que había en el pueblo de sus abuelos.

Miró a su alrededor y abrió armarios, la ropa que había elegido para llevar, estaba guardada y perfectamente doblada. Estaba acostumbrada a hacer las cosas por sí misma y eso le resultó extraño.

Escogió un vestido fresco y cómodo, abrió la otra puerta y descubrió un baño

que no podía haber imaginado ni en sus mejores sueños.

Decidió que en otro momento se entretendría con aquella enorme bañera, ahora solo se daría una ducha rápida. Se moría por investigar el resto de la casa.

Mientras daba un paseo por aquella enorme mansión se fue sintiendo pequeña, fue vislumbrando un mundo tan distinto al suyo que tuvo miedo por primera vez de su relación con Marc.

Olvidó sus pensamientos caóticos cuando descubrió una terraza fantástica con suelo de madera. Buscó la biblioteca que había visto instantes antes, escogió un libro y regresó a la solana.

Se tumbó en una hamaca dispuesta a relajarse y leer.

Pero por más que lo intentaba no lograba concentrarse, empezaba a tener dudas y estas le carcomían el alma y no sabía por qué. Una voz que no conocía le sobresaltó haciendo que volviera a la realidad de golpe.

—No entiendo que vio Marc en ti, no tienes clase, no tienes nombre, no tienes nada. Yo soy mucho mejor que tú —Ylenia quería provocar a Camila.

—Mira bonita no sé quién eres, pero yo soy quien está en la vida de Marc y no tú. No sé qué haces aquí, pero creo que estas sobrando.

—Vengo a demostrar a Marc que esta con la mujer equivocada, te he investigado y no eres quien dices ser. Te voy a desenmascarar oportunista barata.

Camila se cansó, no estaba dispuesta a dejarse insultar, por eso se levantó de donde estaba tumbada. Se acercó lentamente y sin que Ylenia se lo esperara la agarró del pelo e intentó arrastrarla dentro de la mansión, para “invitarla” a salir de allí.

—Lo dicho, no sé quién eres, pero no me interesa. Te voy a sacar arrastras de la casa de mi prometido, así la próxima vez pensarás dos veces antes de insultar a alguien que no conoces.

—¡Estás loca! ¡Suéltame, me haces daño!

—Uy a la niña rica le duele que le tiren del pelo —se burló Camila tirándole más fuerte de su melena.

A la rubia se le partió un tacón por culpa del arrastre que estaba siendo sometida. Casi había llegado a la cristalera cuando Marc apareció en escena.

—¡Pero Camila! ¿Qué haces? —preguntó asombrado.

—Sacar la basura de casa. No voy a consentir que nadie me falte el respeto, no la defiendas —protestó ella.

—No si lo que le pase a ella me da igual, pero no me da igual lo que os pase a vosotros, así que yo me encargaré —dijo Marc cogiendo a Ylenia de la cintura para llevarla hasta su coche.

—¡Marc, te vas a arrepentir de este trato denigrante que me estás dando! ¡Ella es una cualquiera! ¿Crees que es más adecuada que yo? Voy a hacer que tengas unas dudas que te hagan dudar hasta de tu sombra.

A él la amenaza de su ex novia le daba exactamente igual, permaneció en silencio hasta que la obligó a sentarse en su caro deportivo azul.

—Ylenia deja de hacer el ridículo, acepta que me perdiste hace tres años.

Además, nada de lo que me digas me hará dudar de mi mujer. Sé todo de ella, todo lo que tengo que saber. Ahora adiós.

Camila se sentía inquieta con esa nueva aparición, temía que le fuera a complicar la vida, ahora que todo empezaba a solucionarse.

No necesitaba ver ni saber nada más, en silencio y sin esperar a Marc entró en la vivienda, desanimada se dirigió a la habitación que iba a ocupar ese fin de semana.

Nunca había sido una persona insegura, pero ahora se sentía así y lo odiaba. Se sentó en la cama y observó el temblor de sus manos.

Su prometido se reunió con ella, se sentó a su lado, cogió sus manos y le dijo:

—Cami, cuando pase algo de esto llámame, debes guardar reposo y no exponerte ni dañarte. Piensa en él bebe. Además, no debes sentirte insegura. Tú eres la única para mí, quiero que te quede claro. Esa mujer que se acaba de marchar no significa nada para mi desde hace muchos años.

Camila le abrazó para que no viera en su mirada el miedo y las dudas que sentía.

¿Cómo le diría ahora que existía una mínima posibilidad de que él no fuera el padre del hijo que esperaba?

Capítulo 20

despedidas

Los meses fueron pasando relativamente tranquilos, la amenaza de aborto pasó, Ylenia no volvió a aparecer y Camila tenía por fin el divorcio. Ya era nuevamente una mujer soltera.

Brendan aparecía y desaparecía a su antojo, cuando eso sucedía Marc tenía que hacer horas extras.

Samanta llamó a su amiga necesitaba hablar con ella, aunque había intentado postergar el asunto.

—Cami necesito verte, ¿podemos quedar hoy para comer? —preguntó Sami.

—Bueno, Marc hoy no vendrá a comer. ¿Ginos? —contestó Camila.

—Como siempre, te espero a las dos.

Después de colgar se levantó del sillón con pereza, se dio una corta ducha y se vistió con un vestido azul.

Cogió las llaves del coche de Marc ya que desde el accidente no tenía vehículo propio.

Cuando llegó al restaurante Samanta ya estaba allí esperando. Se fijó que lucía más sería que de costumbre. Eso le preocupó.

Tal vez llevaba demasiado tiempo dedicándose solo a ella misma, quizá ya era hora de volver a sus obligaciones y a su vida.

Con solo una mirada se pusieron de acuerdo, almorzarían sin tocar los temas verdaderamente importantes, así se relajarían y luego podrían tomar mejores decisiones.

Disfrutaron de la comida hablando sobre todo del embarazo de Camila, aún no se notaba, pero todo estaba yendo bien. Lo cual era un milagro debido a todos los sustos por los que había pasado.

Estaban disfrutando de un rico postre de chocolate y la conversación se derivó a lo que verdaderamente le preocupaba a Sami.

—Cami, ¿has visto a Lucas, te ha llamado o algo?

—No afortunadamente no. ¿Por qué?

—Porque ha estado llamando a Susana, amenazándola con matarla si no vuelve con él. Ha sido tan fuerte el disgusto que se ha llevado mi prima que su embarazo corre peligro. Y está completamente sola Cami. Nos necesita a la abuela y a mí.

—Vale, lo entiendo y lo lamento por Susana. Pero aquí llegamos al kit de la cuestión. La tienda. Si te vas con ella, no podrás trabajar y yo tampoco puedo por el momento.

—Lo cual nos lleva a una solución que no me gusta nada —protestó Samanta. Camila observó que la decisión de cerrar le afectaba más a Sami que a ella. Pero era algo necesario, tenían que cerrar un ciclo, cerrar una puerta para poder abrir otras.

Intentó animar a su amiga, hacerle entender que era lo que tenían que hacer.

—Sam, se acabó el ciclo, ¿te acuerdas la ilusión que teníamos cuando empezamos el proyecto? —Camila esperó el asentimiento de su socia para continuar hablando—. Pues esto es lo mismo, yo tengo que empezar una nueva vida, buscar nuevas metas y tú también. Y tienes que hacerlo con la misma ilusión de la que te estoy hablando, entre nosotras nada va a cambiar, Sam. Cerca o lejos, da igual.

—Entonces no debo sentirme culpable ni deprimirme, ¿eso tratas de decirme?

—Sí, has captado la idea. Ahora tenemos trabajo pendiente, tú y yo como en

los viejos tiempos. Hay que poner todo en liquidación, hacer publicidad en periódicos e internet. Y aunque no nos guste, comunicarle la nueva situación a la chica que nos está ayudando.

—De eso me encargo yo —dijo Samanta.

Una vez que las dos chicas se pusieron de acuerdo en todo lo que tenían que hacer, abandonaron el restaurante, juntas se fueron a la casa de Samanta. Pero antes Camila llamó a Marc para avisarle que estaría toda la tarde ocupada en la tienda.

Estuvieron un rato con la abuela y después se dirigieron al local para ver qué era lo que les quedaba en stock.

Entonces se pusieron a trabajar en las ofertas que pondrían y a hacer la publicidad.

Camila se sentía contenta con el trabajo que habían hecho, se sentía satisfecha con la idea de cerrar la tienda, hacía tiempo que quería dejar atrás esa etapa. Sin embargo, a Sami se la veía deprimida y agobiada, se notaba que aceptar esa decisión le había costado. Dejar la ciudad por otra distinta también sería difícil.

Solo le quedaba animarla y estar con ella todo el tiempo posible. Esperaba que los artículos se vendieran rápido, se agobiaba de tener que estar allí tantas horas.

En los ratos de ocio había vuelto a pintar, algo que había dejado de lado por culpa de Lucas.

Faltaba poco para la hora del cierre y Marc llegó a buscarla, espero pacientemente a que hicieran la caja y cerraran.

—Cami ¿te apetece tomar algo conmigo? —preguntó él.

—¿Y tu coche? —preguntó a su vez Camila.

—Fui a llevarlo a casa, así que ahora ya no tenemos dos coches.

—Pues me parece bien, pero primero llevaremos a Sami a su casa.

—No, no hace falta. Iré en metro como siempre —Samanta quiso quejarse, pero no pudo convencer a su amiga.

—No, no seas cabezota, te llevaré, además tienes mucho que preparar. Mañana te ayudaré.

Una llamada telefónica impidió que la pareja pudiera salir, Camila se vio obligada a llevar a Marc a la empresa familiar. No dijo nada, pero aquella llamada había dejado en ella un inexplicable desasosiego.

Intuía que la paz que había tenido esos meses llegaba a su fin, sabía que debía prepararse para la tormenta.

—Cariño ve a casa, pide unas pizzas o lo que te apetezca, no te preocupes por mí. Llamaré a un taxi —pidió Marc sin esperar su respuesta, entró

apresuradamente en el edificio.

Camila puso de nuevo el vehículo en marcha, un inexplicable deseo de seducirle se instaló dentro de su cabeza. Su relación había cambiado a pasos agigantados y ahora que parecía que perdían la chispa, tenía miedo de perder a Marc.

Desde que tuvo la amenaza de aborto no habían tenido relaciones, para asegurarse que todo estaría bien, llamó a Margot que le aseguró que todo estaba perfecto y nada pasaría por una noche de pasión.

Se detuvo a comprar, quería prepararle una sorpresa, le haría una cena deliciosa con la mesa preparada con velas. Le seduciría hasta hacerle perder la cabeza.

Una vez que tuvo todo preparado se sentó a esperarle, cuando por fin llegó, se fijó que su bello rostro estaba cargado de preocupación. Se prometió que le quitaría esa inquietud de encima.

Se acercó contoneando las caderas, cogió su corbata y le obligó a acercarse a ella para besarle. Cuando sintió que les faltaba el aire Camila se separó:

—¿Quieres comer o prefieres otra cosa? —preguntó con coquetería.

—Mejor comamos caperucita. No debemos forzarte demasiado —respondió preocupado él.

Pero ella quería de vuelta al hombre apasionado, rudo y exigente, por eso le ignoró deliberadamente. Le miró vanidoso, le sonrió y Marc se preguntó que estaría tramando. Tragó saliva cuando la vio agacharse, no pudo evitar excitarse, no supo en que momento perdió el control, pero no pudo evitar cogerla en brazos y tumbarla sobre la encimera.

Con fiereza se apoderó de su boca, después de un beso que se sintió demasiado intenso y corto, regaló caricias por todo su cuerpo. Camila no encontraba resuello de tanto que había anhelado esa clase de encuentros.

Cuando por fin Marc se adentró en su cuerpo suspiró de alegría, se aferró a su espalda con manos y piernas para poderle seguir el ritmo.

Sudorosos y felices saltaron hacia el precipicio del orgasmo, él se vació dentro de ella sintiéndose pleno y satisfecho, después con delicadeza salió de su interior. La cogió en brazos y la llevó al dormitorio.

Una vez allí con cuidado la tumbó sobre la cama, le dio un beso en el vientre y preguntó:

—Bebe, espero no haber sido muy bruto, ¿estás bien?

Camila puso su mano junto a la de Marc y de repente, como si fuera magia, sintieron un ligero movimiento, como alas de mariposa.

—Mira Cami nuestro hijo se movió, ¿lo sentiste?

Camila asintió, embargada por múltiples sensaciones, felicidad, culpa por no

haberle dicho aún a Marc que existía una mínima posibilidad de que él no fuera el padre.

¿Podría convivir toda la vida con esa mentira? Sabía que no, no podría, tendría que buscar el momento para poderle contar la verdad a su pareja. Aunque eso significara tirar su felicidad y los perfectos instantes a la basura.

Marc se levantó, se puso una bata y fue hasta la cocina para calentar la cena.

Tenía que cuidar a su mujer y a su futuro hijo. Además, tenía algo que decirle a Camila, tal vez el momento perfecto sería durante la comida.

Pero se entretuvieron charlando de tantas cosas que todo quedó en el último lugar.

A las cinco de la mañana Marc despertó a Camila, ella intentando seguir durmiendo se dio la vuelta, pero como él seguía insistiendo resopló y preguntó:

—¿Qué quieres Marc? Son las cinco de la mañana. Un poquito de piedad.

—Ayer no te pude contar Cami, fui incapaz, así que te lo tengo que contar ahora. Brendan ha vuelto a desaparecer, creo que ha sido intencional porque tenía un viaje programado a Miami...

—¿Me quieres decir que tendrás que hacer tú ese viaje? —preguntó despertando de golpe.

—Exacto. Me tengo que ir ahora mismo Cami. Pero te prometo que a la vuelta arreglaré esta situación como sea, además de que no podemos tardar más en buscar una nueva vivienda, más acorde a la nueva etapa que vamos a vivir. Y no necesito más excusas. Me voy que se hace tarde, te quiero.

—Yo te quiero más Marc —murmuró viendo como él se marchaba, no sabía porque, pero se sentía desprotegida y sola, pronto tendría también que despedirse de Sami. Eso iba a doler. Siempre juntas, la iba a extrañar muchísimo.

No supo en qué momento se volvió a quedar dormida, pero la despertó el sonido de una llamada entrante, miró la hora y maldijo. Su amiga llevaba una hora sola en la tienda.

—Voy ahora Sami, me he dormido lo siento. Intentaré no tardar.

Se levantó con prisas y se dio una corta ducha, se vistió con lo primero que encontró, se hizo una coleta mal hecha, cogió las llaves y bajó al parking para coger el coche de Marc.

Justo media hora después llegaba a su lugar de trabajo, resopló y cuando entró no se lo podía creer, nunca habían tenido tantos clientes juntos.

Samanta la pobre no daba abasto a atender, cuando llegó la hora de cerrar no sabían si agradecer o maldecir. Ya podían colgar el cartel de cerrado. Y eso significaba que la partida de Sami estaba cerca.

Se abrazaron sin poder evitar llorar, tantos recuerdos en ese lugar, tantas emociones y ahora colgaban el cartel de «se acabó».

—Ahora tendré que preparar la partida, no quiero dejar mi ciudad Cami.

—Lo sé cariño, pero Susana te necesita. Piensa que no es un para siempre, es un hasta pronto, tal vez encuentres algo mejor allá.

—¿Me ayudas a hacer las maletas?

—No tengo nada mejor que hacer que estar contigo hermana.

Juntas se dirigieron al apartamento de Samanta, la abuela emocionada también se dispuso a preparar sus cosas.

Cuando terminaron salieron las tres para almorzar en su restaurante favorito. El momento de la verdad se acercaba.

—Me iré mañana Cami, ¿me llevas a la estación? —preguntó Samanta.

—¿Por qué tan rápido?

—Como tu dijiste antes Susana me necesita y puesto que ya hemos vendido todo, me iré ya. Compraré luego el billete de las once de la mañana. Siempre hay plazas.

—Pues vale, me quedaré a dormir contigo esta noche, así no hay peligro de dormirme.

Samanta sonrió encantada con el plan de su amiga, una última noche, solo de chicas. Pensaban disfrutar al máximo de sus últimas horas juntas.

Llegaron a la estación a las diez y media, se abrazaron muy fuerte, ambas con un nudo en la garganta, pero sin llorar. Camila aguantó hasta que las perdió de vista, después se pudo derrumbar agusto. Esa despedida había sido dura.

Cuando se calmó volvió al coche.

Tenía pensado acostarse a dormir y no hacer nada en todo el día. Pero una llamada que no esperaba le chafó los planes.

Era el padre de Marc que le exigió que fuera urgente- mente a la empresa, a ella no le gustó el tono de voz despectivo. Sabía que no sucedería nada nuevo en esa reunión, pero no podía negarse.

—Ahora no puedo ir. Dentro de una hora estaré por allí —dijo colgando, prefería sonar maleducada a ceder a los planes de su suegro.

Llegó a su casa y se tomó su tiempo, se bañó, buscó algo elegante con que vestirse. Después de mucho deliberar eligió un vestido rojo, con escote palabra de honor y mucho vuelo.

Unos zapatos de tacón blancos y un bolso del mismo color, se alisó el pelo y puso cuidado en el maquillaje. Echándose un caro perfume regalo de Marc, bajó hasta el garaje sin sentirse preparada para enfrentarse al hombre que la estaba esperando.

Una hora después estaba aparcando, intentando no sentir nervios cruzó la calle,

entró en el edificio, preguntó en recepción por el señor O`Brien.

Esperó pacientemente que la secretaria la anunciara para poder pasar a un imponente despacho.

—Me ha hecho esperar demasiado —rugió el hombre de muy malos modos.

—Si tanta prisa tenía por verme, haberme llamado ayer, así yo sabría y hubiese podido venir antes.

—No me gusta que me hagan perder mi tiempo, así que iré al grano, usted no es la mujer que quiero para mi hijo. Así que la quiero fuera de su vida en menos de veinticuatro horas —dijo tirándole un maletín repleto de dinero, después siguió hablando—. Ese dinero es por dejar a mi hijo, ahora le daré más para que me entregue a mi nieto cuando nazca.

—Señor podrá alejarme de su hijo, pero no podrá alejarme del mío. Mi hijo es sagrado y nunca bajo ningún concepto lo entregaré. Ahora no le haré perder más su tiempo ni el mío. Esta será la última vez que nos veamos.

Camila no tenía intención de discutir con esa persona, lo único que quería era quitárselo de encima y que la dejara en paz. Por eso cogió el maletín y se apresuró en salir de allí.

Cogió el coche de regreso al apartamento pensando cuál sería su siguiente paso, sabía que quedarse allí podía no ser buena idea. Y si llamaba a Marc para quejarse solo podría liar más el asunto.

Llegó a su casa y le sonó el móvil de nuevo, empezaba a odiar a ese hombre.

—No me ha dejado decirle que la quiero fuera del apartamento de mi hijo en menos de veinticuatro horas —anunció con veneno él.

—Déjeme en paz señor, haré lo que yo crea conveniente, ahora olvídense de mi número o le denunciaré.

Una idea empezó a forjarse en su mente, tenía un sitio al cual ir, aunque prefería haber ido con Marc.

Suspiró triste y se levantó del sofá para irse a preparar las maletas. Pero antes de marcharse escribió una carta:

Querido Marc:

Cuando llegues de tu viaje te dirán que soy una oportunista, una cualquiera y un montón de adjetivos más. Te dirán que te engañé y que acepté dinero por alejarme de ti. Todo es mentira cariño. Mi amor no tiene precio y la vida de mi hijo tampoco. Tu padre me ofreció dinero para que entregara a mi bebe. Él ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, porque este niño no fue buscado, pero es muy querido. Cogí el maletín de dinero, no lo niego, pero se quedará aquí, junto a la carta para que lo veas. Yo me voy y me alejo tal y como lo

quiere ese señor que se hace llamar tu padre. Aunque también me marchó porque tengo cosas pendientes que hacer, como visitar a mi hermana, pero eso todavía lo estoy pensando. Te dejó la dirección de donde estaré por si quieres reunirte conmigo. Pero no dudes nunca que te quiero y que te querré siempre. Con cariño: Camila.

Dejó la carta junto con el maletín de dinero encima de la mesa, echó un último vistazo alrededor y salió del lugar en el que tan feliz había sido.

Epílogo

Camila condujo durante un par de horas para llegar hasta su pueblo, esa era una visita que tenía pendiente desde hacía mucho tiempo. Según se iba acercando, una sonrisa inevitable adornaba su rostro. Se imaginaba la sorpresa que se llevarían sus padres, hacía casi dos años que no iba por allí, pero antes de llegar a la finca familiar se desvió unos instantes de la carretera, necesitaba pasar antes por un sitio.

Conocía perfectamente el camino, podría hacerlo hasta con los ojos cerrados, tal y como recordaba el lugar estaba desértico y la enorme casa solariega aún más derruida de lo que recordaba.

Sin apagar los faros del coche, ya que allí aparte de silencio reinaba una oscuridad total, se adentró por la propiedad. Empujó la puerta y siguió avanzando hasta un salón enorme. Allí recuperó sus sueños de juventud, ahora de adulta, veía viable lo que algún día imaginara. Tenía delante un espacio estupendo para construir una casa rural, tendría justo lo que sentía que estaba necesitando, paz y cercanía con sus padres. Podría ser difícil pero no imposible. Sonrió sintiendo que tenía algo nuevo por lo que luchar.

Se sobresaltó cuando una conocida voz le dijo casi en el oído:

—Hola cuñadita adorada, ¿qué hace toda una señorita de ciudad por estos lares?

Se dio la vuelta para encontrarse con un viejo amigo, Ray, había recuperado la vieja broma de llamarla cuñada.

—¡Ray! No tienes vergüenza asustar así a una pobre mujer embarazada, ¡casi echo el niño por la boca!

—¡Vaya! Debo felicitaros a ti y a Lucas. Ven aquí y abraza a este amigo entristecido.

Camila accedió a abrazarle, pero había algo que no podía evitar preguntar, la curiosidad la estaba matando.

—Ray ¿qué haces aquí?

—Simplemente tú y Aria teníais razón, ella me dio una patada. Se acabó el sueño. Ahora debo poner los pies sobre la tierra y aclarar mis objetivos. Y aquí me tienes, en nuestro pueblo, recuperando viejas fantasías.

—El destino es muy curioso, yo estoy aquí, también recuperando y pensando en hacer posible nuestro viejo plan.

—Pues aquí tienes un socio. Quiero devolverle a este sitio lo que el tiempo le robo. ¿Tenemos un trato?

—Creo que sí, será más fácil entre dos, pero tenemos que quedar para ponernos al día y hablar de esto. Ahora no puedo debo volver a casa.

—De acuerdo mañana en la plaza del pueblo, a las doce. Te quiero Ray, hasta mañana —dijo ella despidiéndose.

Ella volvió a la carretera, de repente necesitaba reunirse con sus padres, contarles todo lo que había pasado en su vida.

Veinte minutos después enfilaba el camino de entrada, sintió un nudo en la garganta cuando vio a sus viejos salir a la puerta para ver quien llegaba a esas horas.

Aparcó y corrió a sus brazos como cuando era una niña, su madre supo enseguida que algo había cambiado dentro de ella.

Entraron juntos en la vivienda, se dejó guiar hasta la cocina, aceptó de buena gana una taza de caldo y así sentados todos empezó a revelar todo lo que le había sucedido en ese último año y medio.

Se esperaba regaños, reproches, pero nada de eso pasó, lo único que sucedió fue que su padre le dijo que podía contar con ellos para lo que fuera necesario.

Horas más tarde se encontraba en su viejo dormitorio, pensando en las casualidades que le habían llevado a pedir refugio a sus padres.

Por primera vez desde hacía tiempo sentía que estaba haciendo lo correcto. Estar allí era lo que necesitaba para sanar su alma.

Marc estaba agotado, enfadado y en esos tres meses que había pasado fuera, había tomado decisiones, entre ellas dejar la empresa familiar. No le importaba perder la posición económica actual, solo quería cambiar de vida y necesitaba que Camila estuviera en ella, por supuesto también el niño que venía en camino.

Tenía miedo de perder a su mujer, en tres meses no había sabido nada de ella, le preocupaba que le hubiese apagado el teléfono, muchas ideas habían cruzado su cabeza. A cada cual más descabellada.

Bajó del avión sintiéndose desesperado, aunque debía pasar por la empresa,

prefiero dejarlo para más tarde. Necesitaba verla, oírle decir que le quería, que nada había cambiado.

Cogió un taxi que le llevara a su casa, como un loco subió al ascensor, salió como una exhalación para encontrarse un apartamento vacío y frío.

Desesperado se pasó la mano por el pelo, pasaron unos instantes hasta que se dio cuenta de algo fuera de lo normal. Encima de la mesa se encontraba un maletín negro y sobre él una carta. También el móvil de Camila. Por eso no había respondido a sus llamadas.

Con el corazón latiéndole más rápido de lo normal se sentó, con miedo cogió aquel trozo de papel, le pareció sentir el olor de ella. Se lo llevó con adoración a la nariz. Luego procedió a leer, cuando terminó, sintió una profunda ira, ahora con más razón tenía que desvincularse de su familia.

Guardó la dirección que ella le había dejado anotada y se apresuró a llenar una maleta con lo más necesario. Bajó al garaje para coger su coche, llevaba con él, también el maletín. Por él se había acabado la relación con su familia.

Llegó a la empresa, aparcó en su plaza de aparcamiento y con una tranquilidad letal se dirigió al despacho de su padre.

Entró sin llamar y sin comunicarse, prefirió ignorar toda norma de educación. El viejo miró disgustado a su hijo y para demostrar su enfado escupió su veneno.

—¿Ya te has enterado que tu prometida te ha dejado por una módica cantidad de dinero?

Marc con una sonrisa satisfecha tiró el maletín sobre la mesa, desperdigando todos los papeles que había encima. —Ahí tienes tu sucio dinero, a ver si te enteras de una vez que siempre existirá algo que no puedas comprar. A partir de ahora renuncio a trabajar contigo, renuncio a todo lo que tenga que ver con esta familia. Adiós, papa. —¿Renuncias a todo por culpa de una mujer? ¡Has perdido el norte! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—No soy un niño, no volveré, no me volverás a ver más.

Marc salió de la oficina de su padre sintiéndose liberado y satisfecho, eso era lo que tenía que haber hecho hacía mucho tiempo.

Con felicidad e intentando no pensar en nada más volvió a su vehículo, para poner rumbo hacia su destino.

Camila sonreía feliz, por fin las cosas volvían a estar en su cauce, había costado, pero lo había logrado. Su sueño juvenil de tener una casa rural se estaba cumpliendo, las obras iban avanzando y pronto podría inaugurar su pequeño hotelito.

Ray se reunió con ella, pero él no parecía feliz ni satisfecho. En su mirada no había felicidad.

—Cami, tengo que irme, pero no es lo que piensas. No puedo disfrutar de esto si ella no está conmigo.

—¿Piensas buscar a Rebecca después de cómo te trató? —preguntó ella incrédula.

—Sabes que no estoy hablando de ella. Necesito a tu hermana. Voy a ir a Alemania para traerla de vuelta. La necesito y necesito que me perdone.

—Pues suerte con eso —dijo Camila abrazándole para despedirse de él.

Nadie mejor que ella sabía cómo se había sentido Aria cuando Ray la había abandonado, sabía que ella sería un hueso difícil de roer.

Se dio la vuelta para seguir admirando como estaba quedando su proyecto, jamás hubiese creído verlo realizado.

Sintió unos brazos rodeándola y por un momento pensó en Ray, pero ese olor le era familiar y no era el de su amigo. Con lágrimas en los ojos se dio la vuelta y le dijo:

—Has vuelto.

—Te buscaría hasta en el mismísimo infierno Cami. Te he extrañado como un loco, aquí tienes hoy a un hombre nuevo, he renunciado a todo por ti y por nuestro hijo. A partir de ahora soy un hombre con las manos vacías. Pero trabajaré duro para daros todo lo que os merecéis.

Esas palabras despertaron un recuerdo en ella, tenía que decirle la verdad, si su relación continuaba adelante debía confesarle lo que llevaba tanto tiempo guardando.

—Marc quiero decirte que te amo con todo mi corazón, no hay dinero en el mundo que pueda comprar eso, pero te menté en algo. Un día antes de empezar mi relación contigo tuve relaciones con Lucas. Existe una posibilidad de que tu no seas el padre. Si esto va a continuar tienes que saberlo, no puedo callarlo — Camila cerró los ojos para detener las lágrimas, pero fue incapaz, estas ya rodaban libres por sus mejillas.

—¿Solo fue una vez? —preguntó él sintiéndose noqueado con esa confesión.

—Solo una. Te juro que solo una y solo porque tú no estabas aún en mi vida.

Marc sentía que debía alejarse para poder pensar, para poder asimilar lo que esa confesión significaba. Acarició su rostro con tristeza y le hizo una petición:

—Necesito unas horas, quizá unos días, ¿podrías esperarme?

—Marc llevo esperándote meses, puedo hacerlo un poco más, además no hay a nadie más a quien quiera amar. Estaré aquí.

Marc perdió la noción del tiempo, no supo cuánto tiempo estuvo en aquel bar de carretera, de lo único que estaba seguro era que daba igual la cantidad de alcohol que bebiera. Aunque él bebe resultara no ser hijo suyo lo iba a amar

igual solo por ser de su madre.

Apresuradamente pagó lo que había consumido y se dio prisa en volver donde ella le estaba esperando.

Cuando llegó, no le dio tiempo a que dijera nada, se apoderó de su boca para hacerle saber como se sentía. Camila no necesitó palabras para saber que él le perdonaba. Y sabía que tendrían un gran futuro juntos.

Habían superado todas las nubes negras que les acechaban.

. FIN.

agradeCimientos

ALorena Sampedro por seguir confiando en mí y darme la oportunidad de seguir cumpliendo sueños.

Y sobre todo al lector, que espero que disfruten con esta historia, tanto como disfruté yo creándola.

A mis compañeros de editorial por ser tan estupendos y crear esas obras que nos hacen soñar.